



EL SASTRE VIEJO



Conocí en Sainte-Suzanne cuando era joven á un sastre llamado Mauduy.

Vivia este hombre en la callejuela *des Glaneurs*, cerca de la muralla, y los muchachos al ir á la escuela del tío Berthomé nos parábamos delante de su ventana con el saquillo á la espalda para verle trabajar.

Era un buen viejo de calvas sienas, ojos grises claros, color algo avinado y que con la piernas cruzadas sobre su banco parecia al coser una rana por lo amplio de la abertura de sus labios y su aspecto soñador.

Dejaba á las veces de coser y nos miraba con faz alegre, y como el banco daba á la ventanilla extendia la mano sonriendo y nos la pasaba por el pelo.

Gustábale sobre todo acariciarme, sin duda por mis rubios, largos y rizados cabellos. Decíame entónces :

—Como un buen carnero eres bueno tú : trabaja mucho, Antonio, y pon atento oido á lo que dice M. Berthomé : tus padres son honradas gentes.

Parecia enternecerse al decir estas cosas y luego volvia silencioso á su trabajo.

La reducida estancia en que de largos años atrás vegetaba de esta suerte aquel buen hombre, era hartó sombría. Alguna ropa vieja y rapada, remendados pantalones y otras prendas llenas de grasa colgaban de sus correspondientes clavijas; al fondo alzabase envuelta en la oscuridad una escalera.

Paréceme ver todavía aquel rincón del mundo con el reguero de luz que caía desde la ventana sobre el banco, hormigueante de átomos y polvos de oro.

A veces en el oscuro interior mostrábase una anciana de tan avanzada edad, que hubiérase dicho era uno de los desplumados mochuelos que clavan los aldeanos á las puertas del hórreo para que el temor de que les quepa igual suerte aleje á las aves de rapiña que rondan los gallineros.

Aquella mujer era la vieja Jacqueline, madre de Mauduy, á quien con su trabajo éste mantenía.

No llevaba más que un gorro de campesina y un viejo vestido pintado á gran ramaje, que era al ménos del tiempo de la república ó Luis XVI. Sentábase en la sétima grada de la escalera, meneando la cabeza y hablando sola, y brillaba en el fondo de la alcoba su blanca figura y caían sus cabellos como lino sobre sus espaldas.

Cuando así se aparecía, mirábala Mauduy con ojos casi tiernos y le decía :

—Madre, aproximaos á esta parte, cerca del sol, aquí tendreis más calor, delante de mí.

Y bajando de la mesa, arrimaba un viejo sillón al banco, ayudaba á la infeliz anciana á levantarse y la instalaba gravemente en su rincón, diciendo en voz baja :

—¿Estais bien así? ¿Os pongo un almohadon, cualquier cosa detrás para que os recosteis?

—No, Bautista, contestaba ella; estoy bien.

Entónces volvía alegremente á la mesa, cruzaba las piernas y continuaba su obra, dichoso de tener tan cerca á su madre que tomaba el sol.

Sucedíale también algunas veces que silbaba canciones antiguas, pero tan bajo que apénas se le oía; y cuando su madre empezaba á rezar callábase por no interrumpirla, tornándose más serio aún que de costumbre.

Los escolares, al primer aviso de la campana, corriamos hácia la escuela gritando:

—Buenos dias, tio Mauduy, buenos dias.

Levantaba entónces sus ojos grises y nos miraba hasta que desapareciamos en la callejuela de M. Berthomé, volviendo despues á su costura.

Transcurria lentamente la tarde, ora de calor, ora de lluvia y á las cinco volviamos á pasar, viendo siempre en el mismo sitio al viejo sastre que cosia y pensaba en no sé qué.

Recuerdo tambien que le llamaban el *Vendeano* y que pretensas personas piadosas le acusaban de haber hecho horrores en la Vendea, de haber matado á mujeres, niños, etc.

No he podido nunca creerlo, pues las personas que divulgaban estos malos informes eran viejas pecadoras «¡desgraciadas!» como decia á menudo mi padre, Juan Flamel, quincallero de la calle *des Minimes*. Recordaba él haberlas visto en tiempo de la república en el carro de la libertad, representando á la diosa Razon, y decia que estas honradas gentes, vueltas al seno de nuestra santa religion y profundamente arrepentidas de sus pasados extravíos, creian rehabilitarse reprochando á los demas más faltas y abominaciones que las cometidas por ellas. Lo único exacto en todo esto era que Mauduy se alistó como voluntario el 92, que hizo las campañas de Maguncia, Vendéa, Italia y Egipto y que despues del golpe de Brumario, pudiendo ingresar en la guardia consular, prefirió su antiguo oficio de sastre á entrar en el servicio de Bonaparte.

Esto decia mi padre, quien en materia de verdad, buen juicio y justicia meréceme más confianza que toda aquella raza.

Transcurrieron así los años desde 1816 hasta 1820, en que mis padres, viendo que sabia cuanto era dable enseñarme á M. Berthomé, un poco de ortografía, algo de aritmética y el catecismo, pensaron que ya era tiempo de que viera mundo.

Y recordando mi padre que tenía un antiguo amigo, José Lebigre, establecido como quincallero veinticinco años hacia en Paris, calle de San Martin, envióme á su casa para completar mi educacion.

M. Lebigre me recibió perfectamente y dióme primero una

plaza en su tienda, encargándome luego de colocar sus mercancías, hasta que en 1824, justamente al año de la coronación de Carlos X, cedióme mi padre, cuya edad era ya muy avanzada, su establecimiento. Casé con la señorita Josefina, hija menor de M. Lebigre, y vine á establecerme por mi cuenta en Sainte-Suzanne.

En este tiempo murió precisamente Jacqueline Mauduy, madre del viejo sastre de la callejuela *des Glaneurs*, y acordándome entónces cuántas veces habia apoyado los codos en la ventana de su humilde casa, créime en el deber de asistir á su entierro.

Lluvioso era el dia; caia nieve derretida; la callejuela estaba desierta y llena de lodo. Vestíme y me hallé con cinco ó seis vecinos en la calle en que estaba situada la casucha. Allí estaban Thomas Odry, el pizarrero y su mujer, Juan Recco, el hojalatero, el tío Martin, algunas pobres gentes á quien causó no poco asombro el verme llegar.

El vicario Suzard, el chantre y dos monaguillos con blancas vestiduras bastante salpicadas de lodo, llegaron á toda prisa, y en seguida, fuimos primero á la iglesia, despues al cementerio.

Mauduy andaba cerca de mí, con el pañuelo en sus enrojecidos ojos y el bigote lleno de lágrimas, meciéndose sobre sus caderas, como era propio de un viejo sastre y sin decir una palabra.

Sólo cuando llegamos al cementerio y estuvimos delante de la amarilla huesa, cuyos bordes cubria la nieve, bajóse despues que se recitó rápidamente el *De profundis*, cogió la pala y arrojó un poco de tierra sobre el ataúd. Diómela luego, y dijo:

—Tened, Sr. Antonio, vos la conociais hace mucho tiempo y habeis venido, ¡gracias!

No hubo más, y nos volvimos silenciosamente.

Desde aquel dia el sastre viejo, que no tenia ya nadie que le hiciera en su casa compañía, iba todos los domingos á la taberna de Nicolás Bibi, sita en la calle *des Minimes* á tomar una media pinta de vino, y algunas veces, viendo que estaba mi puerta abierta, entraba en el establecimiento y me daba un apretón de manos.

Yo era el único vecino acomodado de Sainte-Suzanne á quien daba tales muestras de cariño.

—¿Van bien vuestros asuntos? me decia.

—Sí, tio Mauduy.

—Más vale así... me alegro mucho.

Miraba luego la estantería, examinando los paquetes de tijeras, cuchillos y otros análogos artículos.

—Todo está perfectamente conservado, decia despues.

Vió cierto dia unos floretes y quiso examinarlos : brillaban sus ojos aquella vez ; cogió uno, dos, tres, haciéndolos doblarse con la punta del zapato y mostrando singular satisfaccion.

—Este es bueno, dijo, es flexible ; la empuñadura es demasiado corva, mas se la puede enderezar fácilmente ; no obstante éste y otros defectos me serviria perfectamente.

Advertíase por la expresion de sus ojos y de sus arrugadas facciones que estaba contento.

—¿Quisiérais un par de floretes, tio Manduy? le dije entónces.

—No ; ya hace bastante tiempo que no me ocupo en estas cosas... ¡Para qué serviria un par de floretes á un pobre sastre viejo como yo! ¡Habladme de agujas en buen hora! ¡Jé! ¡jé! ¡jé! ya no tengo piernas.

Al decir esto poníase en guardia y se iba á fondo en regla.

Acababa de tomar su media pinta en casa de Bibi y estaba de buen humor.

Estos detalles han llamado más tarde mi atencion ; mas en aquel entónces apenas les dí importancia.

Mas volvamos á nuestra historia. Cuatro meses hacia que la madre del viejo sastre descansaba debajo de tierra ; el campo cubríase de verdor cuando llegó á Sainte-Suzanne un regimiento de infantería de línea, cuya música fué autorizada para llevar espada por haberse distinguido en la coronacion del rey. Este regimiento ultra-realista vino, pues, de guarnicion á nuestra localidad. Habia en sus filas gran número de jóvenes distinguidos, procedentes de la guardia real y que debian volver á ella cuando obtuviesen un ascenso.

Eran en su mayor parte bretones, vendeanos, maestros casi

todos de esgrima, y cuyos padres se habian batido en la Vendea contra la república.

Y no sé como averiguaron que el sastre viejo Mauduy se llamó en otro tiempo Lapointe, y que este Lapointe era una de las primeras espadas del ejército republicano, un hombre peligroso, lo cual nadie hasta entónces habia sabido en Sainte-Suzanne; pues Mauduy no salia, digámoslo así, de su callejuela, trabajando siempre en su oficio, y no deseando otra cosa que vivir en paz.

Lo único que se le podia echar en cara era el no santificar las fiestas, yendo á la iglesia y el comer carne los viérnes y sábados cuando la tenía.

No faltó quien creyera que los antecedentes del viejo sastre habian sido divulgados por el nuevo comandante de armas Clovis de Beaujaret; pues se consignaron veinte años hacia en el registro de la plaza, en el cual aparecia Mauduy (a) Lapointe de la ex-trigésima segunda brigada, de un modo especialísimo como republicano y hombre terrible bajo todos conceptos.

Los anteriores comandantes habian guardado en secreto esta nota, no sin prevenir á Mauduy, que si volvia á tocar un florete, se le haria salir inmediatamente de la localidad.

Mauduy contestó una y otra vez que habia vuelto para mantener á su anciana madre, que con nadie hablaria de su antigua reputacion, por miedo de excitar la envidia de los nuevos profesores de esgrima y de atraerse injustas provocaciones y que sólo deseaba vivir en paz con todo el mundo para ganarse la vida.

Habia cumplido siempre su palabra.

Estaba viejo, decrepito. Su madre, Jacqueline, habia muerto el invierno anterior, como ya os he dicho, y él habia dejado sin duda de dar gran valor á su triste existencia.

El nuevo regimiento salia todos los dias á hacer ejercicios con la banda de músicos al frente, y á la noche llenábanse las tabernas de militares que tarareaban canciones como *¡Viva Enrique V!* ó *El trovador en marcha para los Santos Lugares*.

No frecuentaba, sin embargo, ningun soldado la taberna de Nicolás Bibi; pues allí se reunian los artesanos, zapateros,

sastres, tejedores, etc., y allí también iba Mauduy los domingos con su viejo capote cuidadosamente cepillado, encogido de hombros y el viejo clac sobre la oreja.

Las puertas y ventanas del establecimiento estaban de ordinario abiertas, y desde mi casa oía chocar los vasos y reír á aquellas buenas gentes, cuando una chanza alegraba al concurso.

Un domingo de aquellos á cosa de las dos de la tarde, paseábame de arriba abajo por mi acera para matar el tiempo, cuando ví venir por la calle *des Minimes* cinco ó seis granaderos, maestros de esgrima y ayudantes, de gran uniforme, con charreteras rojas y pantalones blancos, muy ajustada al talle la ropa y retorcido el bigote, que hablaban con calor.

Detuviéronse en la esquina y oí al jefe, moreno gallardo y fornido, de anchas espaldas y resuelto ademán, decir á sus compañeros :

—No hay más que hablar... Allí está el viejo bandido... Todos le visteis entrar... No se irá así como quiera al paraíso... ¡Antes tendrá que habérselas conmigo!...

Contorneábase y reía enseñando sus blancos dientes al decir estas palabras, y sus camaradas hacían otro tanto.

—¡Bueno! dijo uno de ellos : basta de hablar y entremos.

—Sí. ¡Vamos!

Y se adelantaron hácia la taberna, subiendo los tres escalones y echando con un movimiento de hombros el tahalí sobre la cintura como aquel que toma una resolución.

Yo ignoraba quien era el enemigo de estos valientes; pero comprendí que se trataba de un duelo, cosa muy frecuente en aquel tiempo. Mi mujer estaba en el establecimiento y asaltóme la idea de ver lo que pasaba, y desde la calle ví el saloncillo lleno de gente que fumaba, bebía y jugaba.

Bibi servía : su mujer, sentada al mostrador, apuntaba el gasto en una pizarra que al intento tenía.

La llegada de los granaderos produjo sensación, y algunos bebedores los miraron.

El tío Mauduy, sentado al extremo de la mesa próxima á la ventana, estaba de espaldas hácia mí, con el sombrero colgado en el palo de su silla. Llevaba aún coleta que sujetaba con una

cinta negra, pero era tan delgada que parecia la cola de un raton.

Este buen hombre, sentado en frente de su media pinta conversaba con M. Poirier, antiguo guarda, retirado años hacía. Hablaban sin duda de sus campañas; pues los veteranos no suelen pensar en otra cosa.

—¡Vamos, sitio! gritaban los granaderos. ¿Qué significa tanta gentuza? ¡Valiente chusma!!... ¡Daos prisa!

Algunos se apretaban en su banco; pero esto no bastaba á los granaderos.

—Necesitamos esta mesa para nosotros solos, exclamó el moreno de elevada estatura, dando un golpe en la que ocupaban el tio Mauduy y su camarada Poirier con algunos otros. Tendremos lugar para seis, que es lo que buscamos... ¡Daos prisa!

Yo estaba indignado.

—Señores, dijo Bibi, los que llegan primero conservan su sitio. Id al *Cheval Brum* ó donde querais... Nunca venís aquí.

—¿Cómo, cómo? exclamaron los maestros de esgrima; ¿qué dice el truhan?

Bibi, al oír este tono chocarrero, estaba á punto de exasperarse; pero el tio Mauduy, cogiendo su media pinta y su vaso, le dijo:

—Vamos, Bibi... son muy mozos... Venid, Poirier, y vosotros tambien; dejemos el sitio á estos señores.

Y fué á sentarse tranquilamente al otro extremo de la sala, en un rincon.

—¡Vaya! exclamó uno de los ayudantes, riendo á mandíbula batiente, es prudente el bailarín; cede con gusto su puesto... Seguid los avisos de la prudencia, y llegareis á viejo.

Mauduy comprendió entónces que se proponian molestarle los granaderos.

En aquel momento veíalo yo de frente. Su amigo Poirier me volvia la espalda.

El dictado de bailarín habia enfurecido al veterano, mas se contenia aún, y haciendo chocar su vaso con el del antiguo

guarda, limitóse á decir en medio del profundo silencio que se produjo en la sala :

—A vuestra salud, Poirier ; vámonos de aquí.

Vació su vaso de un trago, dejó algunas monedas de cobre sobre la mesa, y apresurábase á salir ; pero como esto no era del agrado de los provocadores, soltaron todos la carcajada.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! No es mala broma.

Y uno de ellos añadió :

—¿No conocéis vosotros á Lapointe ; ya sabéis, el famoso Lapointe de la 32.^a; el valiente de los valientes, que hacia temblar á todo el ejército de los descamisados? ¿No le conocéis, no está aquí?

Y cogiendo del brazo á un calderero contrahecho y pequeño de cuerpo, llamado Simon, dijeron :

—¿Eres tú, por ventura? Te pareces á él.

Todos ignoraban dónde iría á parar aquella gente.

—Dejadme en paz, dijo Simon desprendiéndose : soy calderero y nada tengo que ver con vosotros.

—Dejad en paz á ese pobre hombre, dijo Mauduy volviendo á sentarse : puesto que me teneis ganas, no mortifiqueis á los demas. ¿Qué quereis de mí? aquí me teneis. Bibi, traed otra media pinta, Poirier, espero que aceptareis otro vaso.

—¡Ah! ¿eres tú Lapointe? dijo entónces el moreno de elevada estatura. Te has escondido tan bien durante veinte años, que no se te habia vuelto á encontrar... La prudencia viene por lo visto con la edad y...

—¿Qué quereis de mí? dijo el sastre viejo interrumpiéndoles bruscamente, y cuyo rostro tomaba poco á poco color de borra. Dejaos de chanzas y hablad claro.

—Pues queremos tomarte el pulso, dijo con sorna uno de los ayudantes.

—¡Ah! ¿quereis tomarme el pulso?... Ya lo oís, dijo entónces Mauduy dirigiéndose á la concurrencia... quieren tomarme el pulso, y para eso han venido aquí... ¡Acordaos! La provocacion no ha partido de mí, pero la acepto.

—¿Contra quién?

—Contra todos. Sí, todos me habeis insultado, y á todos os desafío... Y pues hablásteis de la 32.^a, ella... Basta, dijo des-

pues conteniéndose. Vamos, Poirier, en marcha : no es cosa de disputar en una taberna como tunantes. Os dejo con estos señores ; vos sois uno de mis testigos ; buscad el otro : los antiguos no faltan nunca. Os entenderéis en el terreno... Nos encontraremos en la puerta de Basilea.

—Está bien, contestó Poirier.

Todo se dijo en medio del silencio. Los maestros de esgrima y ayudantes habian conseguido su objeto.

Mauduy salió cubriéndose con su sombrero viejo sin dirigir una mirada á sus provocadores , con el bigote erizado y demostrando indignacion. Bajó los tres escalones de la taberna, y dirigióse á la calle con un hipo extraño. No era ya el melancólico sastre viejo ; era la fiera que despierta de un largo sueño y cuyas mandíbulas rechinan de hambre y sed.

No sé lo que pensaron los granaderos al verse tan bien servidos, pero bajaron gravemente á la plazuela de las acacias, mientras yo volvía con presteza á mi establecimiento.

Desde el umbral los ví hablar delante de la taberna con el antiguo guarda, y fuése luego cada cual por su lado. Se habian dado cita para alguna parte.

Y como viese yo aquel dia que todo el mundo estaba en el campo y en las tabernas, pensé que nadie vendria á hacer compras despues de las cuatro, por lo cual dije á mi mujer que se vistiese para que fuésemos á dar una vuelta en nuestro jardin.

Cerré el establecimiento , dióse ella prisa á ponerse el sombrero y arrojar un chal sobre sus hombros y diez minutos despues , llegábamos del brazo á la puerta de Basilea , felices al respirar el aire puro del campo y al ver los medros de la vegetacion durante una larga semana.

El tiempo era hermosísimo. Nuestro jardin no estaba léjos de la ciudad, en el camino de Basilea : teníamos allí una linda glorieta enrejada , cubierta de enredaderas , clemátidas , dulzamaras, paseos bordados de flores y algunos hermosos árboles; ciruelos, blancos á la sazón como la nieve, y que muy pronto debiamos ver de nuevo doblegándose bajo el peso de las frutas.

Nada dije á Josefina de la provocacion de que fuí testigo. Los lances de este género se suscitaban con frecuencia entre los antiguos soldados de la república y del imperio y el bisoño

ejército de los Borbones, pero tales cosas no son á propósito para alegrar á las mujeres, y la mia, que era muy delicada, se habria conmovido profundamente al oír hablar de un duelo como ese entre un buen hombre completamente decrepito y seis mocetones con toda la fuerza juvenil y la agilidad adquirida en una práctica diaria de la esgrima.

Hice votos por el tío Mauduy, que era todo lo que en mi mano estaba, y apelé para lo demás á la sabiduría del Eterno sin abrigar, no obstante, grandes esperanzas de que el viejo sastre saliera sano y salvo de tan terrible lance.

A cosa de las cuatro y media de la tarde, mirábamos tranquilamente nuestros claveles y tulipanes, doraba el sol algunas nubecillas en lo alto de las colinas, y todo respiraba la calma y frescura primaverales. Acababa yo de descubrir un nido y Josefina mirábalo encantada, en pleno éxtasis. Sin haber tenido hijos, comprendíamos muy bien los gestos de desesperacion de la pobre madre que revoloteaba de rama en rama alrededor de nosotros.

—Alejémonos, decia mi mujer, no prolonguemos más su terror...

Y como en aquel instante nos levantáramos, oí á lo lejos un ruido metálico, un vago rumor que al punto llamóme la atencion. Hacia allí, detrás de la callejuela de abetos y el vergel que separaba nuestro jardin de las fincas vecinas, verificábase un duelo.

Mi mujer nada oyó. Volvió á la glorieta; le dije que allí me esperase algunos instantes, pues tenia que pedir algunas plantas al jardinero Laforêt, cuya huerta hallábase más allá en el camino; é impulsado por diabólica curiosidad, dirigíme al sitio en que sonaba el rumor de las armas.

A cada paso, percibíase mejor. Cuál no seria mi espanto al ver en el mismo instante en que me inclinaba sobre el seto, un cuerpo tendido sobre la hierba, el del profesor de esgrima moreno, con la boca llena de sangre, los ojos muy abiertos y su levita de granadero en el suelo,

Fué el primero que cayó y los combatientes se retiraron á algunos pasos de distancia para continuar. Nadie velaba al muerto.

Al aproximarme al sitio resonó una exclamación:

—¡Ah!

—¡Y van dos! dijo el tío Mauduy, con cierta sorna.

Efectivamente, á través del follaje ví alrededor de un cuerpo tendido á varios concurrentes que inclinados lo miraban. Uno de los granaderos dijo al levantarse:

—Está herido como el otro, debajo del sobaco.

Sólo Mauduy, en mangas de camisa, permanecía en pié. Esperaba en esta actitud y su vinoso rostro tenía una expresión de alegre ferocidad. De repente dijo luego:

—Vamos, vamos : pronto se procede á contar. Muerto está y basta... Pasemos á otro, al mejor de vosotros, al más listo y encopetado... á ese, por ejemplo, añadió señalando al granadero que le llamó bailarín.

Mas éste no daba señales de querer aceptar.

—Lo echaremos á la suerte, dijo con un tono muy distinto que el de sus palabras en el café de Bibi : eso es lo más sencillo.

—¡Ah! dijo el sastre viejo, ¿á qué tanta perplejidad? Erais vosotros seis : y, sin embargo, me elegisteis á mí solo... Pues bien : yo os elijo á vos.

—¡No! lo dejaremos á la suerte, contestó el maestro de esgrima, es lo más regular.

—Bueno : pues á ello... Estoy algo acalorado y no quiero constiparme.

Notábase en todas sus palabras un acento de desprecio é ironía terribles.

Sus dos testigos, el guarda Poirier y el sargento que fué Perrot, dos viejos de la víspera, como se decia entónces, permanecían impassibles.

Reuniéronse los otros, echaron suertes, y quiso la casualidad que perdiese el mismo á quien el sastre habia designado.

Desabrochóse lentamente, pálido como un muerto.

—Atiende, Dutref, díjole uno de sus camaradas. Ya has visto el golpe...

—¡Oh! dijo en son de burla el viejo Mauduy, como si no tuviéramos más que esos dos : los contamos por docenas.

.....Todas las mañanas se encontraban dos ó tres en la 32.^a, ántes de ir á misa.

Y poniéndose en guardia, preguntó :

—¿Estamos listos ?

Su adversario se puso también en guardia sin contestarle, y empuñó al punto la refriega.

Veía yo de frente al sastre, distante de mí unos treinta pasos. Enteróse de que yo estaba allí al chocar los floretes, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Agradábale que yo pudiera ser testigo de sus hazañas, pero impulsado por un sentimiento de horror y de compasión invencible, le grité :

—¡No lo mateis, tío Mauduy!... También él tiene madre... madre que le ama como la vuestra os amó... Tío Mauduy, ¡en nombre de la buena tía Jacqueline!...

Los floretes chocaban con un extraño chis-chas.

La cara del sastre viejo se había tornado adusta, brillaban sus ojos como centellas detrás de sus largas cejas blancas, y sus quijadas se apretaban... Yo tenía miedo... y sin embargo, habiendo parado dos veces el golpe de su adversario, pudo atravesarle el pecho y no quiso hacerlo.

Por último, al herirle en un brazo, le dijo bruscamente :

—Basta por tí... y no vuelvas... ¡Sírivate eso de lección!

Su rostro se había dulcificado un tanto.

Íbase muy contento el herido mientras uno de sus testigos le vendaba el brazo con un pañuelo. El pobre diablo estaba pálido como la muerte, y sin embargo, parecía dichoso de haber salido del paso á tan poca costa.

El tío Mauduy permanecía en el terreno en actitud de esperar.

—Veamos, dijo : ¿alguno de vosotros quiere reñir ahora? Hay todavía...

—Basta ya : el honor está satisfecho, dijo uno de los maestros de esgrima.

—¿Así os parece? Dijo el sastre con irónica sonrisa. Bien podría yo contestaros que para mí no basta, y que no salgo de mis costumbres para tan poca cosa. Podría contestaros que cuando cinco ó seis se reúnen para insultar á un anciano, debieran al menos sostener su insolencia hasta el fin. Pero...

bueno está : me doy por satisfecho. Sólo añadido que os acordéis de la 32.^a y os digais en voz alta que sus viejos raigones valen por todos vuestros blancos dientes... y muerden con fuerza.

Y fuéronse los profesores de esgrima, seguidos de sus testigos, y sin decir una palabra.

Grande era la indignacion que les dominaba, mas no iba tan léjos que les hiciera reclamar, protestar y ponerse en guardia contra el sastre viejo, de quien tanto se habian burlado.

Los dos cadáveres quedaron sobre la hierba cabe el seto, y el herido, apoyándose en el hombro de uno de sus camaradas, alejóse poniendo buena cara. Tomaron la vereda y atravesaron las explanadas, dirigiéndose sin duda al hospital militar con objeto de que se enviaran desde allí unas camillas en que recoger los muertos.

Mauduy recogió su capote y se lo puso con indiferencia, volvióse á poner tambien su corbata que se anudaba detrás, como tenian de costumbre los veteranos, y luego que se hubo puesto su clac, dijo á sus amigos que le esperaban :

—En marcha ; el asunto está arreglado.

—Y como pasara cerca de mí, le dije :

—Gracias, tio Mauduy.

Volviéndose entónces al oír mi voz, tendióme la mano por encima del seto, exclamando :

—¡Aún estais ahí, Sr. Antonio!... A fe mia que no os debe poco el tercero... A no ser por vos, le hubiera atravesado como á una rana.

Y luego, pasando por el seto :

—Vais á hacerme un pequeño servicio, añadió. Habeis sido testigo de la provocacion ; os ví fuera, en la ventana de Bibi...

—Sí, tio Mauduy.

Pues bien ; quiero que me acompañeis á casa del comandante militar y que deis testimonio del suceso ; un vecino acomodado como vos, tendrá más crédito que nosotros : ¿me comprendéis?

—Está bien ; basta, contesté : sólo necesito el tiempo que hace falta para llevar á casa mi mujer, y estaré despues á vuestra disposicion. Me hallareis en la plazuela.

Hizo con la cabeza una señal afirmativa y se reunió con sus testigos que estaban ya al extremo del paseo y en la explanada.

En cuanto á mí, fuí al jardín en busca de mi mujer. Ella no sospechaba nada, y media hora despues el tio Mauduy, sus testigos y yo íbamos camino de la casa del gobernador.

Prevínose al señor comandante Clovis de Beaujaret que deseaban verle algunos vecinos, y dos minutos despues vinieron á decirnos que subiéramos á su estancia.

El señor comandante Clovis, con traje gris y gorro negro y dos antiparras como cristales de relój montadas sobre su narizota encarnada, hallábase en su salon sentado en un taburete y en disposicion de bordar. Tenia al lado en una cesta muchas brocas y hacia flores de lis con maravillosa destreza.

—¿Qué se os ofrece? dijo dirigiéndonos una mirada y sin interrumpir su trabajo.

Refirióle el tio Mauduy lo sucedido con pocas palabras, y como Poirier quisiera confirmar lo dicho por su camarada, interrumpióle diciendo :

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Ya se os conoce!... Sois de la misma cuadrilla... Para quien es el uno, bueno está el otro... Dejad que hable M. Flamel.

Entónces le referí cómo pasaron los profesores de esgrima por la acera delante de mi establecimiento, cómo prepararon su provocacion y entraron en la taberna de Bibi : en suma, todo lo que ví y escuché sin omitir cosa alguna. El comandante me escuchaba con gran atencion al mismo tiempo que seguia bordando.

—¿Estais dispuesto á dar testimonio de lo sucedido ante la justicia? me dijo.

—Sí, señor comandante.

—Entónces, está bien.

Y dirigiéndose á Mauduy añadió :

—No ha sido poca suerte para vos que este honrado vecino presenciara el caso, pues toda vuestra chusma de descamisados y bonapartistas no habria servido para nada... ¡Idos!... Puesto que los dos maestros de esgrima se han hecho matar como imbéciles, que los entierren : es lo más breve. En cuanto al herido supongo que estará en el hospital... pues siga donde

está y no se me hable más del asunto... Estas camorras me fastidian... No se me deja trabajar un instante tranquilamente... Es pesado, dijo abriendo la boca hasta las orejas, me aburre esto, sí!... Os suelto por esta vez, mas si llega á mis oídos alguna otra cosa, Sr. Mauduy, alias Lapointe, por poco que sea, sabreis quién soy.

Y sin más, saludando al señor comandante que habia vuelto á bordar, salimos uno detrás de otro.

Ya en la calle *des Cordiers*, léjos del centinela que se paseaba de arriba abajo delante de la casa del gobernador, Poirier, enfurecido por el desden con que le habia tratado M. Clovis de Beaujaret, exclamó :

— ¡Peste de emigrado! Durante veinte años se ha batido contra su país y se atreve á insultar á los patriotas.

Nadie le contestó, pues todos estábamos hartos. Apresuróse cada cual á entrar en casa muy contento de que el suceso quedara en lo que quedó, sin que interviniesen consejos de guerra ú otros tribunales cualesquiera.

Minuciosamente he recordado estas cosas, y sin embargo, ¡cuántos sucesos nos separan de aquel tiempo! Cárlos X y las misiones, Luis Felipe y las guerras de Africa, la revolucion del 48 y las jornadas de Junio, los caminos de hierro, el telégrafo, Napoleón III y la invasion, la desmembracion del país, la pérdida de Alsacia y Lorena!... ¡Y cómo han variado las personas!... ¿Qué parecido tienen los bonapartistas de hoy dia con los que ántes conocimos? ¡Parécense entre sí como el sobrino al tio... Van á confesar!... En cambio los de antaño se habrian puesto en guardia si se les hubiera llamado clerizontes! Todo ha variado : sólo los nombres quedan.

Volvamos á nuestra historia.

A últimos del año 26 hallábame una tarde vendiendo algunos objetos de quincalla cuando una andrajosa chica entró á decirme que el tio Mauduy deseaba verme.

Era la hija de Voirin, el sepulturero, que vivia en la misma calle que Mauduy.

Al punto, dejando mi mujer en el establecimiento, dirigime á la casucha del sastre viejo para saber lo que de mí deseaba.

La ventana de su albergue estaba abierta como antigua-

mente : cantábase el abecedario cinco ó seis casas más léjos como en tiempo de M. Berthomé, que habia muerto el año anterior, y á quien reemplazó un nuevo maestro, M. Frichard.

Al entrar en la pequeña estancia del bajo miré entre los viejos guiñapos que colgaban de la pared sin descubrir al pobre hombre á quien buscaba, cuando con voz sorda y cascada me dijo :

—¡Aquí, M. Flamel, aquí!

Entónces le ví tendido en su cama, envuelto en la sombra de la escalera, sumamente amarillo y desfigurado, con los ojos encendidos por la fiebre y el rostro bañado de sudor.

Fuí hácia él y le dí la mano.

—Estais enfermo, le dije, y habeis enviado á la niña de Voirin á que me avisara...

—Sí, dijo, sólo me resta pasar la noche... á lo sumo llegaré al dia de mañana... Desfilaré sin duda esta noche, y he querido veros ántes.

—¿Necesitais un médico?

—No lo necesito para firmar mi pasaporte : es esa una formalidad inútil : puedo irme perfectamente sin ello.

—¿Quereis que os asista un sacerdote?

—No.

—Entónces ¿para qué me habeis hecho venir? ¿Necesitais dinero para las medicinas, auxilios, una asistenta, algo en suma?

—No necesito nada. Os he mandado buscar para daros un apretón de manos y las gracias...

—¿Por qué?

—Por haberme gritado que perdonara la vida al calavera que me insultó, haciendo que me acordara de mi madre ; para eso os envié á buscar.

Al decir ésto me tendió la mano.

—¡Sois un buen hombre!... ¡Os quiero mucho!

Estaba él conmovido y yo tambien.

—Vamos, dijo despues de un momento : basta ya, conservaos bueno.

Y dando una vuelta en el lecho se despidió de mí.

Volvíme á casa.

Tres ó cuatro horas despues una mujer de la callejuela *des Glaneurs* nos dijo que el tío Mauduy habia muerto ; y á la tarde del dia siguiente, habiéndome enterado de que iban á enterrarle, calé el sombrero y me ajusté el gaban para asistir á la inhumacion.

Las campanas permanecieron silenciosas, y en la casa no hallé más que los conductores y algunos ancianos.

El ataúd estaba puesto sobre dos sillas cojas. Pusiéronlo en unas angarillas y partieron. Yo iba detrás y los vecinos miraban desde la ventana.

Fuimos directamente al cementerio : allí nos esperaba el sepulturero Voirin cerca de la fosa, bajo los llorones sáuces cuyas hojas se iban cayendo ya ; nos esperaba con su pipa en la boca.

—¡Ah! héos aquí, dijo : está bien. No hay *De profundis*, la cosa va por sí misma esta vez... Y ¿quién ha pagado el ataúd?

—Yo lo he pagado, tío Voirin.

—Entónces ¿vos tambien pagareis la sepultura?

—Sí, estad tranquilo.

—Demas de esto, dijo escupiéndose las manos para coger las cuerdas, hay con qué cubrir los gastos : seis pantalones viejos, un uniforme del tiempo de la república, la cama, la mesa y las sillas ; yo lo he visto todo! Vamos, ayudadme vosotros : ¿estais preparados?

—¡Sí!

—¡Firmes!... ya está.

El ataúd estaba ya en la fosa : cogí la pala y arrojé un poco de tierra. Miraban los otros como se mira al fondo de aquel negro agujero, y Voirin volviendo á encender su pipa, exclamó :

—No os tomeis molestias, Sr. Flamel, yo me encargo de cerrar el agujero ; una paletada más ó ménos es cosa de poca monta.

Chupó fuertemente dos ó tres veces para encender bien su pipa, le puso la tapa y cogiendo la pala, exclamó :

—¡Bien va este año ; se gana la vida!... Todos los viejos van cayendo uno por uno... La semana pasada el capitan Hochedé y el cabo Bouquet ; luego el terrible Lapointe de la 32.^a ; si

seguimos así hasta fin de año el cementerio nuevo se llenará lo mismo que el viejo y habrá que comprar muy pronto el campo de M. Guize para continuar... El pobre M. Guize ha esperado bastante : puede al ménos disfrutar de la venta ántes que muera.

Y en tanto caia tierra y se llenaba la fosa.

—Mucho cabe en una fanega, dijo uno de los portadores de las angarillas.

—Pues ya lo creo... cientos y cientos... Despues de todo, siguió diciendo Voirin, la cosa es llana : de aquí á cien años todos los que en la tierra estamos volveremos á ser lo que éramos cien años ántes de venir al mundo.

—Me alejé dejando al viejo sepulturero que continuara sus reflexiones y relatos á los portadores del cadáver que reposaban sentados en las angarillas para volver descansados á la poblacion.

Desde entónces acá, he pasado á menudo por allí siguiendo la corta calle de abetos que linda con el cementerio y que conduce á la aldea de Timery. Siempre me he parado algunos segundos ante la tumba sin cruz ni lápida del sastre viejo : la fosa está en la cerca cubierta de hierba, y es hoy dia una de las más antiguas : las flores que al uno y al otro lado se siembran sobre otras tumbas se extienden hasta aquella ; el pobre viejo tiene una parte. Nadie sabe en la poblacion que allí descansa, excepto yo, porque Voirin fué á reunirse ya con los que habia enterrado.

¡Así son las cosas de este mundo!

Dios mio ¿á qué tanta inquietud? Al fin y al cabo á cada cual le llega su turno, y en este instante me acuerdo que el sastre viejo decia que no hay *quite en terciá ni en cuarta* que valga cuando suena la hora. En lo cual tenía mucha razon.

ERCKMANN-CHATRIAN.



GOETHE Y SCHILLER

1794-1796



(Continuacion) (1).

IV.



Si union con Schiller, dice Goethe (2), llegó á ser tan »íntima, que no podíamos vivir el uno sin el otro, »porque, aunque éramos de *naturaleza muy contraria, perseguíamos ambos un mismo fin.*»—Revelan tales palabras el poder intuitivo del genio de Goethe, que comprendió desde un principio el origen real y el fundamento firmísimo de su amistad con Schiller.

Es la amistad palabra sin sentido, dice á veces el hombre dolorosamente aleccionado por los desengaños de la vida, olvidando que dejamos crecer y desarrollarse la amistad sin apoyarla más que en condiciones subjetivas, en elementos personales y en tendencias irreflexivas, circunstancias que llegan todas juntas á constituir castillo de naipes deleznable al menor

(1) V. REVISTA CONTEMPORÁNEA, número correspondiente al 15 de Marzo.

(2) *Conversations*, t. I, pág. 402.

obstáculo, é ignorando que no subsiste la amistad si permanece inalterable el consuelo que en la vida ofrece; si sobre las condiciones subjetivas con que se inicia no se levantan condiciones reales que la mantengan y conserven ; si sobre los elementos personales que en ella juegan no aparecen elementos de general desinteres y abnegacion que la purifiquen, y si, por último, las tendencias irreflexivas que mueven al ánimo en sus primeros impulsos no son substituidas por una generosa mancomunidad de pensamiento y obra. De esta suerte constituida la amistad, es consuelo animador en la vida, es el complemento obligado de nuestra propia individualidad, y llega á formar el consorcio íntimo de las almas.

A este órden superior de la amistad real, subsistente por lo objetiva, inalterable por lo generosa, pertenece la amistad que conservó unidos á los dos poetas más grandes de Alemania, á Goethe y Schiller, los dos *genios de naturaleza contraria que persiguen un mismo fin*. Estas dos condiciones, que Goethe señala acertadamente como notas de contraste y semejanza de su genio con el de Schiller, son la base inconmovible en que se apoya la union íntima de los dos poetas. Sin la semejanza sobre el contraste de los caracteres no puede subsistir la amistad, que se disipa, si faltan tales condiciones, como fuego fatuo, cuya repentina desaparicion acusa las innumerables contradicciones del sentimiento, guiado sólo por impulsos ciegos é irreflexivos.

«Nace la amistad, dice uno de los más profundos pensadores de nuestro país (1), en el acuerdo del ánimo y del sentimiento bajo *oposicion proporcionada de caracteres*, porque sólo hombres *dotados de semejante cultura* pueden vivir en igualdad de relaciones, y sólo el contraste de caracteres igualmente estimables alimenta el interes de la amistad. Así como el matrimonio junta los opuestos sexos, junta la amistad los opuestos caracteres.»

Reunen Goethe y Schiller, segun lo reconoce el primero, y lo declaran todos los críticos, contrastes y oposiciones suficien-

(1) Sanz del Rio.—*Ideal de la humanidad*. Madrid 1871, segunda edicion, páginas 46 y 150.

temente características para que no se extinga el afecto que ha engendrado su amistad. Unánime es el juicio de todos los críticos respecto á las condiciones opuestas de Goethe y Schiller. Henry-Lewes (1) señala profundas desemejanzas en la constitucion fisiológica de Goethe y Schiller, que hace extensivas á los detalles de la vida de ámbos, y dice: «Comparando al uno »con el ideal griego, y al otro con el cristiano, damos á enten- »der claramente que Goethe representa el realismo, y Schiller »el idealismo.» Bossert (2) afirma que «miéntras Goethe era un »observador asiduo del mundo exterior, era Schiller un idea- »lista, y que, con facultades tan encontradas, todo en ellos fué »distinto, la educacion, los primeros estudios y los sucesos de »la vida; nunca, concluye diciendo Bossert, han partido de »tan léjos dos hombres para encontrarse despues.» M. Saint-René Tillandier (3) hace tambien una viva enumeracion de los contrastes que distinguen á los dos poetas. «Goethe, dice Ti- »llandier, que ha desconocido la revolucion, que se burla del »terror, es el poeta cortesano; y Schiller, que ha saludado en- »tusiastamente la misma revolucion, y que quiere defender á »Luis XVI ante la Convencion, es el poeta de la juventud; »tiene aquel por maestro en filosofía á Espinosa, y Schiller á »Kant.» M. A. Mezières (4) asegura que Goethe y Schiller distaban tanto en sus opiniones, que parecia que existia á primera vista un abismo infranqueable entre sus ideas. M. Regnier (5) dice que llegó á un extremo tal la fuerza con que se acentuaron estos contrastes entre Goethe y Schiller, que el elogio del autor de *Wallenstein* implicaba la crítica del de *Herman y Dorotea*, y parecia la representacion de la lucha de sus dos genios la de las dos almas de que habla Fausto, que habitan en nosotros y quieren separarse la una de la otra.

Sobre toda esta oposicion de caracteres entre Goethe y Schiller, sobre aquella saliente contrariedad de su naturaleza, ha triunfado la semejanza del fin que los dos genios perseguian, y

(1) G. H. Lewes.—*The Life and Works of Goethe*.

(2) A. Bossert.—*Cours de la litterature allemande*, t. III.

(3) *Correspondance entre Goethe et Schiller*.

(4) A. Mezières.—*W. Goethe, Les œuvres expliquées par la vie*, t. II.

(5) Ad. Regnier.—*Vie de Schiller*.

si aquellos contrastes han persistido, han animado y hecho más íntima su amistad, que asocia sus nombres y su gloria, enalteciéndoles la posteridad como dos genios hermanos que se han comprendido y secundado (1). Ha sido posible tal union, porque, segun dice Lewes, si Goethe y Schiller eran naturalezas distintas, no eran, sin embargo, contradictorias, sino que tenían muchas semejanzas entre sí. Cuando dos hombres persiguen un mismo fin, si este es noble y desinteresado, no pueden ménos de unirse, porque, por cima de toda oposicion de caracteres, existen elevadas ideas y sentimientos sublimes, en que conciertan todas las almas bien sentidas. Y que existen tales semejanzas entre Goethe y Schiller no lo niega ninguno de sus críticos, ni aún los más prolijos en señalar sus diferencias.

Se notan las semejanzas que existen entre Goethe y Schiller, observando la homogeneidad en el desarrollo de su genio, siquiera á causa de la edad, de su mayor cultura y de su superioridad, vaya siempre Goethe delante de Schiller. Así, á la transformacion del genio de Goethe, durante su primera residencia en Weimar, convirtiéndose al clasicismo, corresponde el cambio de Schiller, que se manifiesta en su poesía *Los Dioses de la Grecia*, y en su poema *Los Artistas*; además la mision docente que atribuye Goethe al arte y á la educacion artística en la vida, en su novela del *Wilhelm Meister*, es semejante á la concebida por Schiller, cuando escribe sus *Cartas sobre la educacion estética*, y por último, son casi idénticas sus ideas, al estar ambos convencidos de la poderosa influencia que debe ejercer el arte en la vida. Creian lo mismo Goethe que Schiller que sólo puede la humanidad elevarse á la posesion de sus más altas facultades, mediante la cultura artística, coincidiendo así ambos genios, que habian comenzado por ser revolucionarios en el arte, aceptando un criterio ménos exclusivo.

Tan viva é íntima es la union entre Goethe y Schiller, que se oponen ambos á las pretensiones de aquellos de sus admiradores, que deseaban despertar de nuevo sus antiguas rivali-

(1) «Ambos buscamos la verdad, tú en la vida exterior, y yo en la interior; los dos la hallaremos de seguro. Con la vista clara se ve en lo exterior al Creador; con un corazon puro se contempla interiormente el mundo.» Poesía de Schiller, titulada *Concierto*.

dades. De ello ofrece elocuente ejemplo la repulsa violenta que hizo Schiller, de una fiesta en honor suyo, por temer, si aceptaba, que Goethe pudiera creerse ofendido (1).

Aún más definitivas son las pruebas de amistad íntima que se observan en la correspondencia, frecuente y fructuosa, mantenida entre Goethe y Schiller. Con razón se enorgullece todo alemán de tal correspondencia, «una de las joyas más preciosas,» dice un gran escritor (2), de nuestro tesoro nacional. Presentamos, gracias á ella, los trabajos de dos grandes genios, que poseen en sumo grado la vocación poética y se unen en una «empresa común.»—Desde los primeros momentos se observa en esta correspondencia qué bien han reconocido ambos poetas la naturaleza de su genio, y cuán acertadamente marchan en esta empresa común, completándose entre sí, es decir (3), ayudando la inteligencia relativamente pobre de Schiller á que Goethe dirigiera y ordene el mundo inconmensurable de su saber, y contribuyendo Goethe con sus luminosas conversaciones á poner en continuo movimiento las pocas ideas de Schiller. ¿Qué mucho, pues, que Schiller reconociera desde luego las grandes ventajas, que podía recoger de su trato con Goethe, y que desde el primer momento considerara época decisiva en su vida la amistad con su antiguo rival. Así es que, mientras á Herder inspiró siempre Goethe un entusiasmo frío y reservado, en que pretendía indirectamente mostrar el valor de su personalidad, admiraba Schiller á Goethe con un entusiasmo, gráficamente calificado por H. B. de Bury (4), *sans arriere-pensée*.

Desde los primeros momentos presiente Schiller la importancia que tiene para ambos aumentar su intimidad, comple-

(1) De qué suerte ha correspondido Goethe á las deferencias de Schiller, lo dice expresamente aquél en sus *Conversaciones*: «Hace veinte años que disputa el público por saber quién es más grande, Schiller ó yo. Debieran más bien los alemanes celebrar tener dos hombres como Schiller y yo.»

(2) Strauss. *L'ancienne et la nouvelle foi*, pág. 298.

(3) «Como el círculo de mis ideas es más restringido que el vuestro, le recorro más pronto. Mientras procurais simplificar vuestro inmenso mundo de ideas, busco yo la diversidad para las pocas que poseo.» (Cartas de Schiller á Goethe.)

(4) *Essai sur Goethe*, pág. 117.

tando así sus cualidades contrarias. «Es el genio, dice Schiller á Goethe (1), un misterio impenetrable, pues consiste en el perfecto acuerdo de vuestro instinto filosófico con los resultados más puros de la razón especulativa. Aunque parecen contrarios por partir el espíritu especulativo de la unidad y aceptar el intuitivo por base la variedad, cómo el primero busca sinceramente la experiencia, mientras el segundo se eleva á la consideración de la ley con toda la independencia del pensamiento; *tienen que encontrarse los dos á la mitad del camino*» (2).

Siguen semanalmente, por lo ménos, su correspondencia Goethe y Schiller, interrumpiéndola sólo por sus entrevistas. En Setiembre de 1794 pasa Schiller dos semanas en casa de Goethe, admira y aprovecha su inmenso saber, y según escribe á su amigo Kærner, parece su inteligencia *suelo fecundado por una copiosa lluvia*. Las consecuencias inmediatas de este cambio de ideas son que Schiller abandona poco á poco las especulaciones abstractas de la filosofía, y se consagra principalmente á la poesía real y viva, que tanto encantaba á Goethe (3).

V.

Habia despertado profundas simpatías en el corazón de Schiller la Revolución francesa, saludada por él con un grito de febril entusiasmo. Autor después en su drama *Don Carlos*, del tipo del Marqués de Posa, parecía Schiller el Cantor de la libertad; pero á estos primeros y espontáneos sentimientos habían sucedido otros muy distintos en el alma de Schiller, que en el año 1794 juzgaba todos los acontecimientos revolucionarios como perturbadores de la paz pública y de la tranquilidad individual. A pesar de haber merecido (Setiembre de 1792) de

(1) Carta de Schiller á Goethe, de Agosto de 1794.

(2) A este encuentro atribuye siempre Schiller una misión superior, la de completarse y perfeccionarse con Goethe, siguiendo aquella máxima de Humboldt, citada en el t. II, de la *Walhala* del Sr. D. Juan Fastenrath. Decía Humboldt á Schiller: «Usted y Goethe podrán alcanzar la cumbre más alta, sin que el uno oscurezca al otro.»

(3) V. DR. CLEMENS *Schiller dans ses rapports avec Goethe et avec le temps present.*

la República francesa el diploma de ciudadano, firmado por Danton y Roland (expedido á favor de *Mr. Gille, escritor alemán*) (1), seguía Schiller aterrado ante el proceso de Luis XVI, á quien pretendía defender por escrito, y deseaba con Wieland una dictadura para salvar el orden social.

Así se acercaba más Schiller al modo de ver de Goethe en los sucesos políticos, y de esta suerte iban cediendo las asperezas de las opiniones más encontradas de los dos poetas para dar lugar á una amistad imperecedera. Semejante cambio en las ideas políticas de Schiller conformaba con la opinion reinante en todos los círculos literarios, que pensaban unánimemente que, en el estado político y artístico de Alemania en aquel tiempo, más convenia apaciguar los ánimos, llamando la atención hácia las serenas regiones del arte, que excitar las pasiones, haciéndolas partícipes de la fiebre revolucionaria.

«En estos tiempos, decia Schiller, en que las noticias de la »próxima guerra exaltan los ánimos, y en que la lucha de las »opiniones y de los intereses políticos reproduce esta guerra »en todos los círculos, eliminando de todas las conversaciones »las Musas y las Gracias y no estando libres en ninguna parte »del *demonio de la crítica política*, parece tan atrevido como »meritorio invitar al lector á que atienda á otros asuntos. No »son muy favorables las circunstancias para un periódico, que »ha de guardar silencio absoluto sobre el tema favorito del »dia... Pero, por lo mismo, es de todo punto necesario ele- »varse por cima de todas las influencias del tiempo, y *reunir »bajo la bandera comun de lo verdadero y de lo bello, el »mundo dividido por la política.*»—Tal era el pensamiento, que inspiraba á Schiller la creacion de su periódico titulado: *Las Horas* (2), donde pretendia que colaborasen todos los grandes escritores, y entre ellos Goethe. Puede concebir con suma facilidad el lector, cuán grata impresion habia de producir á Goethe, al eterno enemigo de las turbulencias revolucionarias la lectura de un programa, cuya idea principal le era por demas querida, la idea de que el hombre culto, el sabio,

(1) *Mr. Gille en vez de Schiller.*

(2) *Die Horen.*

debe mantener una indiferencia completa y conservarse del todo separado de los vértigos que producía por entónces el imprevisto decurso de los sucesos políticos (1). Además obedecía la creación del periódico *Las Horas*, al pensamiento ya antiguo, concebido por Goethe, de convertir el arte y la literatura en instituciones docentes, cuya superior misión es la disciplina intelectual y la dirección de las ideas.

Acogió Goethe con gran deferencia el pensamiento de la creación de *Las Horas*, en cuya publicación colaboró desde un principio. Pobre fué la existencia que arrastró el periódico *Las Horas*, corta su vida, y ménos que mediano su éxito, pues no logró ejercer influencia fructuosa en el estado fragmentario de la literatura alemana, siendo ineficaces todos los esfuerzos por luchar contra la estupidez general, decía Schiller, ante la cual son impotentes hasta los mismos dioses. Tendrá, no obstante, dicha publicación gran importancia; porque sirvió de ocasión favorable durante cuatro años para hacer más viva la simpatía entre Goethe y Schiller, poner en contacto sus genios y llevar á cabo muchos trabajos en comun, que dieron por resultado las influencias recíprocas con que enriquecieron sus opuestas aptitudes.

Desde un principio ofrece Goethe á Schiller todas sus obras inéditas para que se publiquen en *Las Horas*. Aparecen sucesivamente las *Epístolas y Elegías*, y las *Conversaciones de los Emigrados*, y además poesías como *Alexis y Dora*, y la *Prometida de Corinto*, obras todas que remite Goethe á Schiller en cartas afectuosísimas, en que le autoriza para introducir en los manuscritos todas las correcciones que estime oportunas, suplicándole, sobre todo, que le exponga su juicio sobre aquellas. Contesta Schiller, manifestando su satisfacción y expresando espontáneamente su desinteresada y noble admiración

(3) Ni en las ideas políticas de Goethe, ni en el abandono por parte de Schiller de sus primeros entusiasmos revolucionarios, queremos descubrir falta de patriotismo. Ocupados ámbos, casi exclusivamente en la construcción de la *Ciudad ideal*, de la Alemania futura, se acuerdan poco de los sucesos presentes; pero difunden gérmenes de valor inestimable para la constitución de la nacionalidad alemana. Aunque no se libran de la parcialidad y del exclusivismo, puede y aún debe la crítica más acerba suspender su juicio; porque desde luego les justifica la intención.

ante el mundo inconmensurable de verdad y poesía que atesora su antiguo rival. Por su parte Schiller pide también consejo y dirección á Goethe, publica bajo su inspección las *Cartas sobre la educación estética*, y varios tratados poéticos. No se interrumpe este superior comercio de ideas que mantienen ámbos poetas en su activa correspondencia más que durante sus frecuentes entrevistas, en las cuales continúa, sin embargo, más intensamente este contacto fecundo de sus dos genios. Renace el amortiguado espíritu poético de Goethe ante el entusiasmo de Schiller, y al renacer cobra nuevo impulso y hace fluir de su inteligencia titánica su vasto saber y sus inmensas concepciones artísticas; y en el ínterin, Schiller adquiere mayor sentido para la belleza, abandona lo abstracto de sus especulaciones, y recoge, en este banquete del genio, manjares que sacian la inmensa sed de belleza y poesía que su alma anhela, reuniendo, como dice, materiales para muchos años.

Al lado de resultados tan fecundos como los que para sí acopian, personalmente los dos poetas, sigue siendo estéril la misión del periódico *Las Horas*, como si fuera inexorable ley del destino que no llegue á cumplido término jamás la cultura germana por movimientos combinados ó influencias sociales, sino que alcance su desarrollo por la virtualidad ingénita de sus poderosas individualidades.

No llegaba la nueva era que había imaginado Schiller para las letras alemanas; el fraccionamiento de las opiniones artísticas y literarias continuaba, y, aparte de lo que personalmente han ganado Goethe y Schiller con poner en contacto sus dos genios, la empresa acometida es infructuosa y casi insostenible. Aquella ciudad ideal que, según el parecer de Schiller, habían de conquistar todos los talentos al amparo del lema común de la verdad y de la belleza, parece la tierra de promisión, cuyo camino se halla interceptado por las medianías.—Desaniman de su empresa, principalmente Schiller, pero como no tienen motivos iguales para desconfiar de las consecuencias de su unión, deciden hacer ésta cada vez más íntima, reclamar ámbos como causa propia la tan mal parada de su publicación y Schiller con su entusiasmo y Goethe con su posesión de sí;

aquel con desconfianza, éste con tranquilidad; el primero dominado por el dolor de la desilusion, y el segundo sobreponiéndose á ésta como á toda contrariedad de la vida, unidos tan íntimamente, que parecen una razon social, una sociedad anónima, que firman todas las producciones indistintamente con sus iniciales G. y S., libran nuevo combate en pro de su ideal, y defienden victoriosamente con las mismas armas con que han sido zaheridos, la maltrecha opinion, que pretenden incrustar en la conciencia pública.

El que parece ménos entusiasmado, Goethe, da la señal del combate, diciendo á Schiller: «No os preocupeis, reunid desde luego cuanto se ha dicho contra nosotros y contra *Las Horas*, y haced un auto de fe...» Tengo, dice Goethe, vivos deseos de que organicemos una batida contra los filisteos en el dominio de nuestra literatura. Al arreciar la lucha, la obra providencial, que en ella se cumple, va adquiriendo gradual y constantemente mayores y más favorables condiciones. Los dos genios, que han caminado en distintas y encontradas direcciones, aunque aspirando á un mismo fin, concluyen ahora de unirse indisolublemente, gracias á este nuevo trabajo que emprenden en comun para conquistar la ciudad del arte, dominada por antiguas autoridades, inadmisibles tradiciones y rutinas infecundas.

La batalla de los Xenios (1), nombre con que se conoce la obra llevada á cabo por Goethe y Schiller (2), es la campaña gloriosa que emprenden en 1796 los dos poetas más grandes de Alemania en pro de la independendencia del arte y con el objeto de emancipar la poesía de la secta de los Stollberg, de las críticas de los metafísicos del *yo* y del *no-yo*, discípulos exclusivos de Fichte, de Nicolai, de los racionalistas con *parti pris*,

(1) V. Bossert y Lewes.

(2) Leyendo Goethe los epigramas de Marcial encontró que el libro XII está compuesto de dísticos, llamados por el autor *Xenia*, presentes para enviar á huéspedes y amigos en calidad de regalos. De Marcial toma Goethe el nombre y aún la forma de estas composiciones; cuya intencion es flagelar á sus enemigos con una crítica dura y acerba en epigramas brevísimos. Comienza Goethe por enviar doce á Schiller; soberbia idea, contesta éste; pero necesitamos lo ménos ciento; y en seguida se ponen á trabajar en su composicion con un ardor infatigable.

y de todas las limitaciones que las medianías aquí, los rigormismos de escuela allá y las exigencias de partido en otro punto querían imponer á la obra sublime del arte, que nace, segun habia dicho Goethe, como Minerva de la cabeza de Júpiter.

Muchos, la mayor parte de los críticos convienen en que es ya imposible distinguir en los *Xenios* lo que pertenece á cada uno de los poetas; tan íntima era por entónces la amistad que les unia, que á veces el pensamiento del epigrama era de Goethe y la forma de Schiller y vice-versa. Tal fraternidad entre los dos genios impide discernir el trabajo de cada uno, si bien Goethe en sus conversaciones declara á Eckermann que los más virulentos son de Schiller; pero ambos poetas convienen en declarar la coleccion obra mancomunada; convinimos, dice Goethe, que nuestros *Xenios* aparezcan completos en mis obras y en las de Schiller.

Son los *Xenios* composiciones brevísimas, epigramas pican-tes, verdadera *diablura poética*, como los llama Schiller, contra todos los que se oponían á la nueva poética, pretendiendo sujetar el arte á principios extraños. Llenos de alusiones exclusivamente locales y áun personalísimas, son los *Xenios* obra que recordará siempre la influencia poderosa del talento, y sobre todo el resultado que produce al unir á Goethe y Schiller en una intimidad sin ejemplo. Conservan, sin embargo, algunos de estos epigramas suma gracia y donaire, porque retratan plásticamente ya las flaquezas humanas, ya los errores inherentes á todo exclusivismo. Tales condiciones, unidas á una concision severa, revela seguramente el siguiente epigrama dirigido por Schiller contra Lavater: «¿Como procede la naturaleza para unir lo grande con lo pequeño? Coloca en el centro la vanidad.»

Causaron los *Xenios*, dice Goethe (1), una gran conmocion en el mundo literario; pero sus autores siguieron su obra, apellidada por aquellos contra quienes iba dirigida, *Almanaque de las Furias y nueva plaga de Egipto*. Lo mismo Goethe que Schiller componían su número determinado de epigramas, sin que pudieran alegar ningun pretexto; así decia Goethe en una de sus cartas, en medio de mis muchas ocupaciones, no quiero

(1) *Annales*.

faltar á la obra comun, y os remito mi *contingente de la semana*. Y este contingente obligaba á los dos socios de la anónima *G. y S.* á averiguar qué ingraticudes é injusticias se cometian contra ella ó contra sus obras; una vez averiguado el hecho, dice gráficamente Goethe, se mandan al autor tres zorros con las colas encendidas, esto es, una docena de dísticos (1).

Adelante, escribia Goethe á Schiller (2), «importa que excitemos á nuestros contemporáneos para que expresen todos sus juicios desfavorables contra nosotros; porque mientras el autor vive es fácil destruir el efecto de sus ataques con obras nuevas... Confio en que no se han de olvidar tan pronto los *Xenios*, que sostendrán en accion contra nosotros el espíritu maligno. *Continuemos nuestros trabajos positivos* y abandonemos al espíritu maligno el suplicio de la negacion.»

¡Cuán sábica y acertada máxima la de Goethe! Hemos mostrado ya lo vulgar é imperfecto de nuestros contrarios; venimos del terreno de la negacion, hemos salido á la palestra en pro de ideales desconocidos y necesitamos ahora ofrecer al uicio de los contemporáneos el fruto de nuestro trabajo. Así es que el genio poderoso y previsor de Goethe guia á su consocio á obras aún más fecundas, le anima á que dé cima á su Conception de *Wallenstein*, mientras él trabaja por concluir *Herman y Dorotea*.

Pero cuando se retiran de esta lucha han entablado Goethe y Schiller tan íntimo consorcio de ideas, tan intensa y profunda mancomunidad de pensamientos, que bien merece alguna consideracion esta influencia recíproca en que se ofrecen dos naturalezas distintas y contrarias, que persiguen un mismo fin, segun la frase de Goethe.

(1) Tal fué el castigo aplicado á Reichard, redactor del periódico titulado *La Alemania* por haber criticado acerba y duramente las *Conversaciones de los emigrados* de Goethe.

(2) Carta del 7 de Diciembre de 1796.

VI.

«Mi trabajo en union con Schiller, dice Goethe (1), me convirtió de nuevo á la sociedad y me hizo conocer muchos autores en que no me hubiera fijado; además, *animado y excitado* por Schiller, compuse muchos poemas, que sin tal motivo no hubieran visto nunca la luz.»

«Todo el tiempo que he pasado cerca de Goethe, dice Schiller (2), lo he empleado exclusivamente en *ensanchar el horizonte de mi saber* y ocupado en comprender la influencia profunda que ha de ejercer en mí.»

Así se completan recíprocamente estos dos genios, estableciendo entre sí una amistad continua, de la cual ambos recogieron preciosos frutos, siquiera se pueda afirmar, con uno de los traductores de Schiller (3), que si alguno de los dos obtuvo más resultados que el otro, fué Schiller, por estar ménos adelantado en su carrera y hallarse en el goce de todas las fuerzas viriles de su inspiracion.

Al encontrarse estos dos genios, al ponerse en contacto dos naturalezas tan contrarias como las de Goethe y Schiller, que habian seguido caminos tan opuestos, como que el uno concebía la infinita complexion del mundo merced á un panteísmo natural, cuya fórmula habia aprendido en Espinosa, y el otro explicaba la realidad segun el idealismo subjetivo de Kant, hubieron de revelar con sus opiniones contradictorias la homogeneidad del fin que inspiraba á ambos. Y como sus inteligencias parecían personificaciones de métodos determinados del pensamiento, concertaban, ya que no en la direccion, en los resultados que obtenían, sin absorber el uno al otro, sino aspirando Schiller á hacer á Goethe más especulativo y pretendiendo éste que Schiller atendiera más á la realidad.

A este fin Schiller, lo mismo en sus cartas que en sus conversaciones, teorizaba y exponía á Goethe sus ideas; mientras

(1) *Annales*, páginas 388 y 393.

(2) Carta de Schiller á su amigo Kærner, dándole cuenta de la visita que hizo á Goethe en Weimar en Setiembre de 1794.

(3) *Ad. Regnier, vie de Schiller*.

que el autor del *Wilhelm Meister* revelaba sus vastísimos conocimientos, mostraba las infinitas bellezas que descubría en la naturaleza y desenvolvía sus profundas concepciones con un sincretísimo indefinido. Se animaba, por tanto, el espíritu de Goethe y volvía á sus antiguas inspiraciones y sentido poético gracias al trato asiduo con Schiller, gran entusiasta del arte y de la belleza; y á esta influencia benéfica correspondía la recíproca, merced á la cual Schiller descubría un mundo ignorado de ideas, al conversar con Goethe, extendía el horizonte de su saber, clasificaba cuidadosamente todos estos preciosos materiales y se prometía á sí mismo no dejar que se perdieran ninguno de los elementos que fuesen susceptibles de creación artística.

Desde que ambos poetas consagran sus envidiables aptitudes á ejercer entre ellos esta influencia recíproca, esta mutua educación, cuyos resultados han de verse bien pronto en sus obras, desde el momento en que queda organizada esta escuela mutua del genio es vano y pueril todo temor que se abrigue respecto al destino de los dos poetas. Ni Schiller correrá ya el inminente peligro de engolfarse en los estudios históricos ó en las especulaciones del pensamiento, abandonando el ejercicio activo de sus dotes poéticas; ni es posible tampoco temer que Goethe llegue á dejarse dominar por su deseo insaciable de saber, prefiriendo sus observaciones científicas á sus concepciones poéticas. Ambos poetas se han salvado de un peligro común y dirigen de nuevo, Schiller al término de su primer viaje, Goethe en las postrimerías de su segunda juventud, sus más valiosas facultades á cultivar el arte y á ganar, si há lugar para ello, más gloria.

Goethe abandona su aislamiento, deja de rodar en su tonel á la manera de Diógenes, según decía, para sancionar su carácter por entónces huraño, acepta el contacto con el espíritu febril de Schiller y aprovecha su amistad con el autor de *Los Bandidos* como una noble emulación y un generoso estímulo que le incita á volver su penetrante mirada al arte y á consagrar su incansable actividad á la literatura. Una vez establecida la polaridad y atracción, que acortan gradualmente la distancia, ántes existente entre Schiller y Goethe, igual á la in-

mensa que hay entre los extremos del diámetro, Schiller abandona también sus antiguas asperezas, inquiere diligentemente aquellas ideas, en que puede encontrar relativa conformidad con Goethe, excita á éste para que dé pruebas de su inmenso saber y logra de esta suerte aumentar su cultura, dar más amplitud á sus miras y venir á una observacion más discreta de esta realidad tan compleja y que ofrece tantos y tan inagotables medios de inspiracion.

De todas suertes resulta que en la eterna disputa entre el sujeto y el objeto que ambos poetas representan, segun ha dicho Goethe, lleva éste, el decidido partidario del mundo objetivo, la mejor parte, convirtiendo casi por completo á Schiller á su modo de pensar, porque Goethe llegó á ser un guía para Schiller. No podia acontecer otra cosa. Frente al poeta más grande y más completo de la Alemania, segun dice acertadamente Bossert, frente á Goethe que representa todas las direcciones de la literatura alemana, que es como centro de su siglo, con una vida tan larga y accidentada como fecunda, con una educacion tan variada y tan amplia, frente á este titan invencible no puede ponerse contrapeso ninguno, ha de absorber todo lo que se ponga en contacto con él y empujarse todo aquello que de algun modo se roce con su inmensa grandeza. Verdad es, segun declaran todos los críticos, que Schiller tiene condiciones superiores á las de Goethe como dramático; pero en medio de esto, y dejando á un lado la consideracion de si Goethe aspiró ó no alguna vez seriamente á conquistar lauros en el teatro, nadie desconocerá que la estructura y composicion de las mejores obras dramáticas de Schiller proceden del tiempo en que se dejó influir y guiar por Goethe. ¿Quién es capaz de determinar la participacion de Goethe en el *Wallenstein*? ¿Quién se atreverá á precisar hasta dónde llega la influencia de Goethe en la confeccion del *Guillermo Tell*?

En cambio Goethe, que siente por Schiller una admiracion superior á la que puedan haberle inspirado todos los demas genios que ha tratado, se esfuerza todavía en conservar la independencia absoluta de su personalidad y de sus ideas; y casi habla por primera vez con Schiller de su *Herman y Dorotea* cuando ya lo tiene concluido, y sobre todo, se niega á mandar

á su amigo los manuscritos que le pide de su obra más querida, del *Fausto*. Es indudable que influye también Schiller en Goethe; pero hay mucha diferencia entre el modo como reciben ámbos las mutuas enseñanzas que se ofrecen.

Nuevos estímulos, animación, mayor impulso, *nueva primavera* y como segunda juventud, hé aquí todo lo que recibe Goethe de Schiller. Para el autor del *Guillermo* comienza una *nueva época* de su existencia cuando se une con Goethe, en la cual descubre aquel un mundo de ideas, adquiere tan grande número de materiales, que necesita, según dice, más de un mes sólo para clasificarlos, y halla, en una palabra, un maestro y un guía que, á cambio de algunos sentimientos amortiguados en el seno de su alma, le muestra un ideal completo del arte.

Prueba bien palmaria de la poderosa influencia que ejerce Goethe sobre Schiller ofrece la correspondencia sostenida entre ámbos. En ningún punto doctrinal ó práctico existía diferencia más viva entre Goethe y Schiller que en el representado por el *realismo objetivo* del primero frente al *idealismo subjetivo* del segundo, de tal suerte, que mientras aquel hacia derivar el ideal moral del estético, fundaba Schiller en la moralidad el ideal artístico. Y en esta capital oposición de sus ideas se observa cómo va Schiller gradualmente cediendo de sus antiguas opiniones para convertirse á las de Goethe. En su primer tratado sobre la *Dignidad y la Gracia* abandona Schiller el rigorismo moral que aprendió en las obras de Kant; en sus *Cartas sobre la educación estética* acentúa más este cambio de su pensamiento; y por último, en su correspondencia con Goethe, y á los dos años escasos de trato íntimo entre ámbos, concluye coincidiendo casi por completo con el autor del *W. Meister* en la preponderancia del arte como medio de dirección y educación de toda la vida (1).

Escribía Goethe á Schiller: «La esencia más íntima de mi naturaleza consiste en un cierto *tic* realista que me proporciona un gran placer en velar á las miradas del público mi existencia,

(1) Véase en la correspondencia entre Goethe y Schiller las cartas del mes de Julio de 1796.

» mis actos y mis composiciones... Así procuro mostrar en mi
 » vida más aturdimiento y ligereza de la que en realidad tengo,
 » quisiera colocarme entre mi yo interior y mi persona exte-
 » rior.» Schiller, que pretende por este tiempo mostrar á Goethe
 de qué suerte se ha asimilado su pensamiento, le contesta: «No
 » renunciéis á lo que llamais vuestro *tic* realista, que es una
 » parte de vuestra individualidad poética.» Y continúa despues
 justificando la poca importancia que Goethe da al pensamiento
 especulativo en la educacion con frases que no son segura-
 mente las del antiguo discípulo de Kant, sino que revelan más
 bien la enseñanza recibida de Goethe, que estima el arte con
 un fin docente y superior á los demas en cuanto representa la
 vida y su infinita complexion. Así dice Schiller en la misma
 carta (1): «Para nada son necesarios los consuelos de las espe-
 » culaciones filosóficas á un espíritu verdaderamente artístico,
 » porque la estética contiene en sí lo sustancial y lo infinito. No
 » há menester, segun decís, la bella naturaleza humana, ni de
 » moral, ni de derecho natural, ni de metafísica... basta lo que
 » en vos sustituye el saber especulativo. Presumo que *estaria-*
 » *mos de acuerdo si pudiera poetizar con vuestras concepciones*
 » *lo que he dicho á mi manera en las Cartas sobre la educacion*
 » *estética.*»

En la correspondencia muestra Schiller ya la poderosa in-
 fluencia que en su espíritu ha ejercido el pensamiento de Gœ-
 the, pues en los párrafos transcritos se revela que el antiguo
 discípulo de Kant se esfuerza en hallar puntos de conexion
 con las ideas de Goethe, este *Dios Pan*, que no se satisface con
 una sola manera de pensar, y que, al adorar la objetividad,
 menosprecia la especulacion pura, y entiende que el enigma
 de la verdad y de la vida ha de hallarse en el consorcio de lo
 real con lo ideal, que es la union superior, atribuida por él al
 arte, tanto más valedero y estimable cuanto más tome sus asun-
 tos del fondo mismo de la vida, de esta complejidad que lleva
 consigo la existencia.

Constituida ya, merced á los trabajos comunes de Goethe y
 Schiller en las *Horas*, y principalmente en los *Xenios*, la

(1) Carta de Schiller á Goethe de Julio de 1796.

union íntima de los dos poetas; establecida de un modo definitivo la colaboracion de estas dos poderosas inteligencias, que pretenden, ó construir ó conquistar la ciudad ideal, ya era hora de señalar la mision que cada uno desempeña en esta empresa comun y el carácter de la influencia que recíprocamente reciben é imprimen en sus almas. «A esta colaboracion, »dice Mr. Bossert (1), contribuirán, el uno (Göethe) con los »frutos de su experiencia y con un talento ya maduro; y el »otro (Schiller), con el ardor y la pasion de un alma enamo- »rada de todo lo ideal y poseida de nobles ambiciones. *Será »Göethe para Schiller un guía, pero á su vez recibirá de él un »nuevo impulso, una como segunda juventud.*»

Guía y direccion de parte de Göethe á Schiller, impulso poético y excitacion artística de parte del segundo al primero (2), tales son las manifestaciones de las influencias recíprocas que prestan y reciben estas dos inteligencias privilegiadas en esta escuela mutua del genio, donde se unen lo más elevado de las ideas y lo más sublime de los afectos para honra y gloria de Göethe y Schiller. Mayor comprobacion de lo que decimos se obtendrá aún estudiando las obras principales de ambos poetas, y observando cómo las de Schiller son producto constante de este aprendizaje continuo de su autor, y cómo las de Göethe aparecen, cual si estuvieran formadas de una sola vez, pretendiendo parodiar la sublimidad del *Fiat* bíblico, y ofreciéndolas ya concluidas, primero, al juicio y admiracion de Schiller, y despues, al del público.

VII.

Se habian encontrado Göethe y Schiller, segun dice el primero, al término de su viaje, cuando ámbos tenian muchas más cosas que contarse que al principio, y sobre todo cuando

(1) A. Bossert.—*Cours de la litterature allemande*, t. III; *Discours d'ouverture*. Véase tambien Lewes, obra ya citada.

(2) «Aunque lo he dicho varias veces, repito, porque quiero que lo sepa, que debo á Schiller muchas poesías, pues él me ha obligado á escribirlas.»—*Conversations*, t. II. pág. 190.

se hallaban en disposicion de conocerse mejor para estimarse recíprocamente.

Aunque la intencion que nos mueve en este trabajo no tenga todo el alcance que fuera menester para señalar de un modo preciso el desarrollo del espíritu de Schiller, habremos de consignar que, separado por este tiempo cada vez más el autor de *Los Bandidos* de los estudios históricos y filosóficos, concentraba por grados su atencion en la importancia que tiene el arte para la educacion humana. Habia abandonado Schiller, al entablar amistad íntima con Gøethe, aquellas espontáneas y aún anárquicas manifestaciones de sus sentimientos; habia cedido mucho de sus primeros entusiasmos revolucionarios, y comenzaba á creer que la evolucion del espíritu humano debe ser llevada á cabo mediante el arte. Expresa Schiller estas nuevas ideas en su periódico *Las Horas* con la publicacion de sus *Cartas sobre la educacion estética*, completadas con los consejos é influencias de Humboldt y Gøethe. *Referir la educacion del hombre á la cultura estética* era el fin que se proponia Schiller publicando sus *Cartas*, sentido de todo punto conforme con el que predominaba entónces en Gøethe, y que llevaba á ambos genios á atribuir una mision docente al arte. Es seguramente esta idea propia del carácter reflexivo; aparece en todos los espíritus al llegar á un desarrollo razonado de sus potencias, á la madurez de sus facultades. Estalla en sus primeros y refulgentes destellos el genio (cual si ley psicológica indispensable presidiera á su desarrollo), produciendo obras cuya finalidad es preciso buscar en la belleza misma que contienen, como se observa en el *Werther* de Gøethe, en las primeras producciones de Schiller, y aún en las de Víctor Hugo; aumenta el genio con la edad, la cualidad y transcendencia de sus aptitudes se familiarizan con la belleza, sazona reflexivamente sus concepciones artísticas, y aspira, ya que no á identificar lo bello con lo útil, á hacer entrar como coeficiente indispensable en las obras artísticas la utilidad de las enseñanzas en ellas implícitas, segun puede verse en las *Cartas sobre la educacion estética* de Schiller, en el *Wilhelm Meister* de Gøethe, y aún en *Los Miserables* de Víctor Hugo.

Si es cierto, segun dice Schiller, que sólo el artista es el ver-

dadero hombre, ó, como afirma Víctor Hugo, que el poeta es todo un siglo, puede la crítica señalar como ley para la evolución de sus ideas la de que á sus teorías del arte por el arte, propias de la juventud, sustituyen en la madurez las opiniones que atribuyen al arte una misión docente. Tales eran, por lo ménos las ideas de Schiller en 1795, como lo muestran sus *Cartas sobre la educación estética* y las de Goethe desde que emprendió su viaje á Italia, según lo revela la obra, que publica en 1796 después de muchas y muy transcendentales reformas (1) *Wilhelm Meister*, cuyo asunto es el núcleo de la correspondencia entre Goethe y Schiller durante el primer año de su amistad.

Es el *Wilhelm Meister*, que aparece en su primera parte en 1796 (2), la novela principal de Goethe, pues refleja cuanto su autor ha observado y aprendido en el largo transcurso de su existencia. Tiene el *Wilhelm Meister* una gestación en el espíritu de su autor tan laboriosa como todas las suyas, pues empleó más de seis años en corregirla, y su importancia es tal, dice Goethe en sus *Anales*, que á mí mismo me falta un criterio para apreciarla. Goethe, cuya vida toca ya á sus límites, ha enriquecido indefinidamente su sensibilidad y su inteligencia, posee inmensa cultura, gran saber y sobre todo una experiencia riquísima; porque ha conocido muchas y muy distintas épocas literarias y todas han sido observadas por él con una rica y penetrante mirada, elevándose sucesivamente y por grados á síntesis cada vez más superiores. De modo que Goethe es por este tiempo el poeta de las vastas fórmulas, el que une en su personalidad y en sus concepciones artísticas Shakespeare con Sófocles. Así es que el plan de su novela del *Wilhelm Meister* es complejísimo, pues su héroe recorre todos los cuadros y

(1) Comenzó Goethe su *Wilhelm Meister* en 1777, siguió trabajando en ella con algunas interrupciones en medio de la vida agitada de la corte de Weimar, llevó la obra en plan y con algunos capítulos ya hechos á su viaje á Italia, no pudo concluirla al regresar á Weimar, le fué imposible dar cima á su proyecto durante los sucesos de la guerra y de la invasión, y por último, llegó á publicarla en 1795, casi á los veinte años de haberla comenzado, desembarazándose así, según dice en sus *Anales*, de una carga, aunque muy querida, muy pesada.

(2) *Wilhelm Meister.—Lehrjahre.*

las fases de la vida en procedimiento muy semejante al que ha seguido el autor, al cual le faltaba, según él mismo afirma, la clave general. «Es el *Wilhelm Meister*, dice Goethe (1), una de estas producciones, cuyo núcleo es difícil hallar. Me parece que un cuadro rico y variado de la vida que pasa ante nosotros basta por sí mismo, sin necesidad de una intención que sólo interesa á la inteligencia»; y más adelante añade el mismo Goethe «existe una *alta idea*, oculta bajo las frivolidades aparentes del *Wilhelm Meister*; pero los que carecen de penetración para descubrir lo grande en lo pequeño quedarán satisfechos con el panorama de la pintura de la vida hecha en la novela.»

De todas suertes resulta que coincide Schiller en el sentido de sus *Cartas sobre la educación estética* con el de Goethe al escribir su novela del *Wilhelm Meister*. En ella ha pretendido Goethe, mostrando como siempre el carácter personalísimo de sus creaciones y velando con los episodios de la novela el recuerdo de muchos hechos de su vida; describiendo las costumbres sociales y las enseñanzas de la vida: y retratando la existencia del artista con todas sus grandezas y pequeñeces (2), ha pretendido, decimos, atribuir *una misión docente al arte*; pero al arte que se mueve y se agita en medio de las corrientes de la vida. El héroe *Wilhelm Meister* va á aprender en la vida y en sus experiencias, precisando con el trato de gentes y al frecuentar círculos de distintas condiciones sociales, cuánto imperio ejercen en el éxito de nuestras obras aquellas circunstancias que, por lo pequeñas y nimias menospreciamos poseídos de un vago idealismo, cuya corrección fecunda es llevada á cabo por los desengaños y contrariedades de la vida misma. Enseñar, dirigir y educar mediante la cultura estética, aplicada á la acción diaria, es el fin general que podemos

(1) *Conversations*, t. I, páginas 160 y 229.

(2) En *Wilhelm Meister Lehrjahre* «ha descrito Goethe las costumbres burguesas, las diferentes clases y condiciones de la sociedad, principalmente el artista y la vida del teatro, con tanta superioridad que su libro, á pesar de sus tendencias indefinidas y la figura indeterminada del héroe, es generalmente considerado como modelo de novela.» Weber, *Histoire de la Littérature allemande*, trad. de Fr. Lauth.

descubrir en el *Wilhelm Meister*, cuyo asunto, dice Rosenkranz (1) «es la descripción de la dirección y progreso á que »ha de sujetarse la individualidad para ser y vivir conforme »con su naturaleza» y cuya misión, dice Montegut (2), es se- »ñalar dirección moral á la burguesía del siglo XIX.»

Esta novela, en la cual Goethe expuso las enseñanzas que individuos y pueblos debían deducir del estudio y contemplación del arte (3) produjo en Schiller influencias inapreciables, á cuyo calor surgían del fondo poético de su alma nuevas creaciones artísticas. Con la lectura de *W. Meister* veía Schiller ante sí un mundo más vivo, más animado y más pintoresco, ante el cual se disipaban las abstracciones filosóficas que oscurecían su alma: «Todo es, decía Schiller (4), vivo, armónico y »humanamente verdadero en vuestra novela, mientras que en »la filosofía todo es antinatural, rígido y severo. Veo claramente »la infinita distancia que separa la vida del razonamiento.»

Como Goethe es un poeta *personalísimo* en sus creaciones, se ha pretendido descubrir en el *W. Meister* la autobiografía de Goethe, contra cuyas interpretaciones protestaba siempre el poeta; afirmando que, si no bastaba el conjunto y lo complejo del plan para la curiosidad del lector, que él carecía de clave para descifrar un enigma poco interesante en verdad para el fin primordial de la novela. Existen seguramente episodios en el *W. Meister* que son hechos reales de la vida de Goethe; pero el gran poeta no se personifica en el *W. Meister*, como no se personificó tampoco en el *Werther*: si acaso se pretende encontrar personificación completa del poeta, hay que buscarla en el *Fausto*. Sirven á Goethe las aventuras del héroe de su novela, los juegos del teatro de polichinelas, su amor con Mariana, su primera entrada en el teatro, etc., de pretexto para describir algunos detalles de su existencia, principalmente de su vida teatral; por lo cual había escrito más de una vez á Mr. Stein que

(1) K. Rosenkranz.—*Goethe und seine Werke*, pág. 367.

(2) Montegut. (*Revue des Deux Mondes*, 1863.)

(3) «Expuso Goethe sus teorías sobre la educación de la nación por el artista, y sobre la educación del artista por sí mismo en el *Wilhelm Meister*.».—A. BOSSERT, *Cours de la littérature allemande*, tom. III, pág. 243.

(4) Carta de Schiller á Goethe, de Enero de 1795.

el *W. Meister* era su retrato como dramático; pero el héroe de la novela, en medio de la complexión de su carácter, es molde estrecho para reflejar la rica y poderosa personalidad del poeta, aparte de que el gran arte de Gœthe consiste en evitar cuidadosamente las copias que infunden monotonía, y, según dice Mezières (1), «en combinar la realidad y la ficción en un todo armónico.»

Toma, pues, Gœthe, según ley general que preside á la confección de sus obras, el asunto del *Wilhelm Meister* del fondo de sus recuerdos personales (2); pero persiguiendo en ellos siempre lo objetivo y lo real, expone con este motivo todo el saber y experiencia que ha recogido en su vida, y lo expone con las mismas cualidades con que ha confeccionado las demás obras, salvo las diferencias que resultan de la edad; así es que, según dice Schiller (3), «se hallan en el *W. Meister* todo el calor y fuerza del *Werther*, pero dominados por un espíritu, que ha llegado á la tranquilidad encantadora que exige la perfección del arte.»

Es difícil descubrir, ya lo ha dicho Gœthe, un punto central en el *Wilhelm Meister*, cuya novela sostiene su interés lo mismo en la acción principal que en los detalles, sin que se conserve conexión de todo punto lógica más que en la unidad de carácter del protagonista, cuya personalidad aparece todavía en muchas ocasiones confusa é indeterminada. Y aumentan las dificultades para el exámen de esta novela cuando se observa que el método complejo, seguido por Gœthe en su confección, lo mismo le lleva á exponer sus antiguas creencias religiosas (4) que á retratar la armonía y equilibrio del alma humana en el desarrollo de todas sus potencias. Además, la complejidad del plan

(1) A. Mezières, *W. Gœthe.—Les Œuvres expliquées par la vie*, tomo II, página 37.

(2) «Así como el *Werther* nos ha revelado las agitaciones del alma de Gœthe durante su juventud, continúa el *Wilhelm Meister* esta confesión pública, en la cual expone Gœthe, aleccionado por la experiencia, el juicio que le merece la sociedad que le rodea.» Heinrich, *Histoire de la littérature allemande*, tom. III.

(3) Carta de Schiller á Gœthe, de Febrero de 1795.

(4) Como se ve en el episodio de las *Confesiones de un alma bella*.

hace resaltar en la novela multitud de contradicciones, que se originan del criterio imperfecto, que acepta para la educación de *W. Meister*, que es la experiencia. Para Goethe, el pensamiento capital es vivir y pensar en vivir, todo lo demás es accesorio; y en este *realismo*, exclusivamente experimental, aunque iluminado por intuiciones poderosas de su genio, ha de encontrar restricciones y negaciones el pensamiento, que no puede salvar la habilidad artística del autor.

¡*Lo ideal!* pero lo ideal, perseguido en la vida, es el enigma de todo para Goethe, es el criterio de la moralidad, por lo cual, decía Gervinus que el ideal moral de Goethe procede del artístico, es el principio de toda acción, es y debe ser el móvil de la existencia, el Alfa y la Omega; pero el ideal, que fluye y mana de lo real como la flor de la planta, no el ideal abstracto; porque lo especulativo, tal como lo entiende Goethe, es impotente para realizar el sueño de toda su vida; á saber, el místico consorcio de lo real con lo ideal, ó sea el resultado de las fuerzas de la naturaleza y del espíritu, que obran en el alma humana. Para Goethe es la realidad, por vulgar que sea, el principio de lo ideal (1), en cuanto en aquella libran el inmenso combate de la vida todas las fuerzas morales (2), lo cual explica la baja extracción de todos sus tipos: Margarita, Clara y otros, que purifica y eleva merced á su poderosa fantasía. En el *Wilhelm Meister* existen también estos tipos, sacados de las más bajas capas sociales, el *arpista*, y sobre todo *Aurelia*, hermana de Serlo, y la incomprendible *Mignon*, criatura equívoca, alma que ó ruge ó sonríe ante el despertar de feroces pasiones, ó ante el recuerdo de sentimientos pueriles, y que parece una *X* de ecuación insoluble

(1) «La realidad misma, desnuda y desenvuelta en las clases medias es el asunto del *Wilhelm Meister*.» Goethe, *Annales*.

(2) Como Goethe enseña cuanto tiene que enseñar á su héroe en el drama de la vida, y nunca mediante la especulación, ni aún acude á su filósofo favorito, Espinosa, que menosprecia en su valor especulativo y sólo le considera como refugio, donde su alma bebe virilidad y estoicismo contra las flaquezas de su individualidad. Por tal razón, el juicio que más agradaba á Goethe era el de Schiller, cuando le decía: «Habeis hecho á *Wilhelm Meister* concluir sus años de aprendizaje sin el auxilio de la metafísica, lo cual no habla muy en pro de esta digna matrona.» Carta de Julio de 1796.

en el problema de la naturaleza humana. Es *Mignon*, tipo tanto más indescifrable cuanto que, despues de los nebulosos contornos que la rodean en el cuadro general de la novela, parece tela imperceptible, cuyos pliegues hacen presumir hácia el protagonista en sus rápidas manifestaciones sentimientos bien contradictorios, que gusta el poeta rodear de todas las más precia- das galas de su ingenio, penetrando en una vaga iniciación de creencias semi-bohemias, de esperanzas, al parecer místicas, y de idealismos sin consistencia, como si el autor se hubiera complacido, al retratar este tipo, en dar rienda suelta á todas aquellas viriles y elevadísimas inspiraciones que su alma conservaba de su antiguo idealismo. Cuanto rodea estos tipos, parece sombras vaporosas, imperceptibles, producto de una inspiración *inconsciente*, tan opuesta á los nuevos criterios que predominan en el espíritu de Goethe.

Todos los tipos del *Wilhelm Meister*, aun los más contradictorios, siguen ley semejante en su desarrollo y deben su existencia al mismo principio estético. Debe—y por tanto es para Goethe tal exigencia á la vez ley estética y moral—lo ideal, que fluye de la realidad y anida en el interior del alma manifestarse en la lucha, en la acción y en la vida. Cuando se manifiesta, cuando no aspira lo ideal á conservar el equilibrio entre el hombre interior y el exterior, cuando no domina y vence en la lucha de las dos almas de que habla Fausto, el ideal se evapora, y su personificación desaparece, el tipo muere, como se observa en *Mignon* y *Aurelia*. Si lucha, si vive, el ideal se modificará, la personificación se transformará; pero el tipo subsistirá como el protagonista que, segun dice Schiller (1), «sale de un ideal vacío é indeterminado para entrar en una vida real y activa; pero *sin perder la fuerza que idealiza.*»

Bastantes reservas y juicios nada benévolos mereció el *Wilhelm Meister* á los contemporáneos, segun dice Goethe en sus *Anales*, si se exceptúa el ingenuo y noble entusiasmo de Schiller por la novela, como se desprende de su correspondencia. Aparte estas primeras impresiones, los resultados inmediatos de la lectura del *W. Meister*, consisten para Schiller en un

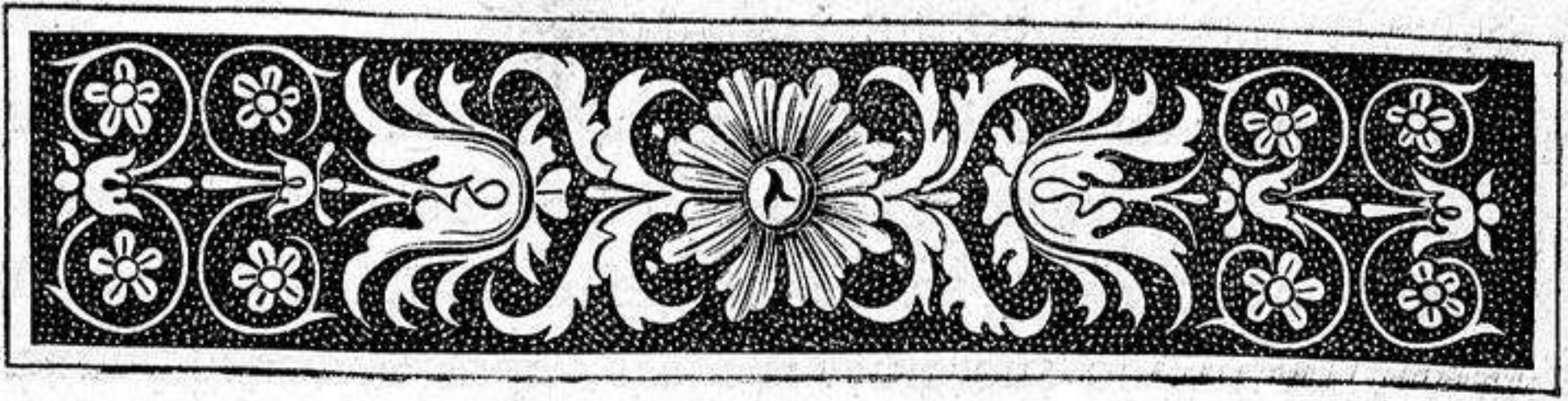
(1) Carta de Julio de 1796.

nuevo despertar de sus ideas poéticas, que ha de ser fecundísimo en lo ulterior, y para Goethe en que suelta esta ya pesada carga, continuando esta confesion general de su vida en sus obras y exponiendo sus nuevas ideas, aprovechando todo lo precedente; porque segun dice Wieland, con Goethe, este hijo privilegiado de la Divinidad nada se pierde, y por último, para los dos poetas, para Goethe y Schiller llega á ser el *Wilhelm Meister* nuevo motivo para la union cada vez más íntima de sus genios en ideas y opiniones, y para la cooperacion fructuosa de nuevas y bellísimas creaciones.

(Concluirá.)

V. GONZALEZ SERRANO.





EL DESENVOLVIMIENTO RELIGIOSO

DE ESPAÑA (I)

Al dirigir nuestra mirada al mapa, vemos que el país que actualmente nos ocupa, presenta hácia el Africa sus dilatadas costas del Sur y Oeste, miéntras que el reducido espacio de tierra que le une con el continente europeo, se halla cubierto por las compactas y escarpadas masas de los Pirineos. Por causa de esta configuracion de su naturaleza, Europa y Africa se la han disputado largo tiempo, siendo necesarios grandes esfuerzos para que dominase la primera, haciendo valer la superioridad de su civilizacion, á la raza é influencia africanas. Estas luchas invirtieron

(1) Hemos creido conveniente publicar en nuestras páginas este notable trabajo del Dr. Baumgartem, profesor en la universidad de Estrasburgo y escritor ventajosamente conocido entre nosotros por su Historia de España, así como adelantarnos á su próxima publicacion en forma de folleto. Y necesario juzga la redaccion insistir en que no es nunca solidaria de las ideas expuestas por los colaboradores en los escritos con que la favorecen, pero considera útil recordar al lector esta circunstancia en vista de cierto espíritu de propaganda ajena al carácter de este periódico, y que se advierte fácilmente en el artículo del Dr. Baumgartem. La version castellana, así como las notas que acompañan al texto, son del señor D. Eliano de Ugarte.—(N. de la R.)

la mayor parte de la Edad Media. Comunmente se atribuye el ardoroso celo por la religion del pueblo español al resultado de más de 700 años de sufrimientos, durante los cuales los cristianos de España lucharon con los moros invasores, extraños al país por su raza y creencias; pero anteriormente á esta gran epopeya religiosa, vemos aparecer la vehemencia propia del carácter español en las persecuciones que sufrieron los judíos y en la mutua enemistad de católicos y arrianos. Este suelo abrasado por los rayos solares, ha producido siempre hombres de temperamento ardiente y vigoroso, de pasiones violentas, de conceptos atrevidos y heroismo imperturbable; pero al mismo tiempo apenas iniciados en el ejercicio de los principios morales adecuados á una existencia ordenada. La Edad Media no era muy propia para difundir la ilustracion, ni para estimular el trabajo pacífico de los ciudadanos: con dificultad se encontraba una colocacion modesta en medio de los peligros, de las luchas de los reinos cristianos con los moros y de las desavenencias que debilitaban á los primeros.

Los elementos indispensables, para que tanto las tranquilas faenas de los campos como el desarrollo de las facultades intelectuales produzcan eficaces resultados, fueron creados particularmente por aquella Isabel, que hace cuatrocientos años se consagró al restablecimiento del orden público, así como á infundir respeto y autoridad á las leyes de la monarquía. Por medio de su enlace con Fernando de Aragon, fundió los dos grandes reinos cristianos, completando la unidad de la monarquía, despues de una gloriosa lucha de diez años, con la victoria del cristianismo en Granada.

Un envidiable porvenir se presentaba en este momento ante la nacion española, el cual se manifestó desde luego en todo su esplendor. Apenas se constituyó el país en árbitro de sus propios destinos, cuando extendiendo su poder más allá de los mares, abarcó por un lado al Nuevo-Mundo y por otro la antigua Italia. Pocos decenios despues de la caida de Granada, era España la más extensa monarquía que ha conocido el orbe desde su creacion. La union de las familias reinantes de Hapsburgo y España engendró aquella potencia universal, que por espacio de ciento cincuenta años ejerció tan

importante influencia en los destinos del mundo civilizado.

Sin embargo, esta serie de sucesos implicaba por sí misma los mayores peligros para el desenvolvimiento progresivo del pueblo español. Era ya una desgracia que la inmensidad de los dominios exteriores apartase á estos hombres de nuevo de las tranquilas tareas domésticas, en el momento mismo en que de una manera formal y con buen éxito habian empezado á consagrarse á las mismas. Los tesoros de oro y plata, extraídos fácilmente del suelo tan fecundo de Méjico y del Perú, fueron funestos para un pueblo inclinado á la vanidad de la opulencia, y que al desconocer las virtudes de las labores domésticas, menosprecia el trabajo ordinario. Lo peor de todo era que este pueblo español, ante el cual se habian presentado como ideas análogas el amor patrio y el odio por causa de fe, en el que las pasiones personales se disfrazaban con cierto colorido religioso, y para el que la Iglesia católica aparecia más potente y más llena de fuerza vital, que en ninguna otra nacion europea, á pesar de los abusos que por ella habian sido introducidos; que este mismo pueblo, decimos, tropezara con el gran problema que Lutero presentó á la humanidad, en el momento que la nacion española daba el primer paso de concierto con las demas de la Europa.

No correspondia á la marcha natural del desenvolvimiento del pueblo español, que hasta entónces habia sido distinto del de los demas pueblos del globo, el que fuera presentada á su criterio la difícil cuestion religiosa, en tanto que esta misma sólo podia conseguir una solucion errónea. Por mucho interes que inspire la suerte de aquellos que se sacrificaron por el Evangelio en España hácia la mitad del siglo xvi, siendo digna de admiracion la elevada inteligencia de algunos de ellos (1),

(1) En Agosto del año último de 1875, y movido por el deseo de ensalzar la importancia de los sucesos de España con respecto á la influencia que siempre ha ejercido en los destinos del mundo, escribí en el *Diario del pueblo alsaciano* algunos artículos sobre la situacion político-religiosa de nuestra patria, de los que creo oportuno entresacar aquí algunos datos de gran interes para la historia del desenvolvimiento religioso durante la pavorosa crisis, que como da á entender muy bien el autor de este opúsculo, fué engendrada por la Reforma de Lutero en Europa, y cuyos efectos se dejan sentir hasta nuestros dias. Villers, en su obra *Essai sur l'esprit et l'influence de la Réformation*, pág. 148, dice con referencia al escritor ita-

no puede existir duda alguna para el hombre pensador que no fueron precisamente la severa prudencia de Carlos V, ni el despiadado despotismo de Felipe II las causas influyentes en la posición que tomó España en los asuntos religiosos, sino que más bien estos soberanos siguieron una marcha conforme con las tradiciones y tendencia del pueblo español, y al obrar en conformidad no le condujeron por una vía extraña para él.

Aun al soberano más potente no le es dado obligar á un pueblo á seguir en su desenvolvimiento un camino que se separe del activo impulso de los elementos generadores que le son propios. Los Hapsburgos no podían obrar de otro modo al gobernar la nación española; pero cuantos elementos surgieron en este país en favor de la libertad individual, actividad industrial y adelantos científicos, fueron reprimidos por la tiranía de aquellos soberanos. El que España se declarase resueltamente en favor de Roma, erigiendo en suprema ley la lucha contra la herejía, al elevar la interpretación de la verdad católica á un grado tal de violencia, que nunca alcanzó en ninguna otra parte de Europa, así como el que este absoluto catolicismo absorbiese todas las condiciones vitales, ejerciendo un predominio sin ejemplo al buscar la base del desenvolvimiento español, ó mejor dicho de su aislamiento, en las exageraciones propias de la ambición temporal del clero, todo esto debía atribuirlo ese pueblo á su dinastía de Hapsburgo.

Lo que representaba España bajo el gobierno de la majestad Católica en los siglos XVI y XVII lo ha descrito treinta años há el ilustre y erudito Carlos Weiss de Strasburgo en una obra

liano Tomasso de Costa: «que llegó á tal punto la crueldad contra los protestantes de España é Italia, que algunos de ellos fueron segados por en medio del cuerpo.» El historiador español Illescas, en su *Historia Pontifical*, refiere que el Dr. Cazalla y Constantino Lafuente, confesor el uno y predicador el otro de Carlos V, juntamente con la madre, cinco hermanos y tres hermanas de Cazalla fueron condenados á morir por el fuego. Según el mismo autor, el número y la importancia de los presos por herejes en Sevilla, Valladolid y Toledo era tal, que á no remediarse rápidamente el mal con su muerte por el fuego, toda España hubiera sido arrebatada á la Iglesia romana.

notable, fruto de sus estudios, la cual, si bien es siempre muy instructiva, exige hoy día muchas correcciones (1). Trataré en este lugar tan sólo de describir algunos rasgos de la imagen que he pintado muchas veces.

Al colocarse España exclusivamente bajo el dominio de la Iglesia católica convirtiéndose en un pueblo eminentemente católico, destruía los fundamentos morales de su existencia adoptando, con sin igual fervor, el principio de que el modo mejor de servir á Dios era encerrarse entre las paredes de un convento. De aquí que la España se cubriera de conventos, y que las cofradías y órdenes monásticas abarcasen todas las clases de la sociedad.

Una de las bases de la restauracion eclesiástica del siglo xvi, la Inquisicion, rechazada con repugnancia por los demas pueblos, se contaba entre las instituciones propias de la nacion española. Los autos de fe, las quemas de herejes ejecutadas con toda pompa, fueron por algun tiempo una fiesta popular, con la que no podian competir las corridas de toros (2).

Así pudo ejercer la Inquisicion en España una presion tal sobre los ánimos, que no permitía la menor desviacion de las prescripciones de la Iglesia dominante; por esto lo que servia de norma para el progreso intelectual español, era el *Index*, ó

(1) Ch. Weiss, *L'Espagne depuis le regne de Philippe II jusqu'a l'avènement des Bourbons*. Paris 1844, 2 vol.

(2) Esto mismo ó poco ménos confirma el autor francés Boyeres, en su reciente obra titulada: *Encyclopedie des deux mondes*, tomo 2.º pág. 82, donde se lee: «El establecimiento de la Inquisicion, si bien contrariaba las tendencias de los aragoneses, halagaba en general el carácter español, pues esta institucion establecia el poder absoluto en España.» En la página siguiente, pasando á bosquejar el reinado de Carlos V, dice: «En esta época, el carácter del soldado español lleva un sello de ferocidad poco comun. Los personajes más ilustres se hallan manchados de crímenes y traiciones. La Inquisicion, que habia hecho correr tanta sangre y que habia desterrado tantos desgraciados judíos y moros, se ensañó contra los mismos cristianos, para impedir que se introdujera la menor innovacion en España.» Aun los historiadores extranjeros, contrarios al protestantismo como Baumüller, atribuyen al predominio absoluto de la Inquisicion, ó al ménos á su influencia, las expediciones desastrosas contra Inglaterra y los Países Bajos, bajo el despotismo terrorífico de Felipe II, y las cuales precipitaron la decadencia de España.

lista de los libros prohibidos. La máxima : «cuídate de los griegos, para que no seas hereje,» encontraba en España la más estricta aplicación. El sol benéfico y claro de la sabiduría helénica no pudo alumbrar con sus rayos á este país desde mediados del siglo xvi, esto es en otros términos, la fuerza vivificadora de la civilización antigua no consiguió disipar las densas tinieblas de la superstición que cubrían al mismo.

Del mismo modo que la política, justicia y administración, seguían también la Universidad y la escuela la vía que les trazaba la ortodoxia monástica.

Se dice con razón que el protestantismo del siglo xvi ha ejercido una influencia benéfica al reanimar la idea puramente religiosa, estimulando los medios que le son propios para elevarlos á su grado máximo de desenvolvimiento.

En este siglo llegó el mundo católico á su mayor grado de prosperidad intelectual. También en España aparecieron entonces las producciones más notables, tanto en las artes como en la literatura ; pero la vida religiosa no tuvo participación alguna en esta alta elevación del pensamiento. Ciertamente que la Iglesia se presentó entonces en todo su esplendor ; pero quedó limitada á su exterior grandeza, consiguiendo tan sólo tener arrobada la mente sin ser dueña del corazón. No se encontraba en ella el sentimiento vivificador de la verdadera piedad cristiana, de aquella caridad, que, purificando el ánimo y ennobleciendo los actos comunes de la vida, nos hace superiores á las vanidades mundanas.

No podría decirse, sin faltar á la verdad, que todos los síntomas del mal peculiar al organismo social de la España del siglo xvii, provienen exclusivamente del dominio que ejerció sobre la nación española este catolicismo *sui generis*. Muchos rasgos característicos de este pueblo son los mismos que en los siglos anteriores. El orgullo que engendra la vanidad, el menosprecio de las faenas domésticas, base de toda civilización, el dominio exclusivo de la imaginación sobre la inteligencia, la inclinación á las manifestaciones apasionadas y ruidosas, los efectos propios del más desenfrenado egoísmo y particularismo ; todas estas cualidades son inherentes al carác-

ter español, y nadie puede atribuir las al catolicismo (1).

Pero tampoco se puede negar que el sistema católico, según se desenvolvió en la España de los Hapsburgos se ha servido de buena gana de estas cualidades cuidándolas con mucho celo, mientras que suprimió y sofocó las opuestas facultades é inclinaciones. Muchas causas se juntaron para llevar la España al abismo de una sin par decadencia; pero entre todas el ultramontanismo es la mayor.

Jamás ha llegado á ejercer Iglesia alguna un poder tan ilimitado como la católica en la España de los Hapsburgos, pues el pueblo español se habia entregado á ella en cuerpo y alma. ¿No nos será lícito preguntar qué uso hizo el catolicismo de su poder?

El mundo ha contemplado rara vez una imágen de decadencia tal como la presentaba España al finalizar el siglo xvii. No puede admirar á nadie el que Alemania quedase convertida en un desierto despues de la guerra de los treinta años; pero que un país que disponia de las más ricas colonias del mundo, llegase al más triste estado de empobrecimiento, no obstante estos inmensos recursos, es sin duda alguna un fenómeno singular. Hacia siglos que Castilla no habia visto enemigo alguno, y sin embargo, se hallaba cubierta de aldeas despobladas, quedando su poblacion reducida á la mitad durante los dos siglos que ejerció su dominio universal. En este país desierto y reducido á la pobreza florecia tan sólo el clero con sus soberbias catedrales é innumerables conventos, cuyo número aumentaba á proporcion que desaparecian ciudades y aldeas; pero tambien la parte del clero que se consagraba al servicio del pueblo, el clero parroquial, sufría las mayores privaciones.

(1) Como quiera que este modo de juzgar del carácter del pueblo español pudiera ser calificado de bien poco benévolo, si no de hostil, por el mayor número, creemos conveniente reproducir á continuacion la opinion que el autor de este librito emite á la conclusion de su historia moderna de España sobre este mismo asunto, y en cuyo juicio manifiesta más bien su inclinacion decidida en favor de nuestra noble y desgraciada patria. *Por todas partes, dice el Sr. Baumgarten, se nos presenta la misma imágen de un pueblo ricamente dotado por la naturaleza y poseido de nobles aspiraciones; pero conducido por sus preceptores y gobernantes por la funesta vía del error, y al cual nadie puede llegar á conocer sin manifestarle afecto y conmiseracion.*

Los cabildos de Sevilla y Toledo disponian de millones, mientras que no era raro el ver pedir limosna á los párrocos. Esta poderosa iglesia, al entrar en el pleno goce de su dominio, olvidó totalmente el objeto para que habia sido creada. La herejía fué extirpada; pero el fuego de la Inquisicion amortiguó de consuno el vigor intelectual de los fieles, creando un desierto á su alrededor y destruyendo la facultad de juzgar de las ideas y de los actos de la vida.

Lo que produjo sin duda alguna en primer lugar la decadencia de una nacion tan inteligente y vigorosa, era el que sus ideas y pensamientos habian sido falseados en su germen por la opresion. Si un pueblo se entrega al misticismo monástico con tal fanatismo que arrolla todas las fuerzas que se oponen al mismo, va en busca de su perdicion; pues en este caso las procesiones, oraciones y los votos á las imágenes milagrosas, son los actos más esenciales de la vida; siendo de mayor importancia pasar los dias en la iglesia, que llenar los deberes que tiene el hombre para con su familia y para con la sociedad. cerrándose para él mismo el vasto campo de la investigacion y del pensamiento, al paso que en lugar de ensalzar su ánimo se encuentra turbado por imágenes fantásticas. El sentimiento religioso se extravía en este caso completamente, pues no se dirige hácia la imagen de la divinidad ni hácia la region sobrenatural, sino que obliga al alma á postrarse ante un fantasma de abultadas formas destinado á obrar tan sólo sobre los sentidos.

El siglo xviii, objeto de tantas críticas, contrajo para España el gran mérito de hacerla entrar en el concierto de la civilizacion europea, del cual se habia separado por completo. Ciertamente que la moderna ilustracion ejerció tambien una influencia benéfica, no obstante su exclusivismo, sobre los países protestantes cubiertos en aquella época de densas y espesas tinieblas; pero donde principalmente hizo sentir los efectos de su accion regeneradora fué en los países esencialmente católicos, en Italia, España y Portugal; pues en estos países penetraron principalmente los principios y elementos cuya propagacion era debida al protestantismo. Esto se verificó especialmente en España, mientras que en Francia é Inglaterra la

ilustracion manifestaba, sobre todo, su espíritu de negacion condenando con insistencia, no sólo la influencia de la Iglesia, sino toda idea religiosa. La ilustracion cundia en España dentro de la Iglesia misma, siendo su primer iniciador un fraile, tan piadoso como previsor y benévolo.

El soberano que dió á la ilustracion un empleo fructífero para el Estado, Iglesia y Escuela, fué Carlos III, el cual era no ménos creyente y devoto que los Hapsburgos. Durante su reinado puso el mayor empeño en que se proclamase el dogma de la Inmaculada Concepcion; y sin embargo, este mismo rey expulsó á los jesuitas de su reino en un solo dia, contribuyendo con toda su influencia en Roma para la supresion de la Orden que dominaba anteriormente á toda la Iglesia católica, emancipando al Estado, á la Universidad y á la Escuela de la tutela de la Iglesia, oponiéndose con decision á la mendicidad é incuria, dando á su pueblo los elementos conducentes á una educacion bien entendida y á una vida activa. Naturalmente debia costar no pocas luchas el hacer reconocer la independencia del Estado á un clero que era omnipotente hacia siglos, y cuyo dominio se habia apoyado sobre infinitos abusos, que debian desaparecer para dar paso á la civilizacion; pero los obstáculos fueron allanados, y no pocos prelados entraron resueltamente y áun con actividad en la vía de la reforma.

La nacion española, que por tan largo espacio de tiempo se habia propuesto por objeto el oponerse al movimiento intelectual y religioso del mundo, se asoció entónces al impulso general del mismo. El profundo abismo que separaba al pueblo español del mundo civilizado desaparecia paulatinamente, entregándose éste á recibir su instruccion de los demas pueblos, de aquellos mismos á los que anteriormente habia menospreciado con altanero orgullo. Al retroceder á aquellos tiempos en que la Iglesia católica vivia en las mejores relaciones con la civilizacion europea, disipándose casi completamente el antagonismo de las creencias religiosas, al paso que en Italia y Alemania como en España y Portugal se consagraban un gran número de excelentes prelados á la empresa tan noble de ofrecer á los fieles el ejemplo de su prevision, mansedumbre y virtud renunciando al dominio temporal, al recordar aquella

época, decimos, no puede ménos de experimentar el ánimo una triste impresion, al ver que tan feliz acuerdo fué poco despues interrumpido por una recrudesencia de hostilidad entre la Iglesia y la sociedad moderna.

La Francia se habia separado del movimiento reformador de los demas países católicos. El funesto gobierno de Luis XV habia extendido más y más la maléfica semilla de la persecucion y arbitrariedad, que habia empezado á propagarse bajo Luis XIV, y que su sucesor hizo más palpable en medio de su indigna impotencia y desenfrenados vicios. En todas las esferas de la vida se desarrollaban las tendencias más opuestas, hallándose frente á frente lo que ofrecia la realidad y lo que exigia la opinion pública. En ninguna parte habia llegado el espíritu de la época á conclusiones tan radicales, á negaciones tan absolutas, ni á tan vigorosos ataques contra la Iglesia, sociedad y Estado como en Francia; así como en ninguna otra nacion llegaron á tal grado de menosprecio, aún en su lado justo, estas teorías como en la nacion francesa. Por tanto, debió resultar un terrible sacudimiento, que destruyó todo lo existente, sin exceptuar la Iglesia. Al adoptar por lema el grito de Voltaire «*écrasez l'infame*», la revolucion no sólo derrocó la organizacion temporal de la Iglesia, sino que declaró la guerra á la Iglesia misma.

Esta tendencia fué una gran desgracia, por cuanto motivó el que saliendo la Iglesia de la actitud conciliadora en que se habia colocado para con la civilizacion moderna, se apartara de la misma manifestándole su enemistad irreconciliable; y creyendo ver en la revolucion la prueba de que esta civilizacion implicaba en último caso la desaparicion de la Iglesia, conceptuó como un deber no sólo el recobrar su antigua posicion, sino tambien el separarse completamente de toda idea que no estuviese en armonía con los más severos principios del catolicismo.

En los países católicos se manifestaron las tendencias de la opinion pública en favor de la posicion que reclamaba la Iglesia, y aún entre los mismos protestantes halló gran aceptacion la idea de que el predominio de la Iglesia católica debia ser considerado como una de las más importantes garantías contra

la disolucion social. Así tuvo principio la restauracion jerárquica, que tanto en el órden interno como en el externo, ha sido continuada por la Iglesia hasta nuestros dias, dividiendo al mundo en dos campos contrarios y engendrando una lucha de cuya decision parece depender en gran parte la suerte de la humanidad (1).

España en particular sintió los efectos de esta reaccion de un modo bien manifiesto, pues al ser decapitado Luis XVI, se sublevó la opinion pública con unánime decision contra la idea revolucionaria, no viendo en ella sino ateismo y crímenes: pero el gobierno de Cárlos IV, de triste memoria, hizo tan mal uso de la lealtad y entusiasmo del pueblo, que dió lugar á que estos sentimientos se cambiasen en breve en simpatías por la revolucion francesa. Este monarca que lo era sólo de nombre, su corrompida esposa y su menospreciable favorito unieron sus esfuerzos para echar por tierra la obra regeneradora del siglo xviii, y dirigieron los destinos de España hácia un oscuro porvenir.

La catástrofe de 1808 en que el desgraçado país fué entregado por su dinastía á Napoleon de un modo ignominioso, parecia destinada á colocar al pueblo español bajo el yugo extranjero; pero entónces estalló aquel heróico alzamiento que hizo estremecer á toda Europa, uniéndose en un comun senti-

(1) A nadie que medite un poco sobre las ideas enunciadas por el autor en la última frase que acabamos de referir, puede ocultarse la inmensa transcendencia de la misma, siendo casi superior á la humana sabiduría el poder aclararlas en debida forma, no en algunas páginas, sino en algunos volúmenes, puesto que abarca la historia de la humanidad entera, si bien sus efectos han sido experimentados en lo que va de siglo por nuestra patria cual ninguna otra nacion del mundo civilizado. La lucha entre la dominacion absoluta de la jerarquía romana y las tendencias más ó ménos revolucionarias se acentuó en España en el mismo momento en que fué proclamada en 1812 la memorable Constitucion de Cádiz. Esta lucha limitada hasta cierto punto á la prensa y el Parlamento, tomó el carácter de feroz fanatismo al calor de la funesta invasion francesa de 1823 impuesta por la Santa Alianza. La guerra civil iniciada desde 1822 en Cataluña al grito de «¡Viva la Religion, mueran los liberales!», debia diez años despues ensangrentar gran parte de la Península ibérica, cuando la muerte del monarca dió rienda suelta á todas las ambiciones y á todos los odios hasta entónces acumulados, y los cuales fueron tan hábilmente explotados para nuestra desdicha por la teocracia romana.

miento de patriotismo los diferentes partidos. Los liberales rivalizaron en decision con los fanáticos, y todos los antagonismos desaparecieron ante el poder mágico de las ideas de la patria y de la religion. Por desgracia, este memorable alzamiento debia conducir á resultados diametralmente opuestos á los que le sirvieron de impulso.

Los excesos de la dinastía reinante habian dado lugar á la introduccion de las ideas revolucionarias en España, miéntras que por otro lado el clero veia en la revolucion francesa la prueba de que se habia dejado alucinar por las ideas modernas. El implacable encono de la lucha sin tregua en la que el exhausto país rechazó al inmenso poder de Napoleon I, excitó el desenfrenado desarrollo de las pasiones, y aún ocupaba el enemigo una parte importante del territorio, cuando se colocaron frente á frente los liberales y serviles.

Las Córtes de Cádiz, que en medio de la invasion francesa se habian consagrado á la empresa de dar una Constitucion que rompía con todas las tradiciones monárquicas, aristocráticas y burocráticas del país, estas mismas Córtes se resolvieron por último á poner su mano sobre el edificio de la Iglesia, al negarse á restablecer una parte de los conventos suprimidos por los franceses, así como declarando incompatible la inquisicion suprimida por los mismos con la Constitucion. ¿De qué servia para los fanáticos el que ésta declarase en su art. 12: «La religion de la nacion española es y será siempre la católica apostólica romana, única verdadera. La nacion prohíbe el ejercicio de otra alguna?» ¿De qué servia ó que importaba á los mismos el que las Córtes al abolir la Inquisicion decretasen que no debia imprimirse nada sobre religion en España, sin prévio permiso del obispo competente? El clero herido en su más delicada fibra por las tendencias dominantes en la Asamblea, apeló á las creencias de la nacion para encender la lucha contra los innovadores que se atrevian á conmovier los fundamentos de la soberanía católica (1).

(1) En apoyo de esta misma idea, digna de tenerse en cuenta, que uno de los fundamentos de la soberanía católica en los tiempos en que su influencia era más preponderante constituíalo el tribunal de la Inquisicion, leemos en el compendio de historia universal de Baumüller, autor que,

Entonces se volvió contra los impíos liberales el mismo feroz fanatismo que por espacio de seis años habia sido excitado por el clero contra los franceses. De un modo tan desembozado como en la primavera de 1808 habian predicado los frailes al pueblo que Napoleon, este rey de los herejes, engendro de la trinidad infernal, venía con objeto de destruir el catolicismo, á entregar la Iglesia á los herejes y judíos, anatematizaron á los liberales como autores de los atentados más monstruosos contra la Iglesia y la monarquía. Estos fanáticos, que durante la angustiosa crisis por que atravesó la España se habian arrogado los primeros puestos en el partido conservador, debian ejercer cierta influencia sobre Fernando VII, cuando este monarca en la primavera de 1814 volvió de su prision en Francia con gran contentode la nacion.

La historia registra bien rara vez otro como este rey, que despues de ser restituido en el trono, gracias á los titánicos esfuerzos de una nacion abandonada por él, compensó tanta lealtad con un sistema de gobierno tal, que hasta las monarquías de la restauracion se apartaron de él con visible repugnancia. No para servir á los intereses de la religion, por los cuales lo mismo que por cualquiera idea moral, nada le importaba, sino para sofocar toda elevada tendencia y para el exterminio del liberalismo, quiso valerse del fanatismo de las masas, excitado por los frailes. Particularmente despues que la revolucion de 1820 le hizo sentir personalmente el efecto natural de su insoportable desgobierno, aceptó en su parte y empleó la idea de la solidaridad del altar y el trono. El siglo XIX ha producido tambien en otros países escenas salvajes, que podrian ofuscar la mente acerca del verdadero valor de la civilizacion moderna; pero sólo con los más vituperables excesos del terrorismo pueden compararse las orgías á que se entregaron en España las partidas armadas en defensa de la Iglesia y del rey en 1823. En aquella época no eran como

como hemos consignado, es opuesto á todo lo que se aparte del catolicismo: que habiendo exigido el famoso dictador inglés Oliverio Cromwell la supresion del terrible tribunal en los dominios españoles, recibió por conducto del embajador del inepto Felipe IV la respuesta que su monarca consideraba la Inquisicion como uno de sus ojos.

en 1814 algunos fanáticos, que se sirvieron de la autoridad real para conseguir sus fines, sino que la misma Iglesia tomó su parte en esta lucha fundamental, excitando las pasiones de la plebe en vista de los peligros que veía para ella en las tendencias que desde 1812 se habían acentuado más y más por parte del radicalismo.

Esta actitud de la Iglesia entonces y en los años siguientes decidió su posición para con la nación.

Si bien hizo sentir su pesado yugo sobre el país durante los siglos xvi y xvii de un modo notable, no por eso rompió su acuerdo con las aspiraciones del pueblo. Este sentía, pensaba y arreglaba sus actos á la voluntad de la Iglesia. El mismo acuerdo, no obstante algunos conflictos graves, pudo mantenerse durante el siglo xviii; pero en el presente siguieron opuestas vías. La unión que desde 1812 se había establecido entre la jerarquía eclesiástica y los más bajos elementos del pueblo, hizo que se apartasen de la Iglesia no sólo los partidarios de una ilustración bien entendida, sino también los hombres honrados y de buenos principios; por cuanto esta alianza produjo efectos tales en 1823 que nunca pueden ser olvidados.

Todos los españoles que se hallaban poseídos de nobles sentimientos y de un espíritu liberal no podían menos de separarse con horror de las maldades de un fanatismo propio tan sólo de caribes, y á este premeditado rompimiento de una parte de la nación con la Iglesia coadyuvaron las influencias exteriores. Millares de individuos se vieron obligados á trasladarse á extraño suelo á impulsos de una persecución implacable, y desde allí manifestaron su odio contra una Iglesia degenerada, con aquel espíritu de radicalismo que se había desarrollado en Europa en igual grado que el rigorismo clerical, ó bien convirtieron su antagonismo en el descreimiento que, particularmente en los países de origen latino, forma el complemento de la gatzmoñería.

Una vez que la jerarquía eclesiástica logró someter al pueblo español, con un refinamiento no muy inferior al que había desplegado anteriormente la Inquisición, dió un nuevo paso en este sentido. El partido absolutista que se titulaba

apostólico, dirigió sus miradas al hermano del rey, D. Carlos, modelo de príncipes fanáticos, puesto que el rey Fernando no se amoldaba á sus exigencias. Este partido despues de restablecer el trono por medio de una represion sangrienta, empezó á conspirar contra él; D. Carlos que era tan honrado como inepto contuvo la ejecucion de los proyectos de sus partidarios durante el reinado de su hermano; pero al saber en otoño de 1833 el fallecimiento de éste sin dejar otro sucesor que una niña, cuyos derechos al trono no se habia cuidado en consignar, se presentó D. Carlos al frente de la antigua católica España y entregó al desgraciado país á las calamidades de una guerra civil de siete años.

El clero, particularmente el regular, se declaró casi sin excepcion en favor de la bandera carlista; pero la mayor parte del pueblo tomó partido por el bando contrario, no obstante que el gobierno de la regencia de Cristina hizo lo posible para facilitar los manejos de los rebeldes, y no obstante que los partidos liberales dieron pruebas palpables de su poca aptitud para el establecimiento de las bases de un Estado libre. Sin embargo de esto, el antagonismo entre la Iglesia y el pueblo adquiria de año en año mayores proporciones, y áun la misma plebe ignorante se pronunció contra sus antiguos preceptores, los frailes.

Cuando en Junio de 1834 produjo sus estragos el cólera en Madrid, á su primera aparicion el populacho se arrojó sobre los frailes con el pretexto de que estos habian envenenado las fuentes, y se ensañó sobre sus cuerpos con el mismo ciego furor que anteriormente descargó sobre los liberales. De un modo terrible recogian estos directores del pueblo los frutos de la semilla que habian esparcido hacia siglos, cuando en el verano siguiente al grito de «¡mueran los frailes!» que resonó en gran parte de España fueron incendiados los conventos y asesinados sus moradores.

En el momento que la guerra civil concluyó, más bien por la falta de toda iniciativa y por las estúpidas intrigas de la córte y del cuartel general carlista que por las victorias de los cristianos, llegó la sociedad española á un grado tal de descomposicion moral, que para un espíritu observador de-

bian surgir profundas dudas con respecto á su regeneracion. Los fundamentos religiosos de la nacion vacilaban y áun para gran parte de la misma se hallaban ya destruidos sin que pudiera percibirse una compensacion para esta pérdida.

Segun un principio que se halla hoy en dia muy extendido, sólo cuando hayan sacudido el yugo religioso y se coloquen en el terreno de la libertad individual ó del libre yo, llegarán á ser los pueblos felices y prósperos. Esta idea que se halla en contradiccion con todas las enseñanzas de la historia, exige para el que medite sériamente en su ejecucion, un estado tal de energía intelectual y de sana moral que abarque hasta los más ínfimos elementos del pueblo ; pero por desgracia no hay ninguno hasta hoy que haya llegado á tal resultado. Si otra cosa fuera, ¿dónde podemos encontrar sólo miles de individuos entre los millones, que posean ademas de la libre concepcion y profunda instruccion la fuerza de voluntad é iniciativa personal que se requieren no tan sólo para poder prescindir individualmente del fundamento religioso, sino para que sirva de sosten eficaz á la familia en lugar de la religion que le ha sido arrebatada?

¡Cuán léjos sobre todo se hallaba el pueblo español de poder prescindir del apoyo de la religion! La Iglesia habia dominado de un modo tal á este pueblo con una corta interrupcion en el siglo XVIII, que ninguna otra influencia moral ó intelectual hubiera podido sustituirla. Apenas existian escuelas y estudios científicos, mientras que la vida social se hallaba destruida por el espíritu de partido. La riqueza pública se hallaba en un triste desórden. El Estado, en lugar de mejorar su situacion con las formas constitucionales se habia convertido en palenque de la ambicion y de la codicia. De las posesiones ultramarinas quedaba sólo un pequeño resto desde 1825, y las clases influyentes acostumbradas desde siglos á vivir de ellas, trataron de reponerse de esta pérdida con la explotacion del Estado. Un gobierno que desde la muerte de Carlos III no dió ni un solo momento la menor prueba de hallarse á la altura de sus deberes, contribuyó tan sólo á emponzoñar el caos que presentaba la nacion.

Tales son los elementos que concurrieron á formar la historia de los últimos treinta y cinco años.

Ciertamente que esta época ha traído también para España bastantes adelantos para el desenvolvimiento de su vida exterior : comunicaciones y seguridad pública , escuelas y todo género de establecimientos de enseñanza dieron al ménos en cierto período de tiempo sorprendente resultado. Varias veces parecia que la España habia encontrado el camino destinado á sacarla del laberinto en el cual se hallaba ; pero esta creencia era ilusoria , pues el espíritu de este pueblo empeoró más y más durante esta época. El rompimiento siempre temible entre la religion y la civilizacion se ha extendido rápidamente por todos los ámbitos, y esta desunion, que hace pasar por tan terribles pruebas á los pueblos, debía ser aún más funesta para los españoles, que son de naturaleza impresionable, de temperamento fogoso y carácter apasionado en el momento que la idea moral no servia de freno á la realidad. Cuando en Setiembre de 1868 una revolucion impremeditada cambió el órden existente, se hizo bien evidente la gran transformacion que desde hacia medio siglo se habia operado en este país, pues el carácter de este movimiento era no sólo anti-clerical, sino también anti-católico ; pues al ver el pueblo que la preponderancia católica que en el siglo xvii habia producido la caída de la España de los Hapsburgos, engendraba más tarde la caída de la monarquía borbónica, rompió el antiguo lazo de union de sus creencias.

La Iglesia que apareció aún despues de la guerra civil ligada con las más funestas tendencias, como implacable enemiga de todó progreso, consumó su propia destruccion ; y muchos dirán, que no sólo labró su perdicion, sino también la del católico pueblo español. Ciertamente los últimos siete años han superado en mucho las pasadas desdichas, pues tanto la incapacidad, como la impotencia se han disputado la primacía. En la misma proporcion de inferioridad que se hallan los carlistas de hoy dia, con respecto á los de hace treinta y dos años, se hallan también sus contrarios, con respecto á los antiguos. Las combinaciones más extrañas y más fantásticas, en mayor ó menor grado desacertadas, si bien igualmente irrealizables,

han sido presentadas á la faz del mundo sin que apénas le causase extrañeza esta decadencia y disolucion de una nacion tan poderosa en otro tiempo. Parece que hasta las pasiones no ejercen ya más su influencia en ella.

Con apatía sin igual mira los cambios más trascendentales, como si tuviesen lugar en una novela sin interes y no en la realidad que encierra la buena ventura de la vida de todos. El Estado es tan indiferente para ellos como para la Iglesia; porque el uno ha defraudado sus esperanzas tan cruelmente como la otra.

Apénas ha sido una nacion tan desgraciada como hoy dia la española. No por causa de circunstancias exteriores, sino porque su vida interior se halla en el estado de una enfermedad casi incurable, manifestando sus influencias por todas partes, destruyendo tanto sus condiciones sociales como las órdenes morales, esterilizando al mismo tiempo la ciencia y la política. En esta, segun parece, incurable descomposicion, ha entrado ahora un nuevo principio de vida.

Despues de haber quemado Felipe II toda herejía, pasaron siglos sin que el protestantismo hiciera una tentativa para tocar el territorio español. Conocidos los sentimientos del pueblo español, cada tentativa debía aparecer, no solamente sin esperanza de buen éxito, sino hasta absurda. La misma presencia de los ejércitos ingleses en el suelo español durante la guerra no habia tenido consecuencias religiosas. Sabemos de un hombre solo, hombre de una inteligencia muy independiente, que abrazó en este tiempo ideas protestantes y para hacerlo tuvo naturalmente que dejar su patria. «Desde entónces», escribió Ticknor en 1863 en su *Historia de la Literatura Española*, «tres ó cuatro españoles siguieron este ejemplo.» En este tiempo ninguno hubiera creido posible que se formasen en España congregaciones de protestantes españoles. Hoy existen tales congregaciones no solamente en un número bastante grande de ciudades españolas, sino tambien en algunas pequeñas poblaciones.

Miéntras que la revolucion de 1868 ha sido, no sólo infecunda, sino tambien perjudicial en la mayor parte de sus decisiones, esta misma, al proclamar la libertad de cultos, ó sea

la desaparición de la intolerancia católica, ha establecido la base de un movimiento regenerador. ¿Pero debemos atribuir tanta importancia al nuevo principio? ¿Se trata de otra cosa que de comunicar á una parte bien exigua de la nación española los beneficios de una verdadera doctrina y de una sana moral? ¿No será necesario para este pequeño número el adquirir estos beneficios á costa de un conflicto con la mayoría de sus conciudadanos? ¿Es creíble que alcance alguna influencia la idea reformadora, en un pueblo creado en cierto modo por el catolicismo? O bien, ¿no debe temerse que sus primeros progresos provoquen de nuevo el despertar del antiguo fanatismo? (1).

Tales preguntas parecen á muchísimos no merecer la más mínima consideración. El regenerar la España por medio del protestantismo les parece una empresa digna de D. Quijote, y de todos modos creen que no tiene interés para ninguna otra nación sino para los españoles.

Ciertamente á menudo, los que se consideran como sabios son los más ciegos; pues al determinar el origen y efecto de las cosas externas, cierran los ojos ante la poderosa influencia de las ideas, que al penetrar en las profundas regiones del espíritu engendran las transformaciones que se operan en la suerte de la humanidad.

Se halla poseído de un gran error el que crea que la lucha universal de los espíritus, tan abiertamente declarada desde

(1) En su libro *Perfiles de personajes y bocetos de ideas*, dice con razón el eminente orador y escritor de la democracia española, bajo el título de *Conversaciones de viajeros*, que deben arrepentirse de su obra los que en aquellos días de la regeneración de nuestra patria, en que abrazando la tolerancia universal entró la España en el derecho moderno, azuzaron el fanatismo antiguo mal apagado, y pusieron en manos de muchedumbres ciegas la tea de la discordia.» Así, pues, como había que temer, este antiguo fanatismo fué reanimado y explotado por la mayoría del clero para encender la última guerra civil, siendo la causa primordial de nuestras desdichas, en particular en el país vasco, cuyas instituciones, idioma y origen han sido objeto de las investigaciones de sabios extranjeros, y donde sólo los heroicos sacrificios y decisión del menor número, impidieron el triunfo del absolutismo teocrático en España. Precisamente en Vizcaya y en Guipúzcoa es donde siguiendo la ley de las compensaciones, la corriente anticlerical gana terreno, en vista de las terribles crisis por que ha pasado el país, tan indignamente explotado por el absolutismo clerical.

hace algunos años, y que si bien se examina existe casi sin interrupcion desde hace trescientos cincuenta años, puede ser terminada actualmente por medio de algunos golpes de mano vigorosamente dirigidos. Esta lucha presenta un carácter universal, y no puede llegar á decidirse en este ó el otro país, sino que al envolver á todos los pueblos civilizados les obliga á tomar posicion en uno ú otro campo. En este sentido es un hecho tan notable como instructivo, que un pueblo que ha sido en otro tiempo el más poderoso representante del catolicismo contra la reforma, haya admitido en su seno comunidades evangélicas; y esto precisamente al mismo tiempo que la Iglesia católica se coloca resueltamente á la ofensiva.

Las circunstancias particulares bajo las cuales se verifica este cambio, elevan aún más su importancia segun yo creo; pues en general se asocian al movimiento evangélico los miembros de aquellas mismas clases sociales que los conocedores del país señalan como extrañas á la corrupcion y que constituyen un núcleo del que solamente puede esperarse la regeneracion de España. Las clases pudientes sometidas á la influencia corruptora de la vida política y social se apartan de este movimiento. Si bien se han separado en gran número de la Iglesia dominante, y por oposicion á la misma ven con satisfaccion formarse la nueva iglesia, no se hallan dispuestos al menor sacrificio en favor de la idea religiosa en general, y sólo aquellos que no pueden hallar en la Iglesia católica la satisfaccion necesaria para su conciencia abren su corazon á la pureza evangélica.

Cierto que, en lugar de ganar ventaja alguna material, todo español que se asocie á la reforma religiosa tiene más bien que temer las maquinaciones de los fanáticos, y aún tal vez por un cambio improvisado en la política, se halla expuesto á sentir los efectos de la presion que ejercen de consuno los poderes civil y religioso unidos. Sólo *un* móvil puede impulsar á los españoles á dirigirse á los modestos refugios destinados hoy en dia á los divinos oficios y escuelas evangélicas: la elevacion de su alma hácia los puros preceptos de Dios.

Todo lo que trajo consigo la reforma religiosa en Iglesia y escuela, aún para los pueblos que como el francés sólo le habian

concedido un espacio bien limitado, era desconocido absolutamente en España, donde nada se sabía de la Biblia y de la sencilla verdad de un culto dirigido á la sola contemplacion de la Divinidad. La imágen sublime de Jesucristo se hallaba oculta á los ojos del pueblo por las espesas nubes de santos con que se le habia representado el cielo. Nada sabía tampoco de los severos principios morales de una instruccion y educacion que forman el corazon del hombre; así como ignoraba en qué consistia la abnegacion del deber, base principal de la humana felicidad. La elevada educacion científica, encaminada tan sólo á la investigacion de la verdad, le era igualmente desconocida. En todas las demas naciones han llegado á penetrar en mayor ó menor grado estos elementos imprescindibles de la civilizacion moderna; y sólo la España, bajo la opresion de la intolerancia católica, con la única interrupcion de los laudables esfuerzos del gobierno de Cárlos III, ha permanecido en el aislamiento en medio de las convulsiones políticas de nuestro siglo. Esta es la causa generadora de su malestar.

Por ventura ¿puede esperarse de las pequeñas feligresías evangélicas que se han establecido en varios puntos de la península, la regeneracion de un pueblo que ha llegado á tal estado de decadencia? Si se tratase solamente de los efectos materiales, sería ciertamente una quimera el prometerse grandes resultados de la influencia que los protestantes, cuyo número será apenas el de tantos millares como millones cuentan los católicos, puedan ejercer en el país; pero estas modestas feligresías han derramado ya sobre el abrasado suelo de España la semilla tan preciosa y fructífera de las creencias y tendencias cristianas, extendiéndola con sus esfuerzos mucho más allá de los límites en que al parecer se hallaba concentrada.

No sólo han hecho surgir el elemento vivificador de la meditacion religiosa, del libre exámen de los principios morales en la masa del pueblo extendiendo más de cien mil Biblias por la península, sino que han puesto fin al predominio funesto de un clero ignorante y soez; pues tan sólo veinte pastores evangélicos son suficientes para servir de poderoso estímulo á centenares de curas católicos. Este solo hecho de la formacion de las comunidades evangélicas, es tanto más digno de ser te-

nido en cuenta, por cuanto, aún suponiendo que desaparecieran, están destinadas á ejercer una influencia bienhechora en la sociedad española.

Pero ¿quién puede asegurar que una obra que se ha desarrollado con tantas esperanzas en pocos años, no seguirá floreciendo, y que el protestantismo no sea llamado en nuestros días á constituir un elemento permanente, y á pesar de su humilde apariencia, importante en la vida española en el curso de los años? Porque claro está que lo que han perdido siglos, ningún poder en el mundo lo puede restablecer dentro de algunos años.

Sería bien aventurado emitir un juicio sobre el porvenir del protestantismo en una nación en donde apenas cuenta seis años de existencia. No se me ocultan las grandes dificultades que se oponen al desarrollo evangélico en España. Si de un lado prueba el carácter natural y sano del desarrollo evangélico el haber llegado á interesar precisamente las clases inferiores de la sociedad, del otro lado esta circunstancia pone graves dificultades á su progreso. No sólo en lo que concierne á los fondos materiales, sino lo que más importa con respecto á las fuerzas intelectuales, la Reforma encuentra pocos recursos en el seno de sus feligreses. Ciertamente que para que la Reforma religiosa fuera eficaz, sería menester que ésta fuera apoyada por las fuerzas intelectuales de la nación, de modo que llegase con el tiempo á colocarse en su propio terreno.

De todos estos obstáculos y temores surge en mi concepto la enseñanza, que al proseguir empresa tan transcendental se trata de tener presente, que debe existir convencimiento firmísimo que aún cuando sólo alcance un éxito relativo, será el más poderoso incentivo para la regeneración de un pueblo tan grande por su historia como lo es por su desdicha. Bien sé que para muchos aparecerán estos conceptos como el producto de una mente ofuscada por el difícil estudio de la situación en España; pero al dirigirme á estos les diré:

«Figuraos que encontrais un sér de noble aspecto y abatido por sus desdichas, al que no podeis ménos de conceder vuestro amparo. Este sér es un gran pueblo que yace en angustiosa situación, y el cual busca en vano hace sesenta años un remedio

para sus males. Al dirigir sus manos á los países extranjeros, de los que en su ciega obstinacion fué un dia el azote, y pedirnos una pequeña parte de vuestras sobras, ¿le volveríais las espaldas, diciendo que una vez que se trata de un pueblo perdido no vale la pena de ocuparse en él? ¿Por ventura es debido á vuestro mérito el que hace trescientos años fuese conquistado por vuestros antepasados el tesoro de las creencias sin mancha, y apoyándoos en las mismas trateis de hablar con menosprecio de este pueblo que hizo temblar en otro tiempo al mundo protestante? Ciertamente que teneis con respecto á él los deberes de los dichosos para con los desventurados.

Los destinos de la historia hacen subir y caer á los pueblos. ¡Dichosas las sociedades á las que la bondad de la Providencia concede el ver coronado su trabajo con el planteamiento de una sana civilizacion! ¡Ojalá que pronto España vuelva á pertenecer á ellas!

HERMANN BAUMGARTEM.





ÁTOMOS Y MUNDOS



Madre Naturaleza,
Principio y fin de todo lo creado:
¿Quién rige tu grandeza?
¿Qué espíritu ha informado
El sublime esplendor de tu belleza?
¿Qué manantial derrama
Del sér la viva, inagotable fuente?
¿De qué divina llama
Toma su fuego creador la mente?
¿Quién dirige la marcha de esos astros
Que brillan á lo léjos,
Dejando como rastros
La triste claridad de sus reflejos?
¿Qué misteriosos hilos de las formas
Fabrican los tejidos?
¿Con qué moldes y normas
Se conciertan los átomos unidos?

¡Vana interrogacion! Callada esfinge
Guarda el fatal enigma impenetrable,
Y el hombre, en su terror y su ignorancia,
Una deidad se finge,
Llenando, inescrutable,
La prodigiosa universal sustancia.

Diviniza el misterio,
Ve dioses en la tierra y en los mares,
Puebla del aire el dilatado imperio,
De genios tutelares.
Cada fuerza es un dios que pide culto
Y á su oracion responde ;
Cada elemento, espíritu que oculto
Muestra sus iras y su faz esconde.

Por eso les levanta
Altares y marmóreos edificios ;
Himnos de amor les canta,
Les ofrece cruentos sacrificios
Y á ellos vuelve sus ojos,
Para obtener sus altos beneficios,
O el rayo detener de sus enojos.

La diosa de la luz, la madre Ciencia,
Contemplando humillada
La altiva inteligencia
Ante la vil mentira prosternada,
Cese tu ciego error, gritó indignada ;
Rompe, pisa tus ídolos infames ;
Dueños á tus esclavos no proclames,
No dés de tu bajeza más ejemplos,
Pues no sirven, si yergues tu cabeza,
Ni aún para pedestal de tu grandeza,
Las cúpulas soberbias de sus templos.

No adores más, observa y analiza ;
De esos dioses no temas el coraje,
Y cuanto tu fervor hoy diviniza
Verás como te rinde vasallaje.

Tú eres el dios : más alto que tu frente
No hay nada de la esfera en lo profundo ,

Pues eres prepotente
Rey de los astros y señor del mundo.

Los númenes que adoras
Y en que tus ojos temeroso clavas,
Son fuerzas creadoras
Que á tu divina voz serán esclavas.

¿Lo quieres ver? No alcanzan tus pupilas
A mirar esos soles que te alumbran,
Ni las luces tranquilas
Que al través de la noche se vislumbran?

¿Quieres ver la sustancia de los séres?

¿Adivinar quién eres?

¿Ver el secreto punto

Del átomo escondido que genera
Del universo el colosal conjunto,
Y es mínimo trasunto
De la infinita creacion entera?

Ten esos dos cristales
Que darán á tus ojos asombrados,
La vision de las cosas eternas,
La clave de los entes increados.

Mira : de aquellos mundos apartados
Verás las muchedumbres infinitas.
La luz, rasgando la perpétua sombra,
Hará que ese misterio que te asombra
Rompa sus gasas densas,
Y partículas leves y finitas,
Ante tu vista surgirán inmensas.

Ten la llave del Cósmo, del arcano,
Sé scrutador y dueño
Y verás en tu mano
Los gérmenes, el sér, la luz, el lodo,
Lo grande, lo pequeño,
El principio y el fin, la ley de todo.»

Tomó el cristal el hombre ; con su ayuda
Exploró el insondable firmamento,
Y pura claridad, en un momento,
Disipó la tiniebla de la duda

Que ofuscaba el humano pensamiento.

A través de su foco
Con prodigioso vuelo se acercaron
Las estrellas lejanas ; poco á poco
Los orbes dilataron
Sus discos, al mirar imperceptibles,
Y soles, que su luz nunca mostraron,
A la mirada ya fueron visibles.

Ya pudo Galileo
Mirar al Sol, espléndido monarca,
Que inmóvil en su trono giganteo,
Con su calor el universo llena,
Con su rayo inmortal todo lo abarca
Y á su atraccion los mundos encadena.

Pudo sentir la tierra estremecida
Girar bajo su planta,
Rueda incesante por el sol movida
Que por la etérea vía se adelanta;
Y ante el indocto tribunal sombrío,
Que su cálculo cierto llama impío,
Pudo, con grito amargo,
Negando que se mueve en el vacío,
Exclamar : «y se mueve, sin embargo.»

Kepler, Laplace, midieron del abismo
Azul las infinitas proporciones,
Las leyes, atracciones,
Y fuerzas del celeste mecanismo ;
Y Herschell, tras las regiones luminosas,
Oscuras y secretas,
Pudo ver en las vagas nebulosas
La fecunda matriz de los planetas.

Ya la noche de mundos coronada
Desplegó, como fúlgidos diamantes,
Del astrónomo sabio á la mirada
Los astros más ocultos y radiantes.

Al mirar la grandeza
De aquella infinitud ; la muchedumbre
De soles reflejando su belleza

En los vivos centelleos de su lumbre,
 La mente comprendió que aquella altura
 Espléndida, infinita,
 No era de yertos mundos sepultura,
 Sino mansion eterna donde habita
 La vida que doquier su aliento infunde,
 Y en la entraña del átomo palpita
 Y en el seno del orbe se difunde.

¿Cómo ver de esa vida el fundamento
 Y el germen primitivo?
 ¿Cómo descomponer el elemento
 De cuanto late vivo?

Otro cóncavo lente
 Descubrió á la pupila
 Del átomo potente
 La esencia que subsiste eternamente
 Y ni el tiempo en sus horas aniquila.
 El átomo que absorbe
 La actividad que nunca se destruye,
 Y la fuerza inicial que se diluye
 Por las entrañas vívidas del orbe.

¡Vision maravillosa!
 Tras el fino cristal, como evocada
 Del infecundo seno de la nada,
 Surge la creacion que no reposa.
 De la oculta region de lo pequeño
 Los fantasmas innúmeros despiertan,
 Y al sacudir el aparente sueño
 Se estremecen, agitan y conciertan.
 Lo más imperceptible
 Crece, se determina y agiganta
 Y el mundo sin igual de lo invisible
 A la voz del conjuro se levanta.

Cuanto el mortal ante sus ojos mira,
 Cuanto su mano toca ;
 El aire que respira,
 El manjar que el sabor presta á su boca ;
 El agua limpia que su sed apaga ;



El licor que, divino,
Con dulce sueño su razón embriaga,
Todo esconde en su seno
Floras de imperceptibles vegetales,
Partículas preciosas
De ricos minerales
Y faunas de espantables é irrisorios
Enjambres de bullentes infusorios.
Todo muestra al absorto pensamiento,
Bullir las cosas que juzgó dormidas;
La fuerza y la materia sometidas
A la imperiosa ley del movimiento.

Y si el ojo mortal no lo descubre
Con el esfuerzo propio,
Rompe la niebla que el misterio encubre
La potente visión del microscopio.

Bajo el cristal el vil insecto crece
Hasta igualar al elefante enorme,
Y á la vista aparece
Fantasma colosal, monstruo deforme.

Del agua, del licor la breve gota,
Se torna agitadísimo oceano,
Y de su seno brota
Un mundo microscópico y enano.
Y asquerosos, horrendos, diminutos
Peces, con vaga forma de reptiles,
Aparecen, y en rápidos minutos
Se propagan y son miles y miles.
En las revueltas olas
Sacuden con vigor, locos, inquietos,
Sus incansables colas,
Sus corpúsculos leves como fetos.

Bajan, suben y giran,
Avanzan, se retiran,
Se persiguen, se enlazan,
Dan el sér á otros séres; turbulentos,
Se devoran, se cazan,
Implacables, frenéticos, hambrientos;

Combate furibundo
Iliada de guerreros, maldecida,
Que con esfuerzo luchan un segundo
Por el inútil precio de la vida,
Hasta que por secretas
Leyes ineludibles de la suerte,
Caen, rendidos atletas,
Heridos por el rayo de la muerte.

Del manto que se ciñe
Allí muestra la flor sus hebras de oro,
Del iris bello que sus hojas tiñe
Ostenta el esplendor como un tesoro;
Y al ver su preciosísimo bordado
La vista humana, la razón se asombra,
Preguntando qué tramas y pinceles
Tejen del campo la divina alfombra
Y pintan de colores los vergeles.

Muestran allí los cuerpos la secreta
Trabazón de sus átomos menores,
Y la ley que decreta
La irresistible unión de sus amores;
Pues aquellas moléculas movibles,
También al fuego del amor sensibles,
Se atraen con misteriosa simpatía
Y engendran nuevas formas, en su abrazo,
O con irresistible antipatía
Se separan y rompen todo lazo.

La sangre, río que encauzó la arteria,
El magnético nervio que palpita,
La cerebral sustancia que medita
Y conciencia de sí da á la materia;
La esencia que mantiene de los seres
La sucesión fecunda,
La víscera que engendra los placeres
Y hace al dolor voraz que se difunda;
La sustanciosa entraña
Y el motor incansable del aliento;
El humor que el tejido oculto baña,

Y el músculo rector del movimiento ;
Todo revela allí, página abierta ,
La actividad y ley del organismo ,
Y allí la mente á comprender alcanza
Que la vida y la muerte son lo mismo.

Todo es mortal, y sin embargo, todo
Perpétuamente existe,
Y de la destrucción, por vario modo
La eterna furia y el poder resiste.

Todo vive : la esencia es infinita ,
Pero la forma no ; que si implacable,
La muerte sobre un sér se precipita
Y hambrienta le desgarrar,
Viene al punto la vida, y formidable
Le arrebatara la presa de su garra.

No, la muerte no existe ; no es la diosa
Que con guadaña impía
Toda viviente cosa
Hiela al contacto de su mano fría.
Si la muerte existiera
Ella diera la calma suspirada,
Y la viviente creación hiciera
Confundirse en la sombra de la nada.

La vida es quien nos mata furibunda
Y hace que todo sér, cuando agoniza,
Por un instante en el sepulcro se hunda,
Mas luego su ceniza
Libre por el espacio se difunda.

Del despojo mortal de los humanos
Hace brotar, movido por el hambre,
De fétidos gusanos
El asqueroso y roedor enjambre ;
Y de la podredumbre en el fermento
Surgir hace los séres más inmundos
De allí donde brillaba el pensamiento,
Divino soberano de los mundos.

Los átomos informes
Hace que en astros bellos se resuelvan,

Y á los astros enormes
Que en átomos perdidos se disuelvan.

Ella todo lo teje y lo transforma,
Lanza de su poder el torbellino,
Derriba cuanta forma
Encuentra levantada en su camino;
Pues para generar la forma activa,
Para que nazca y viva
Lo que ha de ser, lo que creó deshace,
Crea un ente con otro que derrumba,
Siendo la cuna misma del que nace
Del que perece inevitable tumba.

A esa vida que mata cuando crea,
¿Quién el cetro le dió del infinito?
¿Do principia? ¿Quién hace que así sea
Perenne su poder y su delito?
¿Dónde la esconde el átomo, y en dónde
El mundo, átomo inmenso,
Con su grandeza colosal la esconde?

Eso jamás nuestra afanosa vista
Lo sabrá descubrir; que esos cristales
Que nos dieron del mundo la conquista
De su germen no muestran las señales.

Mas ¡ah! por ellas al mirar el hombre
De todo cuanto vive la miseria,
Ya no querrá prestar divino nombre
A la fragilidad de la materia.

Y al ver cómo se humilla
Todo bajo el rigor de la edades,
Para su propia arcilla
Ya no querrá soñar eternidades.

Entre los gritos de la humana lucha
No alzará á las regiones solitarias
Su doliente clamor, que nadie escucha,
Ni la perdida voz de sus plegarias.

No llamará, con afanoso empeño,
A la mansion en donde yace muerta
La legion de los dioses, que en su sueño,

Ni surgirán, ni le abrirán la puerta.

Volverá hácia la tierra su mirada,
Su vuelo al porvenir alzando libre;
Contemplará la tierra encadenada
Cuando de su poder el rayo vibre.

Buscará, penetrante, su pupila
Dónde el espectro del dolor se oculta,
Dónde nace ese mal que le aniquila,
Dónde el error, tirano que le insulta.

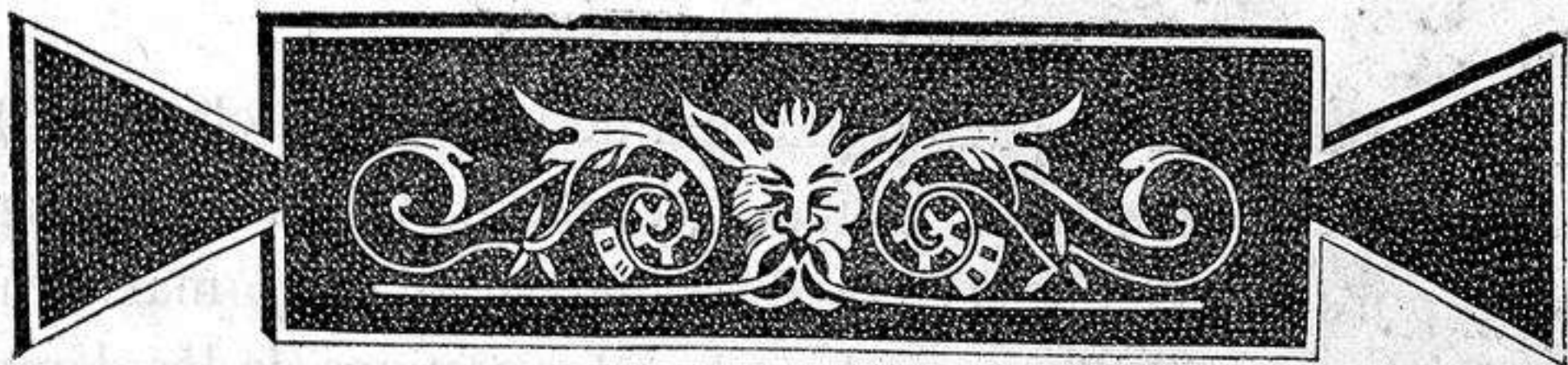
Y si vencer no logra de la suerte
La ineludible ley, que no perdona,
Rey de la vida, al ménos, ni la muerte
Le arrancará su cetro y su corona.

Pues vencido el planeta á su pujanza,
Sobre su espalda escribirá su nombre,
Y cuanto el hombre á comprender alcanza,
Se rendirá al espíritu del hombre;

Porque en la universal naturaleza,
De toda luz, y sér y movimiento,
No hay grandeza mayor que su grandeza
Ni más divinidad que el pensamiento.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.





EL DIABLO Y LOS BRUJOS

APUNTES HISTÓRICOS SOBRE EL SÁBADO



Difícilmente se hallará en la historia un personaje más díscolo y susceptible que el diablo : mientras más discurrían los teólogos y las autoridades contra él, más atrocidades y desafueros perpetraba ; y á medida que aumentaban contra sus endemoniados cortesanos la Iglesia sus anatemas, la Inquisicion sus hogueras y el brazo secular sus más duras persecuciones, mayores alardes hacia Satanás de su poder y de su invencible dominio. Ha sido preciso que nadie se acuerde de tan desdichada persona ni nadie crea formalmente en su existencia para que haya bajado al panteon de la arqueología. Pero en aquellos siglos en que los sábios dedicaban vigiliass y volúmenes á estudiar las artes del diablo y los medios de libertar de ellas á la humanidad, y en aquellos tiempos en que los papas y los reyes acudían solícitos á salvar los pueblos atribulados de las invasiones del infierno, Satanás azotaba despiadadamente la humanidad, reinando como plaga epidémica en las comarcas más creyentes y religiosas.

No era una preocupacion gratuita de una ú otra clase de la sociedad ; era la opinion de todos , confirmada por la autoridad y por los hechos. Hácia fines del siglo xv el mal tomó proporciones inauditas ; no bastaban los castigos de los demonólatras ; la secta réproba de los hechiceros, brujas, mágicos y encantadores, ejército de Luzbel, puso en conmocion á la cristiandad : el espanto cundia por todas partes , la indignacion exaltaba á los jueces , el escándalo affigia á los obispos y al clero ; los ayes del mundo católico llegaron hasta el Santo Padre *non sine ingenti molestia*, segun afirmó y tuvo que fulminar el Santísimo Inocencio papa VIII, la bula de 1484 contra hechiceros, en la cual se especifican las monstruosidades cometidas por esta diabólica tropa en Alemania. Segun la bula, Satanás se ha convertido en Dios de las mejores provincias germanas ; y con su auxilio muchos desdichados, apartándose de la fe católica, se comen los niños, malefician á los hombres, los ganados y las cosechas, alteran la atmósfera, destruyen viñedos, frutos, mieses y pastos ; producen epidemias, hacen á las mujeres estériles y á los hombres impotentes, se entregan á mil execrables supersticiones y cometen abusos con demonios íncubos y súcubos.

En todo el siglo xvi y primera mitad del xvii continúan los Pontífices, los tribunales especiales, y los más doctos y santos escritores, haciendo guerra sin descanso á la brujería y la magia cada vez más audaz y poderosa. Los mismos iniciadores de la Reforma no se libran de la universal creencia : Lutero, fiel á la doctrina de San Agustin sobre la posibilidad de engendrar que tiene el diablo , afirmaba que los niños de este consorcio demoniaco nacidos, secaban los pechos hasta de diez nodrizas. El Sr. de Montaigne, que se atrevió atribuir á efectos de la imaginacion y á mero prestigio la gran mayoría de los sortilegios, y á burlarse del hechizo que impedia los efectos del matrimonio, fué atacado en todos tonos y considerado por los padres jesuitas como muy próximo á las doctrinas heréticas ; y Cardan, que atribuyó á causas naturales el hecho de haberse convertido en demoniacas setenta doncellas de un hospital de Roma, sin que el diablo les saliera del cuerpo en más de dos años, fué tenido por sospechoso de magia, y se le echó

en cara que su señor padre habia tenido relaciones treinta años con un demonio.

Más fácil habria sido encontrar quien no supiera los beneficios de Dios, que hallar una persona que ignorara los más minuciosos pormenores de cuanto ocurría en las asambleas nocturnas celebradas por el diablo y sus adoradores. Dudar de Dios era una impiedad, un crimen; pero negar la existencia y diaria intervencion del diablo en los asuntos de la vida, era un absurdo, era cerrar los ojos á la evidencia. Los tribunales, los comisarios regios, los inquisidores, en Alemania, en Francia, en Italia, en Irlanda, en España, ¿no ponian de manifiesto constantemente los sortilegios é infinitas clases de maleficios con que la raza maldita de los hechiceros mortificaba y desolaba familias y pueblos? Los mismos culpables ¿no confesaban todo, ya espontáneamente, ya en el tormento, y no venian acordes sus declaraciones? El sábado y los maleficios eran en su esencia iguales en todas partes; los detalles apenas variaban. Si tuvieran por fundamento un sueño, una enfermedad, una ilusion, ¿es posible, decian los escritores de la época, tal identidad en el soñar, en la dolencia y en el engaño? ¿Quién podia dudar de hechos fehacientes comprobados á cada paso por aterradores ejemplos, por procesos escandalosos y sentencias de los más respetables y altos tribunales?

Al hacer el cuadro de las orgías infernales, que por odio al judaismo sin duda se llamaron *sábados*, no es un punto de mera curiosidad y de ningun interes histórico el que se trata; aquel conjunto de extravagancias y de delirios de que apenas pueden darse cuenta las generaciones modernas, constituyen uno de los aspectos más importantes de la historia de aquellos siglos: el punto de vista de sus creencias, de su moral y de su justicia, tan ajenas y distantes de nuestra manera de ser, como generalizadas y formando parte de la conciencia humana en aquel tiempo, hasta el punto que léjos de hallar dificultad en reunir datos para este estudio, más bien nos ha causado embarazo la eleccion entre tan innumerables obras é infinitos procesos relativos á aquel singular período de la criminalidad y de las dolencias humanas. Los datos presentes forman lo más culminante que hallamos en los autores especialistas de los si-

glos xvi y xvii, y que convienen con extraña unanimidad en la descripción, los pormenores, ceremonial, ritos y tremendas maldades de las solemnidades diabólicas.

*
* *

Terrible cosa era el sábado, y sobre todos, los sábados grandes, que correspondían á las fiestas mayores de la Iglesia, como Navidad, Resurrección y Pentecostés. A ellos acudían brujos y hechiceras de las más remotas regiones. Una testigo llamada Margarita, natural de San Pé, de 17 años de edad, declaró ante el tribunal competente haber visto en uno tanta gente como estrellas hay en el cielo. Daneau, que dió un extracto en 1574 de los procesos de hechiceros en Saboya, escribe que «la concurrencia es tanta, que no se puede extirpar la hechicería, por más que se hagan diligentes pesquisas y á pesar de que en una sola ciudad han sido quemados hasta ochenta.»

El lugar donde se reunían era por regla general desierto; el diablo prefería las playas, las orillas de las lagunas y las encrucijadas de los caminos. Cada pueblo y aldea tenía una reunión semanal, especie de sábado chico: una secta endiablada de la Rioja, juzgada en 1810 por la Inquisición de Logroño, celebraba el sábado los lunes, miércoles y jueves, sin perjuicio de las fiestas mayores. En la Lorena se verificaba entre el miércoles y el jueves. La hora de la reunión variaba según el agrado del señor; muchas veces era á las dos de la noche, pero indefectiblemente todo concluía al primer canto del gallo, salvo algún accidente de fuerza mayor, como por ejemplo, cuando algún brujo incipiente manifestaba su asombro ó su espanto exclamando ¡Dios mío! ó ¡ay Jesús! En ese punto y hora todo se desvanecía como cuadro disolvente, y el incauto que había pronunciado tal palabra solía encontrarse á enorme distancia de su casa y en traje nada presentable. El diablo era poco exigente en materia de tocado, y sus favorecedores acudían á las citas en el estado en que se hallaban al dar la hora, siendo frecuente el ir desnudos ó en camisa. Se dan algunos ejemplos de haber habido sábado en pleno día: eran

muy raros. La sociedad reunida en el *aquelarre* (que en gascon quiere decir prado del macho cabrío), no era siempre plebeya : asistian á veces personas de representacion, muchos enmascarados y áun algunas veces clérigos. El viaje al *aquelarre* se hacia de varios modos : muchos iban á pié, otros eran transportados por el diablo, y era cosa muy generalizada el untarse ciertas grasas preparadas en sábados anteriores, merced á las cuales se volaba por los aires ya en una escoba, ya en un macho cabrío, ó ya en un caballo alígero, yendo los viajeros unas veces bajo su propia apariencia y otras convertidos en gatos, cuervos, lobos, ó alguna repugnante alimaña.

No era raro, áun en aquel tiempo, el discutir si esas traslaciones aéreas se verificaban en realidad ó si el diablo se limitaba á perturbar la imaginacion haciendo creer efectivo lo que sólo era fantástico. Pero los más célebres demonólogos como Sprenger, nombrado inquisidor de la Fe por Sixto IV y confirmado con gran elogio por Inocencio VIII, el Padre Espina, gloria de la órden de Predicadores, Remi que purgó de mágicos la Lorena, De l'Ancre que salvó del sortilegio con sus justicias el país de Labour, el Padre del Rio, todos las eminencias de aquellos siglos en conocer y perseguir á Satanás, convienen en que está fuera de todo debate la traslacion real y efectiva. Y si alguna vez, cosa que solia pasar con frecuencia, el hechicero ó brujo, convicto de haber ido al sábado, trataba de probar la coartada, presentando testigos de su familia y servidumbre que le habian visto dormir en su propia cama á las horas precisas en que se verificó la fiesta de Satanás, no habia juez tan cándido que se dejara pescar en esa red. La malicia del diablo y de sus adeptos era tanta, que dejaban un cuerpo fantástico en la casa para que engañara á la familia, miéntras que el cuerpo de carne y hueso del hechicero ó de la bruja era el que habia asistido á las tenebrosas ceremonias. El poder del diablo y la experiencia diaria lo habian acreditado : dudar de esto era no ménos grave que el no creer en los demonios súcubos é íncubos, cosa que segun el Padre San Agustin, ningun hombre de bien puede negar.

Entre mil casos de estos viajes aéreos y positivos que se pueden citar, atraen nuestra atencion los siguientes,

el uno por ser de nuestro país, y el otro por lo original.

Descubrióse en Navarra el año de 1527 una multitud de mujeres que se entregaban á la brujería : hubo ciento cincuenta condenadas á ser emplumadas y otras á prision ó destierro : se habló en el proceso de los viajes por el aire y entró en curiosidad el Tribunal.

«Y para averiguar, dice D. Fray Prudencio de Sandoval en su *Historia de Cárlos V*, cómo hacian ésto, fué de esta manera : que el Oydor mandó traer delante de sí uno de los presos, que fué una mujer vieja, y la dijo : que él tenia mucha gana de saber de qué manera iban á hacer sus obras, que le quitaria las prisiones que tenía y que si se pudiese ir que se fuese. Ella dijo : que era contenta y pidió un bote de unguento que le habian tomado, con el cual se puso en la ventana de una torre muy alta, y en presencia de mucha gente, se untó con aquel unto, en la palma de la mano izquierda y en la muñeca y en el juego del codo y en debajo del brazo y en la ingle y en el lado izquierdo. Y esto hecho, dijo en voz alta : Ai : A la cual voz respondió otra, dijo : sí, aquí estoy. Y luego la dicha mujer se bajó por la pared abajo, la cabeza abajo, andando de piés y manos como una lagartija. Y cuando llegó á media pared, levantóse en el aire á vista de todos y se fue volando por él. Por lo cual despues de haberse todos admirado, mandó el Oydor pregonar que cualquier persona que le trajese aquella muger, le daria cierta moneda. Y así de ahí á dos dias la trajeron unos pastores que la hallaron en un prado. Y preguntada por el Oydor cómo no se habia salvado, respondió que no habia querido su amo llevarla más de tres leguas y que la habia dejado donde los pastores la habian hallado.»

Refiere el otro el P. Espina : «Una jóven de Bérgamo fué hallada completamente desnuda una noche en Venecia en casa de unos parientes. Sorprendidos éstos, como era natural, la preguntan ¿cómo y por dónde ha venido? ¿cómo se encuentra allí? La infeliz doncella les cuenta que aquella noche se habia hecho la dormida y su madre así engañada saltó de la cama, se quitó la camisa, se frotó con un unguento, tomó un palo, y cabalgando sobre él desapareció por la ventana. Asaltó á la

chica la curiosidad de hacer lo mismo, frotóse también, y se halló transportada al lado de su madre, junto á la cama de un niño que queria hechizar. Aterrada la hija ante el furor que se apoderó de la madre al verla, invocó los nombres de Jesus y de María, y vió desaparecer á su madre, quedándose sola ella. Se pidieron informes al inquisidor de Bérgamo, fué detenida la mala mujer, y confesó que el diablo la habia transportado efectivamente más de cincuenta veces para hacer morir aquel niño. No querer creer lo que se ve, añade el célebre dominico despues de citar infinidad de casos análogos, es señal de necedad ó de mala fe. *Signum stoliditatis vel magnæ nequitiae.*»

«Está auténticamente probado—dice Nicolás Remi, consejero y procurador criminal de los Estados de Lorena, á fines del siglo xvi,—que las brujas engañan á sus maridos, ya produciéndoles un sueño profundo, ya sustituyendo sus cuerpos con fantasmas, en tanto que van al sábado. Bertrand la Barbera declara que ha pellizado muchas veces con la mano derecha, untada en grasas, la oreja de su marido para dormirlo. Eller, mujer de Doyen, en Ottiggen, Sichen May de Speirchen, declaran : la primera, haber puesto el colchon de su hijo en el lecho nupcial, y la segunda la escoba, pronunciando previamente el nombre del demonio. María, mujer de Juan el pregonero, dijo que habia puesto un costal de paja, y Catalina la Bermeja declaró que el demonio se habia colocado muchas veces en lugar suyo al lado de su marido.»

Las causas célebres de Saint-Oyent en la Borgoña, en que el *gran juez* M. Bouget condenó muchos centenares de hechiceros de las montañas del Jura, acreditan igualmente la realidad de semejantes expediciones. Roldana Duvernoy, que fué luego quemada viva, solia valerse para el viaje de un carnero negro y gordo : el diablo le ahorraba así la molestia y lentitud de ir á pié. Un hombre negro transportaba á Tierenne Paget y Antide Colás : Claudina Boban y su madre cabalgaban sobre un escobon. Algunas otras declararon haber sido arrebatadas como por un viento glacial con celeridad increíble. No era de rigor en el país de Saint-Oyent el untar grasas al objeto conductor, porque como advierte M. Bouget, «no son ni el

ungüento ni las palabras los que transportan ; sino el diablo, por una justa permision de Dios.»

Respecto á la sociedad preferida por el demonio, dice De L'ancre, que es vulgaridad insigne la creencia de que sólo las viejas sean hechiceras : las hay jóvenes y hermosas preferidas por su señor, y muchas han sido ajusticiadas que han sorprendido á los jueces por lo extremado de su hermosura. «La experiencia demuestra, escribia Sprenger en el *Malleus maleficarum*, que las hijas de las brujas no son ménos infames que sus madres.» En cada localidad existia una reina del sábado que era la predilecta y como la esposa privilegiada de Satanás. A más de esta dignidad, suele haber otras en que se parodian las dignidades eclesiásticas, habiendo descubierto algunos tradistas expertos que hay una especie de apostolado infernal y una autoridad suprema en que se parodia al Papa ; pero estas categorías no se hallan admitidas por la generalidad, y no entran en las opiniones corrientes de la época. Lo que sí está fuera de toda duda es la predileccion del diablo hácia los niños. Reclamaba con grandes conminaciones que le llevaran los pequeñuelos á sus fiestas, y cuando no era obedecido en esto, maltrataba fieramente á sus secuaces ; de manera que éstos se veian obligados á robarlos hasta de las manos de sus propios padres.

En muchas comarcas se vieron tantos casos de estos raptos que las familias acongojadas no tenian más recurso que llevar á dormir los niños á las iglesias durante el *aquelarre*. En el Piamonte y la Lombardía las brujas acostumbraban á convertirse en gatas ; toda la vigilancia era poca para guardar los niños. Los padres y las madres veian multiplicarse los gatos alrededor de las cunas de sus pequeñuelos, y el respetable Padre Espina señalaba esta calamidad pública como cosa indiscutible, patente, vista por todos, y que reclamaba medidas de rigor para salvar, como diriamos hoy, la sociedad en peligro.

La forma en que Satanás aparecía era muy varia : por regla general, se presentaba baio el aspecto de un macho cabrío negro, pero no era raro verlo disfrazado de perro, de carnero, de gato negro con cuernos. Schelina (*Histoire des Sorciers*) reproduce este caso ocurrido en Bélgica en el distrito de Cour-

tray. Fosine Labyng d'Heestert, triste, maldiciendo de su suerte y envidioso de la dicha de los demas, vió al diablo bajo la figura de un gran señor vestido de negro, con pluma en el sombrero, que le dió un escrito, en el cual pactaba reconocerlo por único dueño. Otra multitud de veces lo vió bajo la forma de cura.»—Nicolás Morele, procesado en la Lorena, declara haberlo visto en forma de hombre, de liebre y de rata. Según los que fueron condenados por Remi, el diablo tiene la voz baja, cascada, un poco sorda, habla la lengua del país y se hace dar nombres agradables ó ridículos. El sonido de las campanas le hace ladrar desesperadamente.—La figura que toma no es siempre la más fea y desagradable: se han dado repetidos casos en que se presenta con deslumbrante beldad y en ocasiones ha osado aparecer como un ángel de luz, y hasta bajo la santa apariencia de Cristo y de la Virgen. Era un verdadero problema, una gran preocupacion para las conciencias piadosas, el discernir de estas imposturas diabólicas.

Del Rio refiere, tomándolo de Francisco Vencio, que en Milan el año 1590 se vieron poseidas unas treinta religiosas todas vírgenes y de mediana condicion, siendo de admirar las truhanerías á que apeló el enemigo para arrastrarlas á cosas execrables, pues no sólo se les apareció bajo la forma de un monge devotísimo, sino hasta falsificó (cosa que los oidos se aterrorizan de oír) la persona de Jesucristo, exhortándolas á cosas impías. Ya se les presentaba como un oso, como un leon ó como una serpiente, abriendo las fauces como para tragarse aquellas pobres doncellas, ó ya se hacia el soldado con una escopeta cargada y montada amenazando disparar sobre ellas si no accedian á sus deseos pecaminosos; felizmente su sencillez y el auxilio de Dios las hicieron triunfar del enemigo.

Otra aparicion más peligrosa aún referida por Metaphrastes. Una doncella cristiana fué de tal suerte engañada por el diablo, que llegó á creer, como éste le insinuaba, que su mérito era semejante al de la Santa Virgen, y que sólo le faltaba la fecundidad para unirla á la virginidad, cosa fácil de lograr si seguia sus consejos. El diablo se disfrazó de ángel de luz para lograr sus siniestros fines y la jóven, con efecto, fué fecun-

da, teniendo un parto verdaderamente digno del diablo.

A San Martín (según Severo Sulpicio) se le apareció Satanás rodeado de una luz como de púrpura, tenía vestiduras y manto régios, diadema de rica pedrería y para mejor engañarle, se le presentó en su celda con semblante alegre y boca risueña, y viéndolo perplejo, exclamó: «Mírame, mi querido Martín, yo soy Cristo bajado á la tierra para verte.»—San Martín continuó dudando, y para identificar la persona, le exigió que se pusiera en cruz, con lo cual Satanás escapó más que de prisa.

En Burdeos, según Del Río, se apareció en cierta ocasión un demonio bajo la forma de la Bendita Madre de Dios, y bajo la apariencia de Santa Ursula acompañada de algunas de las once mil vírgenes, se presentó á una religiosa de Milán. Las citas podían prolongarse indefinidamente, viniendo al cabo á parar al principio inconcuso de aquel tiempo, que el diablo se aparece en la forma que le place. Y como es tanta su malicia, busca el aspecto más conforme á los gustos ó apetitos de cada uno de los que quiere seducir. «A los voluptuosos se aparece, escribe De L'ancre, como ninfa, diosa ó prostituta de tan peregrina y singular belleza, que no hay santo varón ó ermitaño que no tiemble ante esta aparición. A las mujeres voluptuosas y jóvenes descocadas de igual suerte se aparece como un joven tan gallardo y de tan bellas formas, que las más prudentes se pierden y se dejan burlar. De lo que hay tantos ejemplos que rayaría en importunidad el citar uno solo.» El conocimiento de semejante malignidad sirvió, sin duda, á San Dunstan que descubrió al diablo por la belleza lasciva de que se había revestido para engañarlo, y al ver las gesticulaciones que le hacía, pilló el santo con unas tenazas candentes á Satanás por las narices, sometiéndolo á la risa y la burla de un público numeroso. —Pero como los santos eran pocos y aun entre los santos, pocos tenían ese golpe de vista tan certero, se daban multitud de reglas y señales para advertir á los incautos siendo la más generalizada la que inició San Martín; la de conjurar á la aparición que se pusiera en cruz.

Los cofrades del sábado se veían libres de esa duda, porque desde luego sabían á lo que iban y el diablo no necesitaba engañarlos. El macho cabrío era de rigor en estas asambleas:

venía á ser como la razon social, como el lábaro de las fatídicas juntas. Las ceremonias que se observaban las hallamos compendiadas en algunos procesos cuyos párrafos más curiosos hemos de transcribir como prueba fehaciente y viva de la creencia general. Al referir Prudencio de Sandoval en su ya citada historia de Cárlos V la persecucion de brujas en Pamplona cuenta en esta forma las diabólicas sesiones :

«La manera que tenían en su oficio y autos ó juntas que hacian, segun sus confesiones sin discrepar confesaban, era que cuando alguna de aquellas personas entraba en la cofradía diabólica, y juntas que con los demonios hacian, si era mujer le daban un demonio en figura de un gentil-hombre, el cual dormia con ella carnalmente, y ántes de esto la hacian ciertas preguntas descomponiéndola y apartándola de la fe católica con muy horribles palabras. Luego hacian todos un corro y poníase en medio de él un cabron negro que andaba alrededor haciendo un son ronco á manera de trompa; al cual son todos comenzaban á bailar y despues hacian colacion con pan y vino y queso, y ántes de la colacion, luego que se acababa la danza, besaban todos al cabron debajo de la cola. Y luego cada una de estas brujas se ponian encima de su amigo (que si como si fuera un rocin) se volvia un cabron y se iban por el aire, untándose ántes con un unguento que les muestran á hacer de un sapo y cuervo y otras sabandijas, y van así personalmente como digo, encima de sus cabrones.»

Las obscenidades y crímenes verificados en el sábado que refieren muy espaciosamente así los escritores como los procesos no son para referidos en nuestro tiempo, en que causarían repugnancia invencible y sublevarían las conciencias páginas tan inmundas á pesar de haberse publicado con privilegio y con todas las licencias eclesiásticas. M. D'Espagnet, presidente del Parlamento de Burdeos y comisionado contra los brujos por el rey Enrique IV compuso en 1620 un poema latino titulado *El Sábado*, de cuya traduccion francesa de aquella fecha tomamos dos estrofas que apuntan los horrores cometidos por hechiceros y hechiceras en los conciliábulos infernales :

«Pires que la tempeste et que les fiers Autans
Elles font eschoüer les nauires flottants :
Et puis apres ces foles
Nous content leurs sabbats, leurs vices et leurs tours :
¡Las! leurs seules paroles
Nous ensorceleroient sans le diuin secours.

Souiuant tous les appas de l'impudicité
On voit la sœur se joindre á son frere ehonté
Et le fils á sa mere :
Chacun se estime hereux ; ainsi reste impuny
L'inceste et l'adultere,
Tout le respect des loix de ces lieux est banni.»

Las declaraciones circunstanciadas en dos procesos inéditos en nuestro país y publicados en Paris por el año 1820, casi á raíz de las ejecuciones de los hechiceros declarantes, constituyen el relato más curioso de aquellas juntas, aunque espurgado de lo que el pudor público no toleraría hoy.

Primer proceso.—El viernes 20 de Junio de 1614 el señor Lugarteniente criminal de Orleans, procediendo á la audicion de Silvano Nevillon, acusado de hechicería, ordenó—á fin de que dijera la verdad,—que le raparan y afeitaran todo el cuerpo y le mudaran de vestidos. El acusado dijo gritando estas palabras : «Como me quieren hacer morir, señores, si confieso la verdad, no me hareis rasurar.»

Ha confesado haber asistido al Sábado cerca de Nouvin, en un lugar llamado Olivete.

Dice que el Sábado se celebraba en una casa en cuya chimenea vió un hombre negro cuya cabeza no se veía, y dos cabras ó machos cabríos con un pelo negro muy largo. Había doscientas personas todas enmascaradas, excepto un sujeto llamado Ferrand. Que yendo á la ofrenda algunos daban dinero como en la iglesia.

Vió tambien otro hombre negro muy grande en frente del de la chimenea, que miraba en un libro cuyas hojas eran negras y azules, y gruñía entre dientes sin que se le entendiera palabra, alzaba una hostia negra, y despues un cáliz de mal estaño todo abollado. Vió que todos los asistentes bailaban espalda contra

espalda y los machos cabríos ó cabras bailaban con ellos. Había manjares tan insípidos que no se podían tragar y cree que era carne de caballo; añade que el susodicho hombre hablaba como si su voz saliera de una tinaja. Y vió obra de doce niños conducidos por mujeres, y que el diablo pegó con un palo á una mujer por no haber llevado su hijo como ofreció; el referido hombre regalaba pasteles á los susodichos chiquitines.

Dice que los que faltan al Sábado pagan ocho sueldos, que hay allí procesiones en las que ha visto hasta 600 personas, que los dos diablos que estaban en el Sábado el uno se llamaba el Orton y el otro Tresnesac, que se inclinaban hácia los que les llevaban sus hijos como para darles las gracias y besaban á los referidos niños (*in ano*).

Dice que ha visto al diablo de muchas maneras; tan pronto como un macho cabrío con dos caras, una por detrás y otra por delante, tan pronto como un carnero gordo.

Dice se bautiza con crisma á los niños (*las aplicaciones que les dan á esta crisma son tan obscenas que no son para referidas por más que consta muy circunstanciadamente en el original*).

Dice también haber visto hechiceros y hechiceras que llevaban al Sábado hostias que habían guardado cuando se las dieron á comulgar en la iglesia, que el diablo hacía gestos como si escupiera sobre ellas, las echaba en agua ó las pulverizaba, y que el diablo se encontraba muy contento cuando le llevaban estas hostias.

Dice que ha oído decir que por hacer morir á un hombre el diablo da ocho sueldos y por una mujer cinco.

Dice que el diablo les pega en el Sábado cuando no pueden dar cuenta de haber hecho algún mal y que les dice al separarse: «vengaos, porque si no sereis muertos.»

Que las mujeres cantan canciones en honor del diablo y que al ponerse y al quitarse de la mesa le dicen todos: «nosotros os reconocemos por nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Creador.» — Que no se puede entender bien el sermón del diablo porque lo dice gruñendo y que arrojaba polvo sobre toda la asamblea como se hace con el agua bendita.

Vió azotar el agua con una varita, y vió como en seguida el agua parecia granizo (1).

Dijo que habia visto ofrecer pan bendito é incienso, pero que no olia tan bien como el de la iglesia, y que uno de los diablos, llamado Orton, era quien lo servia, miéntras el otro diablo decia misa, y que ántes de empezarla echaba sobre el auditorio agua bendita, que estaba compuesta de orines, y hacia una gran reverencia, diciendo : *Asperges diaboli*.

La sentencia lo condenó á ser ahorcado y quemado vivo : la apelacion al Parlamento fué tenida por nula, y el hechicero fué ejecutado.»

El segundo proceso ofrece el doble interes de que se conserva el interrogatorio, el cual no sólo hace ver la declaracion de los presuntos reos, sino el procedimiento seguido en la Audiencia contra ellos. Las opiniones de los jueces ofrecen igual interés que el de los procesados. Bartolomé Minguet, de 25 años de edad, fué acusado por un vecino suyo de haber maleficiado un budin, que en cuanto éste le probó perdió el juicio; la familia tuvo algunas sospechas y de ahí surgió la acusacion de hechicería. Habiendo sido rasurado ante los jueces competentes, se le encontraron varias marcas de autenticidad indudable, y se procedió á un interrogatorio conservado por Cheny en sus *Questions notables*, y por De L'ancre en *La mescreance et l'incrédulité*.

Pregunta.—¿Dónde se celebró el sábado la última vez?—
Respuesta.—Cerca de Billeron, en una encrucijada que hay en el camino de Aix, parroquia de Santa Soulunge.—¿Cómo va al sábado?—A pié.—¿Cómo le avisan de que va á haber sábado?—El diablo viene á decírselo en forma de perro negro ó perro de aguas, y le habla en dicha forma.—¿En qué forma se presenta el diablo?—Nunca lo ha visto más que como perro de agua.—¿Cuáles son las ceremonias que ha visto en el sábado?—El diablo, en la forma supradicha, se pone en pié sobre las patas traseras, les predica, y entre otras cosas les dice que se venguen de sus enemigos; despues van á la oferta, lle-

(1) *Dixitque sabatto monstrare diabolum membri virilis formam longam sicut cereum, viditque quamdam mulierem hanc osculare partem, etc.*

vando todos en la mano velas de pez negra que el diablo les da; que le besan en el ombligo, y que estando en esto, unos le ofrecen y otros no le ofrecen nada; que la última vez él le ofreció una espiga de trigo que habia recogido en los últimos calores.—¿Qué les dice el diablo?—Que es preciso vengarse, y les da polvos para que los usen segun deseen.—¿Cómo el diablo puede dar esos polvos si se presenta en forma de perro y no tiene manos para distribuirlos?—Cuando quiere darlos los deja caer en el suelo por detras de la cola, se los hace recoger del suelo y les dice para qué sirven. Los hay para hacer languidecer las personas. Tiene en su casa el acusado un cofre lleno de esos polvos negros sin que su mujer sepa el sitio, y puede traer muestras de ellos al tribunal. Sin embargo, no los ha empleado nunca más que para el budin, motivo de la denuncia, y eso lo hizo por mera chanza, pues el mismo dia que malefició al vecino lo curó tambien.—¿Hace sus oraciones por la mañana y por la noche? ¿Qué clase de oraciones reza?—Desde que va al sábado no reza: siempre que trata de hacer oracion, lo distrae el diablo.—¿Mira la hostia cuando va á misa, y si la mira, de qué color la ve?—El diablo le ha prohibido que la mire; sin embargo, él no ha dejado de verla blanca.—¿Qué hizo la primera vez que fué al sábado?—El diablo le obligó á renegar de Dios, de su crisma y de su bautismo, y entregarse á él con promesa de no abandonarlo nunca.—¿Les pega el diablo algunas veces?—Sí, mas por su parte sólo ha sido maltratado una vez que el diablo en forma de negro y cabalgando sobre un caballo negro le salió al paso y lo apaleó, sin otro motivo que haberse negado á ir al sábado.—¿Tiene el diablo en el sábado conocimiento carnal con las mujeres que acuden?—Sí, y en presencia de todo el mundo...—¿Ha ido su mujer al sábado?—Dos veces, pues, el diablo lo obligó á llevarla, y aún la pegó porque se negaba á ir.—¿Ha tenido el diablo tratos ilícitos con su mujer?—Sí, en los referidos sábados, habiendo habido ademas algunas visitas á domicilio, aún estando él al lado de ella. Por su parte, sólo ha tenido que ver en un sábado con la mujer de Francisco Perrin y no con otras.—¿Ha visto al diablo en otra forma que en la de perro, y en qué sitio lo besan cuando van á la fiesta y á la adoracion?—Lo ha visto

alguna vez enfigura de hombre, teniendo por las riendas su caballo y que van á adorarle con una vela de pez negra, y lo besan unas veces en el ombligo y otras en la parte posterior. —¿Qué es lo que pasa en el sábado?—El procesado refiere los detalles de siempre, y añade el relato de algunas obscenidades, nombrando varias mujeres del pueblo como preferidas por Satanás en la última reunion.

Compareció despues la mujer del procesado Silvina de la Plaine, de 23 años de edad, y confesó haberse hallado en el sábado y mostró las señales con que el diablo la habia marcado. Reveló sus relaciones con Satanás, añadiendo pormenores del peor género sobre las condiciones que podiamos llamar fisiológicas del diablo.

Uno de los puntos en que más insiste la acusada, es en que su marido fué siempre testigo de todos sus actos, y ella tuvo cuidado de advertirle de todo. Las señales que le hizo el diablo fueron tan dolorosas, que pensó morir. Un dia que siendo transportada por el aire hizo la señal de la cruz, se encontró en camisa en medio del campo y tuvo que volverse á pié. El proceso termina diciendo que declaró otras varias maldades.

Por sentencia del Bailly de Brecey ambos cónyuges fueron condenados á ser ahorcados y quemados, y habiendo acudido en apelacion al Parlamento de Paris, éste, por decreto de 17 de Mayo de 1616, hizo firme la sentencia del inferior que fué ejecutada.

Limitados estos apuntes á narrar hechos, ni hemos entrado en comentarios, ni buscado explicaciones ni causas que más que á la ciencia histórica corresponden á la filosofia de la historia. Séanos lícito, sin embargo, al concluir, consignar una observacion consoladora, siquiera sea en contrapeso de lo que tiene de humillante para el espíritu humano el relato de tantas miserias y supersticiones.

Si en dos siglos se transformó la humanidad emancipando

la vida y la conciencia de las sombras de aquel imaginario tirano, hasta el extremo de parecer imposible que se haya creído en tales horrores, ¿qué reformas y renovaciones no tenemos derecho á esperar en los tiempos venideros, siendo el progreso ley esencial de las sociedades humanas?

ANDRÉS MELLADO.



EL ORTO

DE LONGFELLON



Surgió un viento del mar tranquilo y lacio,
Diciendo: «Nieblas, fuera del espacio.»
Y al paso de los buques: «Marineros,
La noche se marchó, surcad veleros.»
Y se internó por la floresta umbría,
Gritando: «Despertad, pues viene el día.»
Y á los copudos troncos: «Escuchad;
Vuestras banderas de hojas desplegad.»
Y tocó en la plumada ala del ave:
«Arriba; empieza tu trinar suave.»
Pasó sobre las chozas: «Gallo, canta;
Cerca está el día, que á lo oscuro espanta.»
Y murmuró en los campos á la espiga:
«A la aurora saluda; ella es tu amiga.»
Y al campanario encaramóse entónce:
«Campana, el sol alumbra; suene el bronce.»
Y cruzó el cementerio, entrado el día:
«Muertos, dormid tranquilos todavía.»

E. GODINEZ.





ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

SOBRE

LA LITERATURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVIII (1)

EL GÉNERO DRAMÁTICO

I.

Es evidente que el teatro refleja con exactitud el estado de cultura de un pueblo; manifiesta el punto que alcanza la alteración de las costumbres en una época y patentiza las ideas que surgen, se desarrollan ó predominan en una nacionalidad, en un momento dado de su historia.

Es el teatro, espejo en que se reproducen los caracteres que presentan todos los órdenes en una sociedad y las aficiones ó gustos de la misma.

El teatro, que en nuestro criterio, su aplicación ménos importante es el de solaz y divertimento de las gentes y su más alta misión y empleo, el de cátedra de benéfica y provechosa

(1) Véase el número 33 de la presente REVISTA.

enseñanza del conocimiento de las sociedades, de sus miserias y grandezas, virtudes y vicios y de las pasiones humanas, en cuanto éste conocimiento se dirija al perfeccionamiento moral del hombre; el teatro, decíamos, no ha deleitado grandemente, no ha dejado huellas, ni profundas ni leves, de altas y nobles concepciones en el siglo XVIII.

¿Cómo, siendo la última centuria de revolución y lucha en todas las cosas que forman el Estado, había de sustraerse el teatro á la general revuelta, y cómo, también, éste, en sus manifestaciones, dejara de retratar esa revolución y la índole de su época?

La crisis funesta y por demás lenta y angustiosa que padecía España en los últimos días del rey hechizado y en los primeros de Felipe de Anjou, se hacia extensiva á todo; pagando el arte dramático su triste tributo de decadencia y esterilidad.

El teatro español, que en el siglo XVII fuera asombro y admiración de propios y extraños (1), ya por su alteza en las ideas y concepciones, ya por la fecundidad en sus bellezas y encantos, ya por el carácter profundo y filosófico que le caracterizaba; en la primera mitad de la siguiente centuria, muéstrase arruinado y envilecido, pobre de asuntos y de grandes pensamientos, de gusto extravagante y chavacano, falto de ideal, y sobrado de frivolidad é insulsez.

¡Triste es, en verdad, despues de leer la historia de la literatura española por sus páginas del siglo XVII, los gloriosos nombres de Calderon, Tirso, Alarcon, Moreto, Lope y Rojas, y las creaciones imperecederas *La Vida es sueño*, *Marta la Piadosa*, *García del Castañar*, *El desden con el desden*, *La verdad sospechosa* y *El mejor alcalde el Rey*, pasar luego la vista por las del siglo XVIII (su primera mitad) y hallar los malhadados de Zamora, Comellas, Cañizares, Valladares, Zabala, Arellano y otros, juntamente con títulos como: *San Pascual Bailon*, *Quitar del cordel el cuello en la más justa*

(1) Los españoles (dice Voltaire) tenían en todos los teatros de Europa la misma influencia que en los negocios públicos; su gusto dominaba tanto como su política.

venganza ó el padre fundador del hospital más famoso, el venerable Anton Martin; Los mártires de Toledo y Tejedor Palomeque; La mujer más penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesús, hija de la venerable orden Tercera de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo; con un sinnúmero que le siguen del mismo jaez y pelaje! (1).

¡Quién dijera en el siglo de Cervántes, que el teatro español, ejemplo por todos imitado; maestro de quien recibian sus enseñanzas extrañas gentes; norte y guía de los dramaturgos coetáneos; poderoso y arrogante llevando la batuta en el gran concierto teatral de Europa, habia en el siglo XVIII de arrastrarse torpe y perezosamente en la senda trazada por una dramática imitadora de aquella, que tantos aplausos recogiera y conquistara para España inmarcesibles lauros!

II.

EL TEATRO Y EL CLERICALISMO.

No sólo se hallaba la dramática en España asaz degenerada y envilecida, ya por culpas de autores, ya por el estado anómalo del país, sino que sufría los rigores de una época en que gentes que aún tenían en sus manos poderes y elementos bastantes á entorpecer la marcha del progreso y de la cultura, manteniendo á la mayoría en una deplorable ignorancia (objeto de su explote, fundamento de sus riquezas y encumbramientos), esgrimian con santo furor toda clase de armas de su ministe-

(1) «El teatro español recogió los aplausos y los elogios de toda la Europa y sirvió de algun modo para despertar las dormidas y aletargadas fantasías de los dramáticos modernos.

» Este universal crédito, que en aquel siglo obtuvo el teatro español, se ve bien contrapesado con el general desprecio en que en el día está tenido de todos los críticos modernos: si entónces se oían con ruidosos aplausos algunas comedias españolas, ahora, el nombre sólo de tales comedias, excita la risa y el oprobio de los censores cultos.»

(*Historia de la literatura*, por el abate D. Juan Andrés.)

rio, haciendo poderosos, jigantes esfuerzos por mantener vivo su ascendiente y su dictadura que veian decrecer, extinguirse y derrumbarse.

Durante el siglo XVIII, á excepcion de cortos interregnos, el teatro veíase agobiado bajo las imposiciones del clericalismo (1). Esta clase de gentes, que debieran por su condicion y doctrina ser ejemplo constante de humildad, obediencia y mansedumbre, en todos los tiempos se las observa soberbias, irascibles, díscolas y dominadas por cuanta pasion abominable existe, reveladas y hostiles siempre ante las instituciones, ante las leyes y ante todo lo que pueda atacar ó menguar su imbécil é interesado lucro ó torcer su prétension y su cálculo.

Burlando las disposiciones de reales cédulas y pragmáticas, se lanzaban al acometimiento de toda suerte de coacciones, de arbitrariedades y hechos incalificables: *consígase nuestro propósito y no reprobemos medios*, éste era su lema, esta su consigna.

Respetables varones, circunspectos prelados y altos dignatarios de la Iglesia, siempre que sus elementos se lo permitieran, y en tanto les fuera dado desobedecer manifiestamente las órdenes gubernamentales, prohibian en absoluto la apertura de los teatros y la representacion de comedias (2).

Una vez llegado el momento de resistencia suprema, se resiste titánicamente por todos los resortes y mañas hacederas (3).

Manifestada una ocasion de explote á la ignorancia y al fanatismo (mantenidos ámbos constantemente por su intransigencia), cultívase con esmerado celo y aprovechamiento (4).

(1) «La guerra entre la Iglesia y el Teatro se mantuvo viva durante todo el siglo XVIII y hasta fines del reinado de Fernando VII en el XIX.»—Tiknor. *Historia de la literatura española*. T. 4.º pág. 145.

(2) Diócesis y ciudades como las de Lérida, Palencia, Calahorra, Zaragoza, Alicante, Córdoba y otras, estuvieron sometidas á la influencia del clero hasta el año 1807.

(3) En Múrcia, resistiéronse á abrir el teatro (desde 1734 á 1789) las autoridades eclesiásticas; negando los sacramentos á los actores y procurando privarlos del goce de sus derechos civiles, imposibilitándolos de recibir mandas y legados.

(4) Hácia los años de 1748 á consecuencia del terremoto acaecido en Valencia y bajo la influencia del arzobispo de aquella ciudad permaneció cerrado el teatro por espacio de doce años.

La cátedra del Espíritu Santo, tribuna sagrada desde donde parten las predicaciones, donde se enseña el Evangelio, donde se ha de exhortar al pueblo á la virtud, á la caridad y al ejercicio de la moral del Crucificado, truécase en especulacion miserable, en propaganda criminal que conspira á detener la impercedera é inatajable marcha del cultismo y de la civilizacion (1).

El terrible tribunal de la Fe y el confesonario, depósito de los más recónditos pensamientos de la conciencia, son instrumentos de que se valen para lograr el éxito de sus depravados propósitos (2).

Jamás tuvo peor empleo la prensa, que en la impresion de varios libros que vieron la luz pública, pretendiendo demostrar (absurda pretension) lo ilícito é inmoral de ver representar comedias (3).

(1) Las predicaciones del P. Calatayud en sus misiones por España, verificaron una gran reaccion en las provincias, haciendo solemnemente algunas voto de no ver ni permitir representacion de comedias.

(2) Tal maña se dieron la Inquisicion y el confesonario, que en muy pocos años destruyeron y aniquilaron la más antigua y copiosa coleccion de comedias publicada en España y la que más deseáramos hoy poseer.

(3) Fueron varios los libros que se publicaron en contra de las comedias.

Pantoja, ó resolucion histórica-teológica de un caso práctico de moral sobre lo ilícito de las comedias, acusado á un presbítero de Murcia. Otra, cuyo título no recuerdo, del P. Calatayud, y otra *Consulta teológica acerca de lo ilícito de representar y ver comedias*, escrita por el P. Gaspar Diaz. A esta obra contestó el célebre primer actor de los teatros de Madrid, Manuel Guerrero en otro libro, y entre otras muchas cosas primorosas, decía el cómico al teólogo: «Estas son las pruebas de razon que sobre este punto halla mi razon y mi experiencia; y no juzgue V. Rma. que por ser de un cómico, ha de salir tan desvalida, que toque en despreciada por ignorante; pues para saber ponerme en los principios con la formalidad de la escuela, debo á la Sagrada Religion de V. Rma. las más preciosas luces; pues bebí sus reflejos en la Gramática, al Rmo. P. Quadros; en la Retórica, al Rmo. P. Cervantes; en las Símulas, al Rmo. P. Zurita; en la Filosofía, al Dr. Tablada y en la Teología al Dr. Granados y al Rmo. P. Cárdenas; esto he dicho para que habiendo formado V. Rma. tan bajo concepto de los cómicos, no se persuada á que esta es resentida respuesta de la ira sino legítimo parto de la verdad y el conocimiento.» (a)

(a) Orígen del teatro español por don Manuel García de Villanueva Ugalde y Parra.—T. único, pág. 321.

Encargados de la censura de las obras literarias, de los libros y de las comedias, prohibían ó desechaban todo aquello que pudiera dañar ó atacar á su mal entendida moral, recato y decencia ó á los dogmas de la fe católica; y ¡quién sabe si por esta circunstancia estaremos privados hoy de apreciar y atesorar ricos modelos de notable literatura! (1)

En cambio en los recintos sacratísimos de los templos y en las austeras casas de comunidades de religiosos y religiosas regidas por las mas estrechas reglas, verificábanse espectáculos soeces, ridículos y de alta heregía, como los de representar *autos sacramentales* en que figuraban como personajes más principales el Redentor, María Santísima y todos los Santos de más ascendiente de la Côte Celeste, dando esto motivo á escenas nada edificantes, teniendo á la postre que expedir el monarca real cédula prohibiendo tanto escándalo y tanto abuso incalificable (2).

La circunspeccion y continencia del crítico estréllase aquí, y no es dado apuntar tales hechos, sin que se exalte el ánimo más sereno, y de la pluma salgan en raudales los apóstrofes más duros y las censuras más ágrias y desabridas (3).

(1) Llegaron á prohibir de 500 á 600 comedias, no parando mientes en la calidad ni género de éstas. Entre las prohibidas se hallaban: *La Vida es sueño*, de Calderon, y *El tejedor de Segovia*, de Alarcon.

(2) Real cédula de 11 de Junio de 1753.

(3) El docto escritor y juiciosísimo crítico D. Antonio Ferrer del Rio en su *Historia del reinado de Cárlos III* (T. IV) refiere un hecho acaecido referente á la intransigencia de los eclesiásticos en materia de ver y representar comedias y que repetimos aquí porque no deja de ser chistoso y retratar muy bien el carácter de aquella época; y manifiesta patentemente el carácter de la lucha que le presentaba constantemente el clero al teatro y á los actores; dice así: «... Deseosos el príncipe de Astúrias y los infantes de que cierto Carnaval se representara alguna comedia en el Pardo, valiéronse de un confidente para insinuárselo al corregidor Armona: éste habia de explorar la voluntad del P. Vela — confesor de las personas reales. — Lo que pasó entre ambos, se halla escrito por grave pluma: «El domingo »hizo su visita (escribe Armona hablando de sí propio). Buena introduccion, buenas palabras y plácido humor. Tanteado el vado, le hizo su »abertura en tono de pedir consejo y proteccion para algunas funciones »muy decorosas de música y alguna comedia, si la familia real gustase de »ellas, como cosa de Carnestolendas. ¡Tú que tal dijiste! Se transformó el »hombre, y con semblante adusto y tono de mision de plaza, le dijo: No, »señor corregidor; ni imaginarlo. ¡Comedia! Primero me dejaré cortar la

En vano algunos autores tratan de mitigar un tanto esta conducta del clericalismo para con el arte dramático en el pasado siglo; inútil su esfuerzo y sus pueriles consideraciones de si existia cinismo, desvergüenza y libertinaje en los actores; ó ya que obraba movido por la influencia de los partidarios de tal ó cual escuela ó bandería literaria: ni ocurría lo primero de la manera que tratan de demostrar, ni habia necesidad de lo segundo; pues que el clericalismo por sí y sin la iniciativa de extrañas gentes es muy dado á esta suerte de conspiraciones, mucho más cuando en ella tenian un medio de satisfacer sus intransigentes miras; y á más de esto, ¿qué ganaba el clericalismo español al proteger con sus poderosos elementos ésta ó aquella faccion literata? ¿No eran ellos, por sí solos sin ayuda de ninguna especie, bastantes á contrariar el grupo, la fraccion de hombres de letras, cuyas aspiraciones ó tendencias les fueran desfavorables? ¿No disponian de armas tan tremendas como la censura por ellos y su influencia en las regiones del gobierno y en el ánimo de los reyes?

No hay excusa ni pretexto: los hechos que hemos apuntado, los comentarios que lógicamente hemos aducido y otros infinitos acaecimientos tan indecorosos como los consignados en el presente capítulo y que omitimos en gracia de la razon y del decoro, son de tal naturaleza, han sido tan públicos y patentes, que es imposible desvirtuarlos ni negarlos sin incurrir en la infraccion más absoluta de la verdad.

Y como de seguir examinando estas dos instituciones en la historia del pugilato que celebraron en el siglo XVIII, sería necesario acentuar más nuestra crítica, hasta el punto de que, lo que llevamos dicho, fuera pálido y sin sazon si se compa-

»cabeza (y se daba una cuchillada con la mano en el pescuezo) que permitir-
 »las en los sitios reales. ¡Vayan á los infiernos esas comedias de los infier-
 »nos! ¡A los infiernos! repetía levantando el tono con un énfasis que no se
 »puede explicar. Trabajando la lengua sobre la R cuando decia *infiernos*
 »y rechinándola contra el cielo de la boca, hacia una solfa tan detenida
 »como armoniosa, que el corregidor para no romper en risa se mordía los
 »labios. ¡Vayan esas comedias á los infierrrrrrnos, á los infierrrrrrnos, á los
 »infierrrrrrnos!—¡Pues señor, que vayan! le replicó el corregidor para aca-
 »bar la escena canina de la R rabiosa.»

rara con lo que habíamos de decir; no siendo nuestro ánimo que este ensayo modesto que sobre la historiade la literatura española hacemos, se convierta en violenta y agresiva disertacion de la que no habia de salir bien parada alguna secta ó agrupacion religiosa, para mí siempre respetable, como todas, doy punto aquí el enojoso capítulo *El teatro y el clericalismo*.

III.

DECADENCIA, LUCHA Y RESTAURACION.

Si revisáramos con detenimiento las historias de la literatura de las naciones cultas, acaso nos fuera imposible hallar en ellas un período de decadencia tan sensible y doloroso como el que en España se sentia en el primer tercio del siglo XVIII, con referencia á la dramática, particularmente.

Verdad es, y verdad amarguísima y funesta, que en dicha época, la ciencia yacia olvidada de las gentes y sólo hallaba refugio y calor en determinadas inteligencias y cerebros.

A más de ser muy limitado el número de escuelas, en ellas no se enseñaba cosa de verdadera importancia, ni se profundizaban los estudios pocos que se hacian. «Todas las cátedras de las Universidades (dice D. Diego de Torres y Villarreal, profesor de matemáticas y astronomía en la Universidad de Salamanca), estaban vacantes y se padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura geométrica se miraba en este tiempo como las brujerías y las tentaciones de San Antón, y en cada círculo se les antojaba una caldera donde hervian á borbotones los pactos y los comercios con el demonio... Pedí á la Universidad la sustitucion de la cátedra de matemáticas, *que estuvo sin maestro treinta años y sin enseñanza más de ciento y cincuenta.*»

En semejante estado la enseñanza, perturbado el país con la guerra de sucesion (última manda de la soberbia casa de Austria); teniendo en cuenta que los esfuerzos del genio y de

la inspiracion son de suyo más perezosos y lentos que los que en otros órdenes pueden hacerse; no pudiendo en la medida que debiera, el Gobierno, atender al cultivo de las inteligencias para obrar una bondadosa reaccion en pró de las letras patrias, por haber de acudir á graves asuntos políticos en que se hallaba empeñado el reino; natural se halla la carencia absoluta de buenos escritores, y por tanto, que el teatro viviera desamparado de las obras que por su índole y méritos pasan á la posteridad causando la admiracion de propios y extraños.

Dos vates, únicos que, entre la muchedumbre de autores que se disputaban afrentar á la excelsa Talía, deben recordarse aquí como notables, ya por ganar la primacía en los desaciertos y extravagancias en que abundaban los demas, ya porque en algunas de sus obras dieron muestras de buenos talentos cómicos y no faltos de condiciones, que, á ser bien guiadas, en vez de torcidas y mal encaminadas, hubieran legado inestimables joyas dramáticas al par que estorbaran el rumbo pernicioso y aciago que de allí adelante siguieran chavacanos autores, convirtiendo la escena española en una de las más envilecidas y degeneradas de Europa.

Estos vates aludidos fueron Zamora y Cañizares. El primero de estos, mal inspirado y peor dirigido por su inspiracion pretendió imitar á Calderon, por ver si el teatro se alzaba á la altura que lo encumbró el más insigne de los dramaturgos hispanos. Inútiles esfuerzos, estériles propósitos; sólo consiguió seguir las huellas de aquel insigne maestro en lo que de errores tenia, siendo al cabo su éxito tan infeliz, como grande su deseo, noble y generoso.

En tanto que se esforzaba vanamente por continuar los esplendores del Teatro Español del siglo xvii, desperdiciaba los elementos que poseia para haber dado á la escena dias de gloria, si en vez de aglomerar tanta sandez en sus numerosas comedias de figuron y de tramoya, de vidas de santos, de asuntos históricos disparatados, de mitología, de hogueras y batallas, de afrentas y desafíos, hubiera cultivado las en que se censuran vicios y ridiculeces, preocupaciones y supercherías de la sociedad.

Muestra evidente de esto es la comedia que escribió con el título de *El hechizado por fuerza*, en que, según la voz común, criticó al visionario é imbécil Carlos II. Esta producción dramática, no sólo fué recibida con aplauso en su tiempo, sino que hoy ocupa un lugar de no poca preferencia entre las notables, por su gracejo, oportunidad y buena dición (1).

Cañizares es el autor que va siempre unido á Zamora, por ser ámbos de la misma índole en sus producciones, en sus deseos y en sus delirios.

Este dramaturgo, se dió con una vehemencia y furor á las obras de figuron y de tramoya, y á todas las aberraciones y sandeces tan en boga en su época, que es por demas. Probó en todos los géneros, y así se ven, entre las ochenta y más obras que dejó escritas, revueltas en admirable confusión, tanto tragedias como zarzuelas, vidas de santos, historiales, cómicas, etc.

Cañizares, como Zamora, adoptó todos los géneros, ménos el que estaba llamado á cultivar, con provecho de su nombre y gloria de la escena española; prueba esto, las dos obras que tituló el *Dómine Lucas*, y *De los hechizos de amor, la música es el mejor, ó el montañés en la córte*, ámbas á cual más selectas, en que se admiran la fuerza cómica, estilo castizo y habla chistosa y de gracejo.

Por el tiempo de estos dos vates llegó á tal estado la corrupción del gusto, que el más ignorante ó insulso, hallábase en condiciones suficientes para escribir comedias, recibir aplausos en la escena y apellidarse autor distinguido ó acreditado. El Parnaso español era incapaz á contener tanto poetastro. Multiplícábanse los escritores con tal profusion y celeridad, que habiéndolo sido aquellas personas que parece más natural que lo fueran, alcanzó á toda suerte de ciudadanos, así al sastre como al vidriero, al hortera como al herrero.

Efecto de esta afición desmedida de las gentes por ocupar

(1) Yo poseo dos tomos de sus obras, y entre las comedias que en ellos se contienen, apenas si puede indicarse una como meritoria de atención y crítica.

un sitio en el Parnaso español, siquiera este sitio fuera el más bajo y ruin, sintióse tal abundancia de autores, que en ménos de un siglo ascendieron á más de 250 (1) los que dieron obras al teatro, contándose más de 2.000 dramas y comedias.

Entre tanto iluso son contados los que han merecido que la crítica analice y censure sus monstruosidades y que la posteridad consigne sus nombres, siquiera sea para abominarlos y execrarlos. Uno de los que representan más genuinamente la decadencia dramática es D. Luciano Francisco Comella, el cual se ha conquistado apóstrofes tan donosos como el que le dedica el Sr. Gil de Zárate, diciendo que era el *prototipo de los poetas menguados y faltos de sentido comun*.

Si uno de los críticos más juiciosos y eminentes de España escribe de esta suerte, refiriéndose al héroe que acaudillaba tan tremenda legion de ridículos escritores, fácilmente se convencerán los que esto lean de lo inútil que sería mi afan en analizar y estudiar sus engendros.

Si ahora fijamos la atencion en el aspecto que presenta el teatro en su parte material, si lo consideramos bajo sus fases de forma y organizacion, el atraso y estancamiento es aún más sensible, observándose que si infame era la depravacion del gusto de escritores y público, no le va en zaga el asilo y hogar que cobijaba á ambos, no teniéndose, por tanto, que *echar en cara* el uno al otro su ruindad y rebajamiento.

Verdad es que si el teatro no recibia reformas beneficiosas y cultas, la culpa no es en totalidad de los actores y del pueblo. Este fué por sí solo el único mantenedor de semejantes espectáculos, mediante su asiduidad y el óbolo, con que (aunque desgraciadamente exiguo), contribuian en favor del arte dramático. Cábele una parte y no pequeña de culpabilidad á los gobernantes que embarazaban la accion de los teatros, y descuidaban, cuando les daban libertad (2), la conveniente y necesaria

(1) Más del doble pudiéranse añadir si no fueran tan rematadamente malas las restantes que ni aún merecieron la distincion de ser apuntadas para que la posteridad las conociese.

(2) -Sobreponiéndose á las gestiones y amaños del clero.

ayuda de que eran menester, y tambien contribuyó al estado precario y difícil del teatro nacional, la injusta proteccion que determinados monarcas ejercian en favor de las óperas italianas.

Eran los teatros unos grandes corrales á cielo abierto, con tres corredores alrededor, divididos con tablas en corta distancia que formaban los aposentos: uno muy grande y de mucho fondo en frente de la escena, donde se sentaban las mujeres; debajo de los corredores habia unas gradas; en el piso del corral hileras de bancos, y detrás de ellos un espacio considerable para los que veian la funcion de pié, que eran los que propiamente se llamaban *mosqueteros*. Cuando empezaba á llover, corrian á la parte alta un gran toldo; si continuaba la lluvia, los espectadores procuraban acogerse á la parte de las gradas debajo de los corredores; pero si el concurso era grande, mucha parte de él tenía que salirse ó tal vez acababa el espectáculo ántes de tiempo. La escena se componia de cortinas de indiana ó de damascos antiguos, única decoracion de las comedias de capa y espada. En nuestra niñez (dice Moratin, don Leandro), hemos oido recordar con entusiasmo á los viejos *aquel romper de cortinas de Nicolás de la Calle*. En las comedias que llamaban de teatro, ponian bastidores, bambalinas y telones pintados, segun la pieza lo requeria, y entónces se pagaba más á las puertas.

Más adelante, el Gobierno hizo construir en el mismo sitio donde se hallaban los dos corrales, dos nuevos teatros (1743-1745).

Esta importante reforma no impidió que las impropiedades en la escena continuaran siendo tan enormes y ridículas como las de aparecer ante el público nada ménos que Semiramis, peinada á la papillota, con arracadas, casaca de glasé, vuelos angelicales, paletina de cuadros, escusalí, tontillo y zapatos de tacon; Julio César, con su corona de laurel, peluca de sacatrapos, sombrero de plumaje debajo del brazo izquierdo, gran chupa de tisú, casaca de terciopelo, medias á la virulé, su espadin de concha y su corbata guarnecida de encajes. Aristóteles—como eclesiástico, dice chistosamente Moratin—sacaba su vestido de abate, peluca redonda con solideo, casaca abo-

tonada, alzacuello, medias moradas, hebillas de oro y baston de muletilla (1).

En gran inquietud pusieron á los hombres de talento y amantes de las letras patrias los estragos que hacia la preponderancia que adquirian los corruptores del gusto dramático. El que primero alzó la voz lanzando una protesta contra la corrupcion de la literatura, y con especialidad en el arte dramático; el que hizo esfuerzos inauditos y luchó contra todos los ignorantes é infatuados escritores de aquella época, fué D. Ignacio Luzan; delicado y fino amante de la prosperidad y cultura de la Talía española.

En su obra asentó los sanos principios, mostró las doctrinas verdaderas, explicó las reglas y abrió, en fin, la senda por donde habian de guiarse los que á las letras se dedicaran, si quisieran alcanzar, ya que no el dictado de ingenios sublimes (porque les faltaran en su sér el gérmen de la sublimidad y del ingenio), el de escritores doctos, juiciosos y recomendables.

Este eminente retórico y crítico, no sólo practicó la predicacion, sino que dió el ejemplo por sí mismo de cuál era ó podia ser el medio ó la forma de levantar al Teatro Español de la postracion en que yacia. Él fué el que concibió la idea de ir acostumbrando insensiblemente al pueblo á las composiciones bien dispuestas, traduciendo al efecto comedias del francés.

La razon contra la moda (2) tradújola Luzan con bastante acierto, aún cuando no escasean en la traduccion defectillos y errores, á veces no dispensables en autor semejante.

Esta conducta seguida por el autor de la *Poética* tuvo imitadores; muchos, que no disfrutaban el goce de entendimientos é ingenios creadores, tradujeron comedias extranjeras. Así

(1) Bien quisiera detenerme al hablar del teatro bajo este aspecto; mas como no sea la índole del presente ensayo hacer la historia del teatro, sino un juicio crítico de la literatura dramática, cierro con lo dicho hasta aquí, cuanto hubiera podido apuntar en aquel concepto.

(2) La comedia original es de M. de La Chaussée, y se intitula *Le préjugé á la mode*.

en esto como en lo que se refiere á mostrar los errores de los antiguos dramáticos, hubo otros escritores que siguieron las huellas de este paladin del buen gusto.

La lucha está iniciada: autores respetables y doctos inclinanse á introducir en la escena española el gusto de la escuela clásico-francesa; y otros vates de reconocida reputacion esfuéranse por vindicar al Teatro Español del siglo xvii del concepto poco lisonjero en que á la sazón era tenido, y colocarle á mayor altura que todos los de Europa.»

Representa la primera facción D. Agustín de Montiano y Luyando; la segunda D. Vicente García de la Huerta.

Montiano y Luyando escribe dos tragedias ajustadas á los modelos franceses: *Virginia* y *Ataulfo*. Ambas carecen de calor y movimiento, y no sirvieron más que para señalar la ruta que habia de seguirse, y estimular á otros á que le acompañaran en ese camino, á fin de que fueran desarraigándose preocupaciones injustificadas.

A más de algunas traducciones que del francés se hicieron por entónces, D. Nicolás Fernández de Moratín, practicó varios ensayos para introducir el gusto de la escuela francesa, entre los que deben citarse del género trágico: *Lucrecia*, *Hormesinda* y *Guzmán el Bueno*, de bella versificación y de bastante mérito artístico; y del género cómico la *Petimetra*, que ni siquiera llegó á representarse.

Siguen á estas obras, en el sentido clásico francés, el *Don Sancho García* del coronel Cadalso; la *Numancia destruida* de D. Ignacio López de Ayala; el *Munuza* de Jovellanos; el *Idomeneo*, la *Zoraida*, la *condesa de Castilla* y el *Pítaco* de Cienfuegos; y el *Duque de Viseo* y el *Pelayo* de Quintana, del género trágico. Del género cómico citaremos *El filósofo casado* de Forner; *El Señorito mimado* y *La Señorita mal criada* de Iriarte, que tradujo algunas obras de Voltaire y de Destouches, y la para mí bellísima del eminente Jovellanos, titulada: *El delincuente honrado*.

D. Vicente García de la Huerta, uno de los más inteligentes é ilustrados adversarios del teatro francés, publicó por el año de 1785, una colección de comedias antiguas y entremeses, bajo el epígrafe de *Teatro Español*, con objeto de reanimar el

arte dramático del siglo xvii. Este esfuerzo, tal vez hubiera rendido los beneficios que eran de esperar, á no haberse incluido en dicha coleccion, comedias como las que agrupó Huerta, con bastante mal gusto, y si á Lope no se le omitiera como lo omitió el partidario de la escuela clásica española.

Esto, unido á que D. Vicente García de la Huerta, practicó todo lo contrario de lo que habia predicado, y á que los autores que le seguian carecieran de vigor y fuerza bastante á contrarestar con sus talentos y disposiciones la invasion del teatro español por el francés, fueron causas suficientes para que la victoria se decidiera á favor de los partidarios de la escuela de allende el Pirineo.

Huerta, no sólo fué derrotado en absoluto, sino que le alcanzó el contagio: á más de traducir algunas obras como la *Zaira* de Voltaire, escribió con arreglo á los modelos franceses, una tragedia de verdadero mérito, por su plan bien combinado, por su accion interesante, por la excelente traza de sus caracteres, por la observancia de las unidades clásicas, por su lenguaje brillante, por sus versos estimabilísimos y por las escenas bien dispuestas y de verdadero carácter patético. *La Raquel*, que así se intitula esta tragedia, es sin disputa una obra que debe figurar juntamente con las más celebradas que se produjeron en el pasado siglo.

Acaba el período de lucha, que tanto contribuyó á reanimar el Teatro Español, y comienza el momento de restauracion.

Moratin, padre, inició la obra restauradora, y Moratin, hijo, viene ahora á consumarla.

Este último ingenio, comparable siempre al insigne Molière, representa en el Teatro Español del siglo xviii, una de sus figuras más notables; acaso la más importante, por los imponderables beneficios que le reportó con su númen y su estro.

La Mojigata, *El Viejo y la niña*, *La comedia nueva ó el Café* y *El sí de las niñas*, son comedias que honran á la escena española y la enaltecen grandemente. Su importancia es mucha; su exámen, si ha de guardar relacion con la transcendencia que entrañan las obras, ha de ser detenido y medi-

tado; por tanto, y teniendo presente que en este lugar se hallan muchas más que dejamos citadas con anterioridad y las que representan al inimitable D. Ramon de la Cruz, que han de ocupar un buen espacio, damos aquí punto; prometiéndonos en dos artículos, titulados *Tragedias y Comedias*, hacer la crítica detenida, en cuanto lo requieran su mayor ó menor importancia, de las escritas en la pasada centuria.

DR. RISTOIRE.

Madrid, Mayo 1877.





LA PROPIEDAD TERRITORIAL (1)

Perdonen los sábios de nuestro país si todavía, despues de las excomuniones lanzadas contra los que defienden la necesidad, justicia y conveniencia de la abolicion del sistema foral de Galicia, nos atrevemos á volver sobre la cuestion. Jamás enmudecieron las convicciones profundas; y por otra parte, no en vano hemos venido recogiendo con todo el interes que la alteza del asunto inspira, los artículos, informes y memorias publicados en estos dos últimos años.

Se nos ha dicho, á los que tuvimos valor bastante para afrontar las iras de ciertos hombres, que queriamos igualar, pero igualar en la miseria, á todas las clases sociales; se ha propalado que éramos enemigos de la propiedad; se nos ha calificado de ignorantes; se ha supuesto que con predicaciones insentatas pretendiamos captarnos un momento para menguados fines el favor popular; y hasta se ha escrito—al censurar los breves trámites establecidos en la ley de 20 de Agosto para los expedientes de redencion de cargas perpetuas—que renegábamos *por majadería (sic)* de la noble profesion forense,

(1) Este artículo está destinado á ser el capítulo preliminar de la segunda edicion de *Los Foros de Galicia*, notablemente aumentada, que el autor se propone publicar en breve.

sabiendo el mismo que tan néciamente nos acusaba, que si es verdad que no ilustramos la toga, porque á esto no alcanzan nuestras luces, la vestimos con tanto honor como el que más.

Con toda esta buena fe, con toda esta hidalguía se nos ha tratado. Algunos que nos habian estimulado á presentar en las Córtes el proyecto de reforma, y otros que se decian amigos, fueron precisamente los que más se apresuraron á arrojarnos la primera piedra, cuando nos creyeron vencidos.

Hoy, como en los dias en que Fíguero escribia sobre polémica literaria, el argumento capital contra la doctrina que se impugna, cualquiera que sea, es de ordinario el ataque personal á su mantenedor. ¿La cuestion versa sobre tabacos? Pues averigüe V., preceptuaba irónicamente el malogrado Fíguero, si el adversario tiene alguna berruga en la nariz, y duro en la berruga!

Los impugnadores de la ley de 20 de Agosto de 1873 han ido más allá todavía, han llegado hasta la calumnia. Al señalarnos como enemigos de la propiedad á los ojos de las gentes sencillas quisieron olvidarse de que fueron los ilustres fundadores de la libertad política los que borrarón de los códigos modernos la pena de confiscacion, y los que declararon sagrado é inviolable el derecho de propiedad. Sólo espíritus enfermos pueden tener miedo á la sombra de Babeuf. El comunismo es una utopia completamente desacreditada.

Mas para fundar la acusacion invocáronse lo literal de los contratos, la fuerza de los hechos consumados, los intereses de las llamadas clases conservadoras. Lo mismo se dijo cuando se decretó la abolicion de los señoríos jurisdiccionales, la del diezmo y el voto de Santiago, la supresion de los mayorazgos y la desamortizacion civil y eclesiástica. Es el argumento que en pro de su execrable egoismo invocan los negreros.

Pero hay algo superior á las convenciones humanas, algo que, áun contra la voluntad de los poderosos, transforma las instituciones acomodándolas al grado de cultura presente de la sociedad, la idea del derecho, tal y como se revela en la conciencia.

Algunas instituciones cayeron en estos tres últimos siglos á los rudos golpes de la filosofía. ¿Sucederá lo mismo con la propiedad? No, contesta Proudhon. Sosiéguese, pues, las almas tímidas.

Es cierto: nada de lo que es esencialmente humano podria desaparecer sin que desapareciese la humanidad. La propiedad se impone como un hecho necesario, lo mismo la territorial que la que reviste otras formas. La propiedad es ni más ni ménos que el resultado de la aplicacion inteligente de nuestras facultades á la explotacion de los materiales y fuerzas de la naturaleza. Es sagrada, porque la santifica el trabajo; individual é inviolable, porque lo que uno ha producido con su trabajo nadie tiene derecho á arrebatárselo; necesaria, porque sin ella el hombre no podia procurar el desenvolvimiento armónico de sus facultades físicas, morales é intelectuales,

que es lo que constituye su destino en la tierra. La sociedad — dice Pelletan — no existe sino *por medio* de la propiedad territorial. Sin ella nunca ha habido sobre la tierra inculta más que razas vagabundas, que pasan y no dejan tras sí más que polvo.

Si por un error de óptica no se había visto en la propiedad mobiliaria, como en la inmobiliaria, la intervencion de la naturaleza, una más intensa luz científica ha permitido ver las cosas en toda su realidad. El vendedor de marfil no ha creado el diente del elefante, ni la lana y la seda el fabricante de tejidos, como no ha creado la tierra el propietario territorial. Pero sin el concurso de la naturaleza sería imposible el trabajo; y en el resultado de todo trabajo, en todo producto, en toda propiedad coexisten, indisolublemente combinados, la accion de la naturaleza y el trabajo humano.

La limitacion de ciertos dones no afecta en nada á esta idea de la propiedad. A nadie le ha ocurrido, ni le ocurrirá ciertamente, invocar el comunismo respecto de las obras del arte griego porque haya muerto hace siglos el genio creador de la culta Atenas. Este otro problema se resuelve satisfactoriamente por una de las admirables leyes de la mecánica social, por el cambio.

Pero la propiedad será tanto más respetable cuanto mejor contribuya á la realizacion de estos dos altos fines: la dignidad del hombre y el mejoramiento de la sociedad.

Socialistas insignes, que durante largo tiempo habian combatido aquella institucion, han concluido por reconocer y confesar su legitimidad, atendiendo á sus fines más que á su origen. Importa, pues, aceptar sinceramente este abrazo de reconciliacion, que inicia sin duda una época de armonía fecunda en bienes.

No puede ni debe ser, pues, la propiedad territorial instrumento de servidumbre, ni causa de paralización ó retroceso: y donde quiera que aparezca con estos caracteres, los hombres pugnarán por transformarla acomodándola en lo posible al ideal de justicia. La historia de las revoluciones es sin duda la de estas transformaciones de la propiedad. Provocadas aquellas por la resistencia de los privilegiados, que jamás pudieron contener despues su invasor movimiento, fueron y son de continuo la pavorosa esfinge que amenaza gravemente la paz pública. Démonos prisa á descifrar el enigma, y á cerrar para siempre el largo y tormentoso período de los cataclismos sociales.

Para que la propiedad territorial pueda ser medio de realizacion de los dos grandes fines que le asigna su misma naturaleza, debe de estar organizada de manera que sea:

- 1.º Un elemento de progreso agrícola.
- 2.º Un elemento de progreso en el orden económico.
- 3.º Un elemento de progreso moral y político.
- 4.º Una garantía de orden en el Estado y de libertad para el individuo.

Para alcanzar lo primero, debe facilitarse por todos los medios po-

sibles la consolidación del dominio en donde quiera que esté ó aparezca dividido. Sin proscribir de ningún modo la serie de contratos que establecen equitativas relaciones entre el capital y el trabajo (*aparcería de cultivo, arrendamientos, censos redimibles*), ántes por el contrario, fomentándolos, debe la ley favorecer al mismo tiempo el ascenso del colono á propietario absoluto; porque cuanto más provecho espere alcanzar de sus afanes, tanto mayor será su interés en el cuidado y cultivo de la tierra, amada por el campesino con un amor sin límites, como dice Michelet.

Por otra parte, el labrador-propietario, residiendo en medio de sus heredades, *fecundizándolas con su mirada*, es el tipo contrario al del señor ausente: devuelve á la tierra en forma de capital sus ahorros, hace más intenso el cultivo, ensaya nuevos métodos de labranza, estudia el medio de perfeccionar los productos, rotura los terrenos baldíos, construye acequias, muros, graneros, almacenes y bodegas, sana los improductivos eriales, y contribuye directa y eficazmente al aumento de la riqueza pública, porque cada vez suministra á la sociedad mayor cantidad de medios para la satisfacción de las necesidades humanas: honrado, laborioso y pacífico, trae á la memoria el recuerdo del patricio romano de los tiempos de la república, que *respiraba el mismo aire y comía á la misma mesa* de sus esclavos, cultivaba directamente los paternos campos y disfrutaba las delicias de aquella vida apacible que Horacio cantó en versos inmortales.

Pero el *ausenteismo* (1) hace ilusorias todas estas ventajas, porque el valor del cánón que cada año ingresa en las arcas del señor ausente, lejos de refluir en beneficio de la agricultura, va á disiparse como humo en los placeres, de ordinario frívolos y siempre onerosos de las grandes ciudades. Y es de interés sumo impedir todo divorcio entre el capital y el trabajo.

Uno de los problemas más transcendentales formulados y resueltos satisfactoriamente por la ciencia económica es, sin disputa, el de la aplicación del crédito á la agricultura. Empleado este agente de la circulación en beneficio del comercio y de la industria, fué el motivo, digámoslo así, de su actual gigantesco desarrollo; pero la agricultura permanecía entregada á sus propias fuerzas, huérfana del auxilio de grandes capitales; porque al revés de la industria y el comercio, no puede devolverlos sino con el transcurso de varios años. Conciliar el préstamo á largos plazos, bajo garantía hipotecaria, con el pronto y fácil reembolso del capital prestado, tal fué el problema que vino á resolver el crédito territorial. Reviste varias formas en su organización; pero la que ofrece mayor interés es sin duda la que, ha-

(1) Perdónesenos el galicismo en gracia de la precisión del concepto, ya que carecemos de un vocablo castellano equivalente.

ciendo descansar los préstamos sobre la totalidad de las hipotecas recibidas por el Banco, garantiza de esta suerte la circulación de los billetes, y exige sólo al mutuario un módico interés anual, con el 1 ó 2 por 100 más de amortización por un número dado de años, al cabo de los cuales la deuda queda extinguida y cancelada la hipoteca.

Hace ya un siglo que Federico de Prusia, el príncipe volteriano, domicilió en Alemania estas instituciones de crédito, inventadas por un inteligente negociante de Berlín. Su primera ventaja consistió en facilitar capitales para la redención de las cargas que pesaban sobre la propiedad territorial en favor de la nobleza. Difundiéronse más tarde por Polonia, Inglaterra, Bélgica y otras regiones de Europa, y á su benéfica influencia se debe el alto grado de prosperidad á que ha llegado la agricultura en aquellos países. Allí no existe la usura, el interés inmoral impuesto á la dura necesidad por el egoísmo sin entrañas; allí, el labrador que llena los fáciles compromisos contraídos con el Banco, no se ve precisado á vender sus tierras para pagar el módico interés de los billetes recibidos, no tiene que pensar en la devolución del capital, que amortiza insensiblemente, no ve sus trojes vacías por haber distribuido las cosechas entre el fisco, el *señor* y el usurero; allí, en fin, la fecunda tierra no se torna estéril por la maléfica acción de leyes humanas, anti-económicas é injustas; pero también es cierto que allí no hubo clases egoístas, cegadas por la ignorancia ó enervadas por el ocio, que se opusiesen tan tenazmente como en otras partes á la marcha regular y ordenada del progreso humano.

Es trivial que la producción se aumenta y perfecciona cuanto más considerable es el capital que se asocia al trabajo. Realizar esta alianza en grande escala, es una de las ventajas del crédito. Pero no se alcanzan capitales á crédito sin que el que ha de anticiparlos reciba seguridades de reembolso. Las seguridades que puede ofrecer el labrador son sus tierras; y ¿quién le prestará capitales si están afectas á una, dos ó más pensiones perpétuas é irredimibles, de carácter privilegiado? ¿Quién se los prestará sobre tierras que tal vez han de responder de los atrasos de varios años de renta no pagada por otros co-foreros? Si con todos estos riesgos hay quien preste capitales, ¿cuánto no habrá de ser el interés que exija? Y de todas suertes, ¿cómo pensar en la fundación de instituciones de crédito agrícola cuando es incierta, y en alto grado contingente, la seguridad de la hipoteca?

Digámoslo de una vez: en tales condiciones, la propiedad territorial, lejos de ser un elemento de progreso en el orden económico, lleva en sus mismas entrañas el cáncer que la devora y aniquila.

Sucedará, empero, todo lo contrario, y será á la vez poderosísimo elemento de progreso moral y político, una vez elevado el cultivador á la importante categoría de dueño único de sus tierras, y

puesto en condiciones de procurarse capitales á crédito, ó ahorros propios, más ó menos considerables.

La moralidad, la instruccion, la conciencia del derecho y del deber, coexisten con el bienestar material. La estadística criminal acusa este resultado, de que la razon se da satisfactoria cuenta. Tener recursos materiales, equivale á tener maestros, libros y periódicos, el suficiente desahogo para no necesitar de los servicios del niño, que tiene un derecho indisputable á la instruccion, y al que en sociedades pervertidas ó de crépitas se le hace vegetar en la ignorancia, bien por el mal entendido egoismo de los padres, bien por la culpable incúria de los gobiernos : equivale, en fin, á estar en condiciones de disipar la ignorancia, nutrir con la verdad la inteligencia, perfeccionar el corazon y fortificar la voluntad con la práctica del bien.

En pueblos así formados es en los que abunda el tipo del ciudadano íntegro, de carácter independiente y de accion libérrima en el ejercicio de importantes derechos políticos.

Y no se puede menospreciar esto, si no se pretende contrariar las corrientes del espíritu moderno en lo que concierne á la organizacion de los poderes públicos. No es ya el óleo misterioso de la santa ampolla el que confiere la autoridad, sino el sufragio de los ciudadanos. La leve papeleta que cae en la urna, decide del destino de los pueblos. Es, por lo tanto, de un alto interes para la colectividad que cada cual sepa lo que hace. ¿Cómo? Teniendo conciencia de su derecho, el grado indispensable de instruccion.

Tambien es de indudable importancia la elevacion del nivel moral de la sociedad, demasiado bajo en los tiempos que corren. Hay que combatir de frente la inmoralidad, que todo lo amenaza, pero procurando extirpar, hasta donde sea posible, la raíz del mal. Condenad, Catones austerísimos, al homicida, al ladron, á la prostituta, á todos los malvados, pero no limiteis á ellos vuestros anatemas si en la sociedad en que viven, si en el sombrío páramo en que vegetaron sus almas no han podido aprender ó han podido olvidar que es sagrada la vida, inviolable la propiedad, santo el pudor.

Importa, pues, que entre otras cosas, se procure dar á la propiedad inmueble una organizacion tal, que favoreciendo los adelantos agrícolas, y el bienestar material del cultivador propietario, le permita por esto mismo pulir y perfeccionar su espíritu, arraigando profundamente en la conciencia la idea del deber.

Garantía de orden en el Estado y de libertad para el individuo debe ser tambien la propiedad.

Conviene no confundir con el orden la tranquilidad material. No es orden la paralización de la máquina destruida : no lo es el silencio de los sepulcros. El orden en la sociedad debe de ser la resultante del ejercicio libre de todos los derechos y del cumplimiento de todos los deberes. Puede haber tranquilidad material y un desorden espan-

tosos. Figurémonos un país en que la propiedad territorial esté organizada de modo que, por el concurso de varias causas, pueda ser castigado el cultivador más laborioso, abrumado con la responsabilidad de cargas ajenas, obligado á pagar más en los años estériles que en los de abundancia, y verse, en fin, moralmente compelido á abandonar su patria para ir á regar con el sudor de su frente las tierras extranjeras; un país, en que la gran masa de los cultivadores, después de recoger abundantes y ricas cosechas, se vean privados de lo más indispensable á la vida física, convertidos en juguete de la ambición de algun *cacique*, explotados por la superstición y enervados por la miseria: ¿reinará el orden en país semejante? ¿Serán verdaderamente libres tales hombres? ¿Podrá ser racionalmente defendida aquella organización de la propiedad?

Terminemos ya.

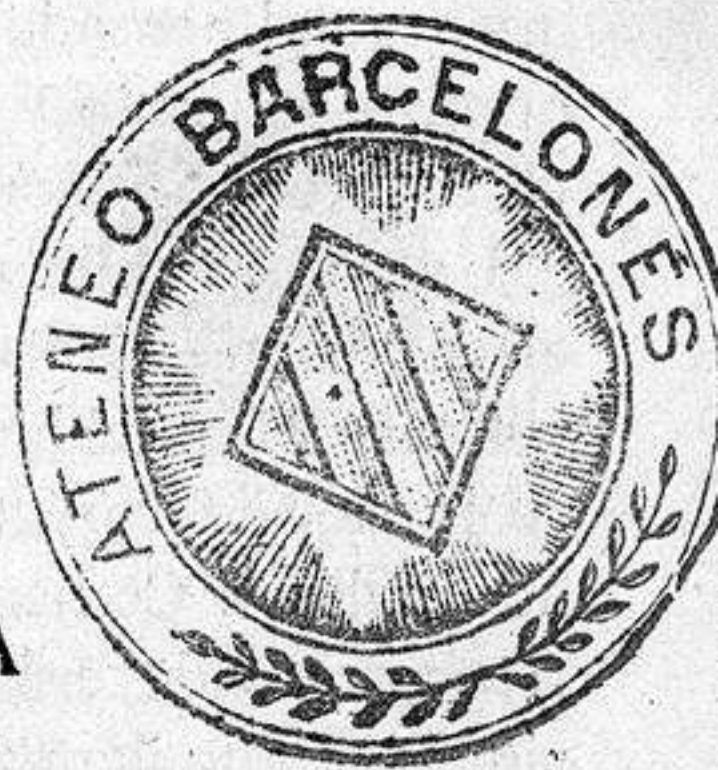
Hemos establecido los principios que en nuestro humilde concepto deben ser la luz que nos guie en el estudio del problema social que más interesa á Galicia, ya resuelto en la esfera del derecho constituido, y nuevamente suscitado. Hemos determinado el criterio á través del cual formularemos nuestra solución, después de estudiar la institución del *foro* en el terreno histórico y en sus condiciones actuales. No hemos visto que las privilegiadas inteligencias que escribieron sobre este asunto é impugnaron las leyes de 20 de Agosto y 16 de Setiembre de 1873 hiciesen otro tanto, sin duda porque no lo consideraron necesario: pero por nuestra parte, y salvo mejor parecer, entendemos que no es posible resolver acertadamente un problema social sin fijar de antemano las verdades inconcusas de que se ha de partir, como no sería cuerdo pretender la construcción de un edificio sin cimientos.

J. M. PAZ NOVOA.





REVISTA CRÍTICA



Tras un fuego graneado de rectificaciones, réplicas y contra-réplicas, terminaron sus trabajos las secciones del Ateneo, pronunciando dos notables discursos de resumen sus respectivos presidentes.

Muchos años hace que concurrimos asiduamente al Ateneo y seguimos con interes sus importantes discusiones ; muchos y muy notables resúmenes hemos oido allí ; pero no recordamos haber escuchado uno tan admirable por el fondo y por la forma, como el pronunciado al resumir los debates sobre la constitucion inglesa por el Sr. Azcárate, que con él ha adquirido de una vez para siempre el renombre de pensador notabilísimo , y orador de primera fuerza.

Dos sesiones enteras ha invertido en tan magnífico trabajo, en el cual no se sabe qué admirar más : si el rigor lógico, el encadenamiento sistemático y la alteza y profundidad del pensamiento, ó la nobleza de la intencion, la generosidad del propósito, la rectitud del juicio moral y la austeridad de una conciencia tan pura, que parece excepcion extraña y singular anomalía en estos tiempos ; si lo acendrado de las convicciones ó el calor simpático de los afectos ; si el vigor de la argumentacion, la claridad de la doctrina, la precision del concepto y la diáfana lucidez de la frase, ó la energía del acento,

la virilidad de la elocuencia y la facilidad abundosa de la palabra, austera como la verdad, apasionada, calurosa y nutrida de sentimiento en ocasiones, llena de santa indignación á veces, de nobilísimos entusiasmos otras, siempre rica, afluyente, arrebatadora, castiza y elegante. Ni es fácil saber tampoco qué era lo que más gustaba en aquel incomparable discurso ; pues si atraía la fuerza de razonamiento del pensador y del político, encantaba la grandeza moral del hombre honrado y puro, y deleitaba la mágica palabra del orador elocuente y brillantísimo.

Una idea madre imperaba en el discurso del Sr. Azcárate : tal era el propósito de afirmar como fuente viva de paz, bienestar y libertad para los pueblos el gran principio del *Selfgovernment*, origen á su juicio, del carácter á la vez estable y progresivo de las instituciones inglesas. Comenzaba por esto con un importante estudio histórico-crítico de estas instituciones y de los hechos que les dieron vida ; estudio lleno de erudición, pero no de esa erudición fatigosa y pedantesca que nada vale, sino de la erudición fecunda, que es propia del verdadero historiador, dominado por un alto sentido crítico é histórico, exento á la par del exagerado empirismo tradicionalista y del fantástico idealismo de los forjadores de soñadas filosofías de la historia ; fruto, sin duda, de un profundo conocimiento de la historia, instituciones y vida de Inglaterra, de una detenida reflexión y de un maduro exámen de los varios y difíciles problemas que encierra el tema discutido por el Ateneo.

Esta notable parte del trabajo, que ocupó toda una sesión, servía al Sr. Azcárate de base, no sólo para criticar las varias opiniones que se habían manifestado en el debate, sino para indagar qué era lo que el Continente podía imitar de las instituciones inglesas. Dábale esto motivo para dilucidar los diversos problemas políticos, sociales y religiosos que han llamado la atención del Ateneo ; lo cual hizo con acierto en la mayoría de los casos, con error alguna vez, pero siempre con alteza de miras y nobles intentos, y dando muestras de profundo é inquebrantable amor á la causa de la libertad y de la justicia.

Igualmente opuesto al sentido tradicional que absorbe toda la vida en el Estado y al individualismo que todo lo entrega á la iniciativa de los individuos, oponía á tales doctrinas el principio del *Selfgovernment*, combinado con una prudente intervención del Estado en todo aquello en que la acción individual fuera impotente ; y quería que los Estados continentales fueran, como el inglés, individualistas en su marcha general, socialistas cuando vitales y apremiantes intereses así lo exigieran. Un socialismo *terapéutico* (tal era su frase) que sin espíritu de sistema acuda á remediar los males sociales como hacen, no sólo los radicales, sino los conservadores ingleses, previniendo de este modo las revueltas y catástrofes que á los Estados continentales perturbaban ; un socialismo que se aviniera con la descentra-

lizacion, con la autonomía, con las libertades necesarias; tal era la fórmula del Sr. Azcárate, que no puede ménos de suscribir todo liberal sensato.

Atento á oponerse al liberalismo abstracto que priva aún en Europa, afirmaba el Sr. Azcárate que la libertad no es fin, sino medio para el cumplimiento del fin individual y social, y que por sí sola, apartada de todo contenido ético, no encaminada á un amplio desenvolvimiento de la vida, poco vale y significa, y no es panacea que todo lo cura; con lo cual parecia poner debido correctivo al abstracto é intransigente radicalismo revolucionario del Sr. Carvajal, que todo lo sacrifica al mero goce de las libertades y cifra todas sus esperanzas en mecánicas y artificiales combinaciones de las formas y elementos del Gobierno; sin que por eso se manifestara adicto á la exageracion con que defendian el elemento ético en la vida política los Sres. Perier y Moreno Nieto, atentos á afirmar la ingerencia de la Iglesia en la gobernacion de los pueblos, más que á consagrar el recto sentido ético del Estado.

Al tratar de la cuestion religiosa, el generoso espíritu y el optimismo del Sr. Azcárate se sobrepusieron á las exigencias del arte político. El filósofo venció al hombre de Estado, y el Sr. Azcárate sostuvo soluciones nobles y simpáticas, sin duda, pero extremadamente peligrosas. El alma pura del Sr. Azcárate se resiste á creer en la eficacia perturbadora del mal y fia demasiado en la del bien y en la fuerza de las ideas. Dominado, además, por cierto humanismo abstracto, muy comun en los hombres de su escuela, muéstrase siempre muy dispuesto á sacrificar el presente al porvenir, quizá porque esté muy seguro de éste; y no vacila en declararse vencido ántes que conseguir la victoria por medios que no sean irreprochables. Bello es esto, sin duda, pero nunca de tal manera se gobernaron con acierto los pueblos ni triunfaron las causas civilizadoras.

El respeto exagerado á la opinion pública, al *Selfgovernment*, hace incurrir al Sr. Azcárate en un error grave y le hace olvidar una verdad muy importante. Sobre la opinion pública, sobre la voluntad de los pueblos están los intereses de la justicia, de la libertad y de la civilizacion; y siendo así, no cabe dudar de que en no pocas ocasiones la minoría que representa estos intereses tiene perfecto derecho para imponerse á la mayoría que los conculca, aún por el bien de esta misma mayoría. Si la voluntad nacional y la opinion pública debieran prevalecer siempre, los países latinos vivirian bajo el yugo del absolutismo teocrático. La revolucion que los ha libertado, el liberalismo que los conserva dentro de la civilizacion, obra son, no cabe dudar, de una minoría que se ha impuesto á la voluntad ignorante y desatentada del país.

Ahora bien ¿sería político, mejor aún, sería civilizador y humano dar armas á esta mayoría, con razon sojuzgada, para que concluyera con la libertad y el progreso, es decir, con el reinado del bien? ¿Ha-

bria cumplido su deber la escuela ó el partido que á un quijotesco afan de vivir y morir immaculado sacrificara los altos destinos de la humanidad y de la patria? ¿ Mereceria los plácemes y la gratitud de la historia el partido liberal si se suicidara néciamente para mantener intacta su bandera? En términos más breves ¿ qué es más acertado y meritorio : dejar perecer la libertad por respetarla demasiado ó velarla un tanto para asegurar en el porvenir su imperio?

Nadie puede dudar de que la separacion de la Iglesia y del Estado es el ideal del liberalismo y de la democracia ; pero nadie duda tampoco de que en España y Francia , por ejemplo , eso significaria la muerte de la libertad. El Sr. Azcárate no lo cree así , cual si nada le hubiere enseñado la experiencia ; pero contra su optimismo no hay argumento más elocuente que la actitud recelosa de todos los gobiernos europeos.

Para evitar tan grave peligro , no es siquiera necesario atentar á los derechos legítimos de la Iglesia. Basta mantenerla unida al Estado , usar éste de todas las atribuciones que puede tener respecto de ella (excepto las que hoy ya no pueden conservarse) y que siempre disfrutaron los Estados de Europa , y someterla con todo rigor á las prescripciones del derecho comun. Pero dejarla gozar de todas las ventajas de la independenciamás absoluta , renunciar á toda intervencion , y privarla del presupuesto de culto y clero , con lo cual se presentaria como mártir , disfrutando á la vez de las preeminencias de libre , sería en países en que su influencia es única y absorbente y su poderío ilimitado , dar el golpe de muerte á la libertad , y por ende á la civilizacion. En Inglaterra , en Alemania , en los Estados-Unidos eso es posible ; en España y Francia sería la mayor de las insensateces , sería un crimen de lesa-civilizacion , sería un atentado contra la patria. Además ese principio no es dogmático ya en la escuela liberal y democrática , y en lo que no es dogmático no hay más ley ni criterio que la exigencia de las circunstancias de tiempo y espacio.

Más acertado en lo que se refiere á las formas de gobierno , el señor Azcárate sostuvo en este punto irreprochables y salvadoras doctrinas. Combatió con energía la monarquía doctrinaria , defendida francamente por los señores Perier y San Pedro , y disfrazada con el nombre de constitucionalismo moderno por el Sr. Moreno Nieto , que ha inventado este mito para su uso particular ; y manifestó después que la monarquía liberal y parlamentaria que funciona en Inglaterra y en muchos países del continente , y que habia sido defendida por el Sr. Pelayo Cuesta , podia armonizarse con el liberalismo democrático , siendo , por tanto , cuestion de accidente y de localidad la eleccion entre esta monarquía y la república democrático-constitucional ; doctrina sensata , política y salvadora , sostenida por todos los oradores demócratas del Ateneo , excepto los Sres. Carvajal y Grael , representantes de un añejo y desacreditado republi-

canismo intransigente, que está fuera del movimiento actual de la ciencia política, y que sólo ha dado y dará frutos de perdición. Monarquía inglesa ó república parlamentaria, ordenada y sensata; el principio del *Selfgovernment* simbolizado en el régimen de las libertades necesarias, en el jurado, en el sufragio universal (que, al ménos, como hecho consumado debe aceptar todo demócrata), en la más amplia descentralización, y en la libertad de las elecciones; dos Cámaras, dando al Senado la representación de los organismos sociales; libertad de la conciencia y del pensamiento, de imprenta, de reunión y de asociación; garantías individuales (libertad civil), distinción entre el poder ejecutivo y el del jefe del Estado; sentido ético y orgánico de éste, con base individualista y reformas sociales de carácter *terapéutico*, prudentes y sensatas. Hé aquí, en suma, el programa que desenvolvió con elocuencia el Sr. Azcárate.

Quería el Sr. Azcárate que este programa, reducido todavía á términos más sencillos, á saber, al *Selfgovernment* y á las libertades necesarias, fuese la bandera de un gran partido liberal en que cabrían todos los matices del liberalismo y de la democracia, partido que un día y otro, dentro siempre de las vías legales, se dedicase á la propaganda de sus principios hasta lograr el anhelado triunfo. ¡Grandiosa y salvadora idea por cierto! Por nuestra parte la aceptamos con júbilo; pero tememos que la incurable inmoralidad política de este país no permita realizarla. ¡Tanto peor para la causa de la libertad, que sólo por este camino podrá llegar á prevalecer!

Deber nuestro es, entre tanto, llamar la atención de la opinión liberal sobre solución tan fecunda y salvadora, y felicitar calurosamente al Sr. Azcárate por su magnífico discurso, que vale algo más que un mero triunfo oratorio; pues representa un servicio insigne prestado á la causa de la libertad, de la patria y de la civilización.

*
* *

El discurso del Sr. Canalejas, notable por su elegante elocuencia, ofreció en el fondo una gran contradicción. Como el Sr. Canalejas (que en materia de inventiva compite con el Sr. Moreno Nieto) ha imaginado para su propio recreo un racionalismo místico y cristiano que nadie toma en serio, y se obstina hoy en defender, como cosa peregrina y actualidad triunfante, idealismos que descansan tiempo há en la tumba que guarda los restos de Hege!; y como, por otra parte, su claro talento le obliga á moverse en direcciones más reales y exactas, su último discurso, reflejo de esta contradicción, consta de dos partes, que braman de verse juntas, á saber: un exordio y un epílogo que pugnan de todo en todo con el centro del trabajo.

En efecto, cuanto dijo el Sr. Canalejas acerca del concepto y naturaleza del arte, de su carácter puramente formal, de su independencia y propia finalidad; cuanto alegó en contra del arte docente y del arte sujeto á la moral y á la religión; cuanto dijo sobre la his-

toria del arte religioso, fué la exacta expresion de la verdad, como quiera que para exponerlo no traspasó los límites de la indagacion histórica y la psicología estética. Por eso combatió con fortuna el idealismo de Platon y sus imitadores, hasta Hegel, probando cumplidamente que el arte es forma pura, y demostró con irrefutables argumentos su legítima independendencia; porque en todo esto no hizo otra cosa que seguir paso á paso la experiencia, iluminada, sin duda, por ese elemento racional que nadie niega, pero que nada tiene de comun con el antiguo idealismo.

Pero á la par que esto hacia, nos hablaba el Sr. Canalejas de una estética moderna (no idealista ni hegeliana) que pone en Dios el fundamento de la belleza estética, de la que luégo no hacia uso alguno, porque en realidad para nada le servía en el curso de su posterior indagacion, y cuyos maestros y fundadores no citaba, porque en realidad, ó es sólo el fruto de algun pensador aislado, desconocido y sin influencia, ó sólo existe (y esto es lo más probable) en la imaginacion del Sr. Canalejas. Al mismo tiempo nos decia que el arte es esencialmente religioso, sin tener en cuenta que, siendo una pura forma, esencialmente no puede ser nada, sino que ha de inspirarse indistintamente en todo género de realidades é ideales, y sin reparar en que desmentia esta afirmacion con su excursion histórica, de la cual todo resultaba probado ménos eso. É igualmente, despues de decir que el Dios del arte viene á ser la suma de todos los dioses, y que el arte es un panteon en que todos los cultos caben con igual derecho y valor, nos hablaba de la necesidad de que prevalezca el arte cristiano y nos pintaba un renacimiento religioso, representado por el vaporoso cristianismo esencial de su invencion, sin notar que así contradecia su tésis anterior.

Esta grave contradiccion no impide que el discurso del Sr. Canalejas abunde en buenas doctrinas estéticas, acertados puntos de vista, valiosos detalles y notables indicaciones de gran valor histórico; pero muestra el daño que al Sr. Canalejas causa ese fantástico misticismo de que se ha hecho campeon, y que no toman en serio ni los creyentes ni los racionalistas: los primeros porque no ven en él (y con razon) el gérmen de una religion verdadera; los segundos porque no creen compatible el racionalismo con sus ensueños fantásticos. Párecenos esas tentativas cristiano-racionalistas cosa semejante al neoplatonismo de los alejandrinos, que no lograron fundar una religion ni crear una filosofía; porque ni á la ciencia satisfacian sus estáticos idealismos, ni al sentimiento religioso cuadraba sustituir los dioses vivos, activos, plásticos y populares del paganismo por la descolorida *triada* de Plotino y por aquella serie de nebulosas *hipóstasis* alejandrinas, sombras vagas y sin vida, que nada decian al sentimiento ni representaban nada para la razon.

Tres libros importantes se han publicado en esta quincena : uno filosófico, político otro, é histórico el tercero. Titúlase el primero *El Positivismo* y lo constituyen las lecciones explicadas sobre este tema por el Sr. D. Pedro Estasén en el Ateneo de Barcelona que, dando pruebas de una intolerancia impropia de una asociacion que lleva este nombre, prohibió la continuacion de dichas conferencias. Negra mancha ha echado sobre sí con conducta semejante el Ateneo de Barcelona, que ya no puede considerarse como verdadera representacion del movimiento intelectual de aquella ciudad culta, sino como foco de reaccion y antro tenebroso de intransigentes ultramontanos.

El Positivismo es una exposicion bastante fiel y metódica de las doctrinas de esta escuela (singularmente de las de Comte), que se resiente algo de los temores del autor y de la presion incalificable en él ejercida por el Ateneo barcelonés. El libro merece leerse por ser una exposicion del positivismo, accesible á todas las inteligencias. ¡Lástima grande que, sin duda por haberse hecho la impresion muy de prisa ó no haberse corregido el original (si no es porque el señor Estasén halle dificultades en el manejo de nuestro idioma), la forma literaria de esta obra sea tan notablemente inferior á su fondo !

*
* *

Es cosa frecuente la existencia de espíritus que, enamorados de una idea olvidada de puro añeja, ó de todo punto extravagante, luchan en medio de una sociedad que no les atiende, porque prevalezca esa idea, con una constancia y una fe dignas de mejor causa. Tal acontece con el señor D. Calixto Bernal, autor del libro titulado *El Derecho*, que es la reproduccion ampliada de otro que há tiempo publicó con el título *Teoría de la autoridad*. Cual si nada le dijeran al Sr. Bernal la unanimidad de la opinion contraria á su doctrina y el olvido y descrédito en que ésta yace, ha dedicado toda una vida á defender nada ménos que el ejercicio directo de la soberanía popular, entendida (con el absurdo criterio de Rousseau) como fuente infalible é impecable de todo derecho, toda autoridad y todo bien. La soberanía absoluta, infalible é inapelable del pueblo, directamente ejercida en la plaza pública, como se hacia en Grecia y Roma, tal es la peregrina teoría que tiene el valor de resucitar, como fórmula ideal del derecho público, el Sr. Bernal. Un pueblo siempre reunido en los comicios para hacer todo género de leyes y nombrar toda suerte de magistrados ; un regente electivo y vitalicio, encargado del poder ejecutivo y asistido por una especie de consejo de funcionarios, revestido de las más exorbitantes atribuciones ; hé aquí el bello ideal con que brinda el autor de *El Derecho* á los amantes de la democracia.

Inútil es decir que esta doctrina pertenece al número de las que ya

no se discuten porque no hay necesidad de discutir las. Nos abstendremos, pues, de hacerlo y nos limitamos á deplorar que las felices dotes del Sr. Bernal se empleen en defender cosas semejantes.

*
* *

La *Vida de la Princesa de Éboli*, debida á la pluma del Sr. D. Gaspar Muro, precedida de un notable prólogo del Sr. Cánovas, y enriquecida con número copioso de documentos inéditos importantísimos, es un trabajo histórico de gran valía que merece exámen más detenido que el que nos consienten los estrechos límites de una revista. Indicaremos, sin embargo, las cuestiones capitales que su estudio provoca y la opinion que sus conclusiones nos merecen.

El libro del Sr. Muro tiene por objeto resolver un importante problema histórico y responde á un doble propósito del autor, que consiste en rehabilitar á Felipe II y dulcificar las negras tintas que hasta ahora rodeaban la figura de la Princesa de Éboli. El problema histórico es dilucidar si hubo ó no relaciones amorosas entre estos personajes, cuestion que siempre fué muy controvertida por la crítica.

El Sr. Muro niega terminantemente que hubiese entre el rey y la princesa correspondencia amorosa, fundándose en todo el conjunto de documentos que en su libro se publican y en razones de crítica histórica que menuda y discretamente expone. Pero una vez concedido este aserto, ocurre preguntar cuál fué la verdadera causa del rigor desplegado por Felipe II contra Antonio Perez y la princesa, á lo cual no satisface, ni mucho ménos, la contestacion del Sr. Muro, para quien la razon del precitado rigor queda reducida á no querer dichos personajes reconciliarse con el secretario Mateo Vazquez, á haber indicios de que éste corria peligro por parte de aquellos, y á ser demasiado altiva la de Éboli.

Esto, no sólo no es resolver el problema, sino que pone á Felipe II en peor lugar de lo que quisiera el Sr. Muro, tan atento á enaltecerlo y rehabilitarlo. Una estrecha prision de doce años en que se prodigan contra la princesa el desprecio, el rigor y el ultraje; una tenaz y cruelísima persecucion contra Antonio Perez, la cual más parece obra del odio que de la justicia; cosas son que no pueden explicarse por tan fútiles motivos; y de aceptarse tal explicacion, Felipe II apareceria como el más caprichoso é insensato de los tiranos, mejor aún, como un imbécil, pues sólo quien tal es puede ser capaz de aplicar á tal falta tan terrible castigo y de dar á las rencillas y chismes mezquinos de dos ministros y una mujer intrigante las colosales proporciones de un grave negocio y proceso de Estado.

Ni cabe atribuir el hecho á la muerte de Escobedo, á no aceptar la juiciosa opinion del Sr. Cánovas; pues no se comprende que por ceder á las instancias de Mateo Vazquez y á las gestiones de los parientes del difunto, consintiera el rey tan fácilmente en cometer la negra

villanía de someter á proceso al que habia obrado por su orden y la grave torpeza de comprometer su nombre en tal negocio. Méenos cabe suponer en Felipe tal apasionamiento por Vazquez que el hecho de no poder avenirlo con Perez y la princesa pudiera decidirle á privarse de los valiosos servicios del primero y á perseguirlo con sin igual ensañamiento, ni méenos á castigar con tanta dureza á la que, sobre ser tan alta señora, era viuda del mejor de sus amigos y consejeros.

Es, pues, necesario ahondar el asunto y buscar una causa más transcendental de hechos tan graves; y que esta causa existe, cosa es que sin duda no aparece con la claridad de una prueba evidente en los documentos publicados por el Sr. Muro y en los demas ya conocidos á que se refiere; pero que palpita y se adivina de tal suerte en todos ellos, que sólo la preocupacion le ha impedido ver lo que tan claramente ha adivinado con su natural perspicacia el señor Cánovas.

Pero ¿qué es lo que ha visto el Sr. Cánovas? ¿Por ventura la añeja anécdota de los amores del rey y la princesa, tal cual la refirieron Branthome y Leti? No, ciertamente; la falta de fundamento serio de esta anécdota resulta plenamente probada con la publicacion del libro del Sr. Muro. Pero queda otra hipótesis, que es la sostenida por el Sr. Cánovas, fundándose en multitud de indicios sueltos, que no ha sabido ó no ha querido relacionar el Sr. Muro, en muchas y significativas fases de los documentos que éste publica, y sobre todo en las *Relaciones* de Antonio Perez, cuya veracidad defiende el señor Cánovas con sólidas razones. Esta hipótesis es que el rey solicitó sin éxito á la princesa, y que al descubrir, no sólo que ésta se hallaba en amorosa intimidad con Perez, sino que á la venganza de ámbos habian sacrificado á Escobedo, engañando al rey y tomándole por instrumento de sus planes, Felipe II se sintió ofendido como rey y como hombre, y su terrible cólera estalló, no sin razon por cierto, para caer como rayo vengador sobre la cabeza de los culpables.

Con esta hipótesis no sólo se explica todo cumplidamente, sino que la figura de Felipe aparece méenos odiosa; pues á decir verdad, pocos en su caso y disponiendo de su poder dejaran de hacer otro tanto. Herido en el amor propio, que nunca perdona; engañado por los que le debian confianza y favores; trocado en cómplice inconsciente de personal venganza, que él creyó resolucion de Estado, no era maravilla que su ira se encendiera y le llevara á terribles extremos; ni ha de extrañar en tal caso que tratara á la princesa con un desprecio y á Perez con un rigor, que no tienen excusa posible en la hipótesis del Sr. Muro.

Extraño es el empeño con que este señor procura enaltecer á la de Éboli, llegando á presentarla como merecedora de *figurar dignamente en las páginas de la historia como el último representante de la antigua nobleza castellana*. ¡Medrada estaba la nobleza castellana

si su digna representante hubiera de ser una mujer impúdica, ambiciosa, casquivana, altiva y sin juicio, dominada por una pasión culpable, capaz de no retroceder ante el asesinato, el engaño y la deslealtad para con su rey, poco atenta al gobierno de su casa y de sus hijos, y piedra de escándalo en toda ocasión y lugar! Hay personajes históricos que no pueden rehabilitarse y uno de ellos es la Princesa de Éboli, por más que haga su discreto historiador.

Por no prolongar esta Revista, no entramos tampoco en el examen de la rehabilitación de Felipe II, que también intentan el señor Muro y su prologuista. Decimos del rey lo que de la princesa; para él no hay rehabilitación posible. Pruébese que no amó á la de Éboli, que no fué autor directo ni indirecto de la muerte de D. Carlos; sea enhorabuena; con ello dejará de ser el monstruo que ántes se soñaba; pero no dejará de ser el tirano funesto, causa principalísima de los infortunios de la patria. Dejad suprimido el parricida y el adúltero; todavía quedará el verdugo de Flandes, de los fueros de Aragon y de la libertad del pensamiento; todavía quedará el entronizador del más ciego absolutismo y de la más desatentada intolerancia; todavía quedará lo suficiente para que su nombre sea mirado con execración por los amantes de la libertad y de la patria, y su recuerdo maldecido por la historia.

M. DE LA REVILLA.



Madrid 30 de Junio de 1877.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAF.-ESTEREOTIPIA PEROJO

Pizarro, 15.